En este número:

VIDAS TRUNCADAS

Novela de ambiente nacional

Por

CARLOS F. MARQUEZ VALLADARES

20 Centavos en toda la República

RODOLFO CLARO

Mundo Argentino

ENERO 31 DE 1934

El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO

BALANCE de la POLITICA MUNDIAL

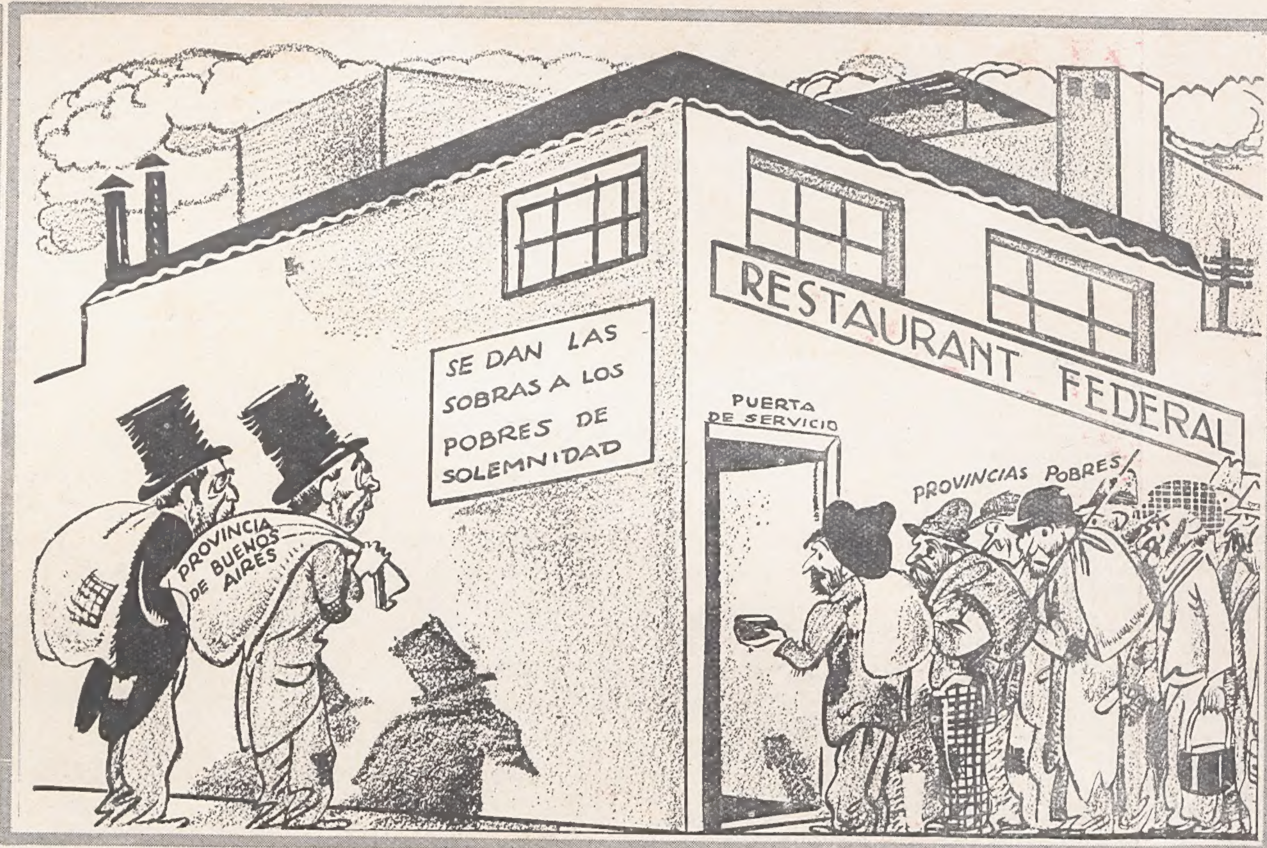
(1) El país se había acostumbrado a considerar un mal crónico los invariables déficit y las finanzas ruinosas de ciertas "provincias pobres", que han subsistido a base de subvenciones y préstamos del gobierno federal, pero **el espectáculo insólito de insolvencia presentado por la provincia más próspera es un signo alarmante cuyas enseñanzas no deben echarse en saco roto.**

(2) **El optimismo ha renacido en Inglaterra.** Las cifras de la desocupación han disminuído en 800.000 seres que han hallado empleo durante el año, y la situación continúa mejorando, lo que significa que los ingleses están en vías de solucionar el grave problema de la crisis en lo que atañe a su propia tierra.

(3) La prensa de Lord Beaverbrook en Inglaterra ha hecho una intensa campaña nacionalista, pregonando una política de aislamiento que, según el caricaturista, **haría indispensable construir una inmensa flota para defender al imperio contra el resto del mundo, al enemistarlo con todos los países que comercian en su vasto territorio.**

(4) **La mujer es ahora el árbitro de la situación en la Península.** Armada del sufragio ha arremetido contra las izquierdas, demostrando inequívocamente su inclinación tradicionalista al modificar la faz política de toda la República Española.

(5) Hubo un tiempo en que los gobiernos se esforzaban por evitar la baja de su divisa monetaria considerando, a justo título, que una moneda estable y sana contribuía a la prosperidad general, pero tanto ha variado la situación mundial que **actualmente Estados Unidos trata de hacer bajar al dólar mediante la compra ilimitada de oro, y el gobierno británico, para mantener el equilibrio se ve obligado a utilizar los fondos de reserva para compensar las fluctuaciones en los cambios, cortando la suba de la libra.**



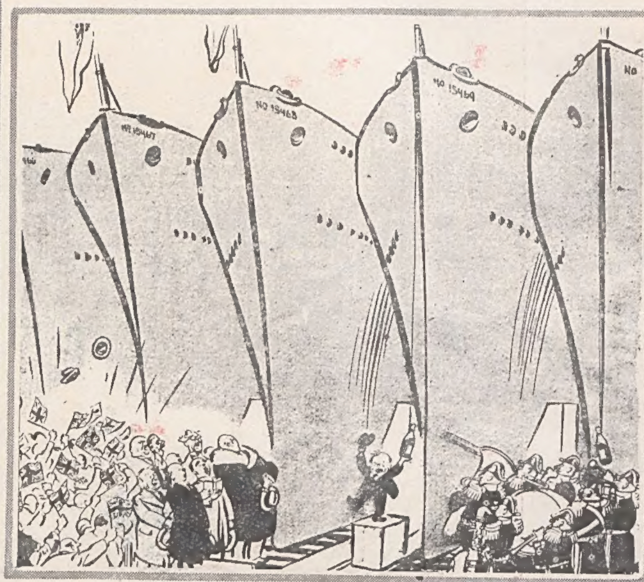
1 REPUBLICA ARGENTINA

—¡Oh! ¡Mira quién viene!



2 INGLATERRA

Dos navidades.



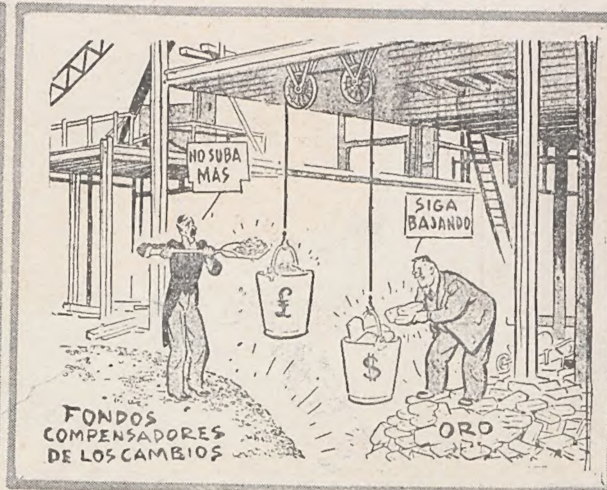
3 LOS MALOS NACIONALISMOS

Lord Beaverbrook ofrece, de su propio peculio, la escuadra de 20.000 cruceros que defenderá sus teorías económicoimperiales.



4 ESPAÑA

Una nueva costumbre española.



5 LA DEPRECIACION MONETARIA

El juego de sube y baja, modernizado.



EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60 CAB. 1020 AL 1029



FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXIV — BUENOS AIRES, ENERO 31 DE 1934 — Nº 1202

No BASTA PRODUCIR ABUNDANTE *y* EXCELENTE FRUTA

La extensión y la abundancia de los montes de fruta cultivados en las mejores zonas del país, en el curso de estos últimos años, autorizan a pensar que asistimos al nacimiento de una nueva fuente de riqueza, cuya producción conviene empezar a legislar desde ahora, sobre la base de una norma incuestionable: la de que el consumo de fruta no podrá estimularse sino mediante la baja de los precios.

EL enorme desarrollo de nuestra producción frutícola, de unos años a esta parte, plantea a la economía nacional un problema de considerables proporciones. Por el volumen de los capitales invertidos y la extensión de las zonas afectadas a estos cultivos hay derecho a pensar que se trata de una naciente riqueza llamada a convertirse en un porvenir no lejano, en nueva fuente de recursos para el país.

Ya no se trata de uvas o naranjas exclusivamente. Sino de manzanas y peras y cerezas cultivadas en escala impresionante, y en muchos casos según las más evolucionadas exigencias de la técnica.

PRODUCIREMOS EN EL PAIS LA MEJOR FRUTA DEL MUNDO

No es una jactancia esta afirmación. El camino recorrido en el curso de estos últimos cinco años es enorme. Hasta 1928 el noventa por ciento de las manzanas que consumíamos las importábamos del continente australiano y de Chile en invierno y de Norte América en primavera. Como que la producción total de Mendoza no pasaba de veinte mil cajones y se calculaba en otro tanto la de Río Negro; cifras tanto más insignificantes si se piensa que un solo vapor, el "Normanstar", procedente de Seatle (Wáshington), traía en un solo viaje cincuenta y seis mil cajones de manzanas, que entraban al país libres de derechos.

Otro tanto acontecía con las peras, que también nos venían de afuera, y entre cuyas variedades exquisitas, la de Anjou se pagaba entonces hasta diez y nueve pesos el cajón de veinte kilos en la plaza mayorista.

En cuanto a las cerezas, que son en Chile y en Europa el alimento del pueblo, tan benéficas para la salud por los jugos que contienen, tampoco las cultivábamos, puede decirse, pues las plantaciones totales no pasaban de quinientas hectáreas en Mendoza, donde justamente por eso, algunos propietarios de montes realizaban precios fabulosos con esta sola fruta.

CAYERON TODOS EN LA CUENTA DEL NEGOCIO

Y como casi siempre acontece en este país, la tentación fué simultánea.

Al principio se establecieron montes con variedades inadecuadas. Los cultivos deficientemente atendidos desazonaron a más de un entusiasta fruticultor. Los más intrépidos optaron por renovar los procedimientos. Los frutales pulverizados a tiempo, las cosechas estacionadas, las variedades elegidas y los embalajes lentamente perfeccionados contribuyeron a enriquecer y mejorar las primeras experiencias.

En un comienzo fueron preferidas las tierras de Mendoza y de Río Negro, después los cultivos se extendieron a San Juan y Córdoba. Hoy día hay importantes plantaciones hasta en las inmediaciones de La Plata. Y un solo fruticultor en Morón, a poco más de



EL PUESTERO.—Diga don, ¿por qué no come fruta?
EL PAISANO.—Porque la que me gusta es muy cara y... la que puedo comprar es muy... mala.

(Continúa en la página 47)



¡Ahora la SANGRE de los

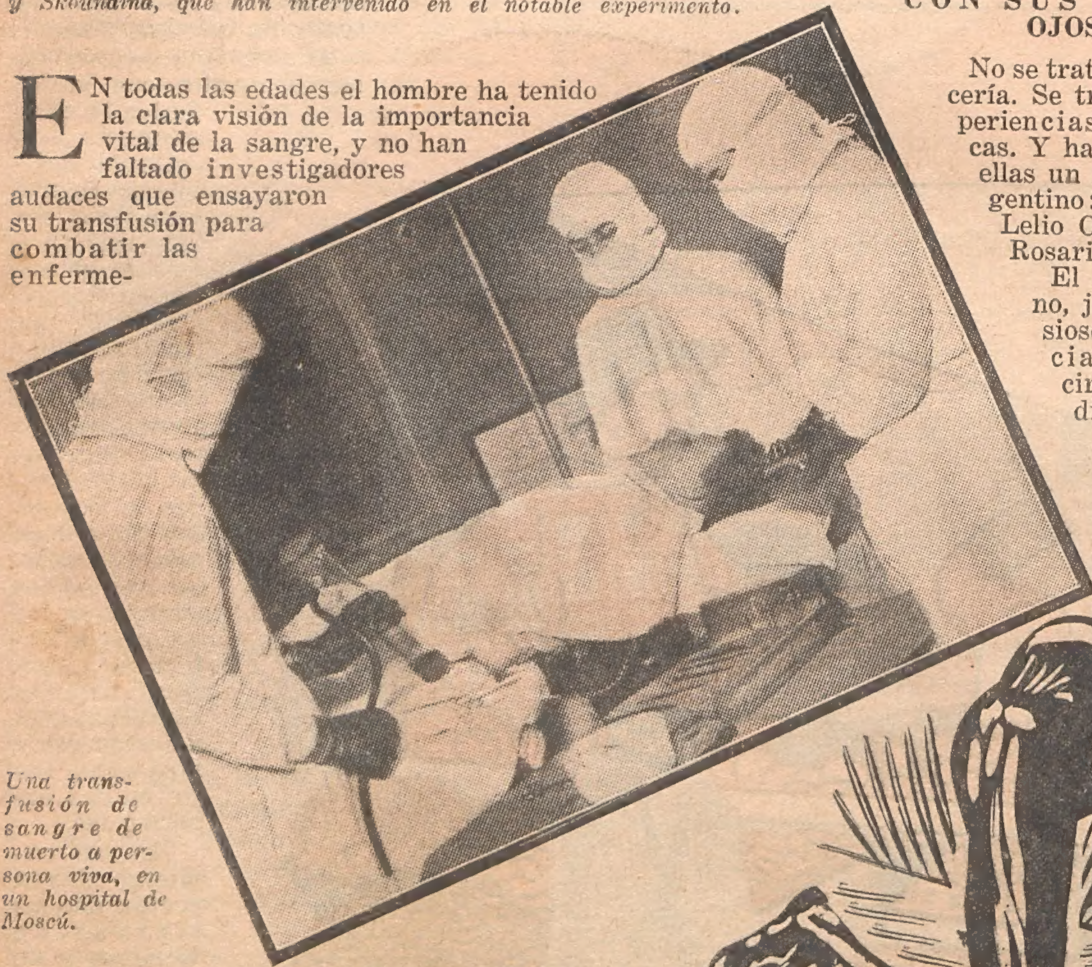
Una nota de

Un médico argentino ha presenciado la transfusión de sangre de cadáveres a seres vivientes, en uno de los más grandes institutos de cirugía del mundo, el de Sklyfasowsky en Rusia. El famoso profesor Sergio Judine, de



En el gabinete privado del profesor Judine. De izquierda a derecha: doctores Zeno, Kaplan, Bonch, von Bruevich, Barremboyn, Judine y Skoundina, que han intervenido en el notable experimento.

EN todas las edades el hombre ha tenido la clara visión de la importancia vital de la sangre, y no han faltado investigadores audaces que ensayaron su transfusión para combatir las enferme-



Una transfusión de sangre de muerto a persona viva, en un hospital de Moscú.

dades, la vejez y aun la muerte. Gracias a ello, la inyección de sangre de hombre al hombre es hoy una conquista de la ciencia, con cuya práctica, ya vulgarizada, se salvan a diario muchos seres en trances verdaderamente dramáticos.

Pero este precioso recurso no está siempre a mano del operador, que lo requiere muchas veces con urgencia angustiosa para arrancar de la muerte a un individuo humano, víctima de una copiosa hemorragia.

Sólo a un espíritu científico muy atrevido —y por cierto muy capaz— podía ocurrírsele usar la sangre de cadáver en lugar de la de una persona viva, creando así la posibilidad de poner a disposición del cirujano, en los servicios de urgencia, un medio que le permite realizar la obra maravillosa de la resurrección, que hasta ayer pareciera una fantasía mística.

Los espiritistas creen, por su parte, en la reencarnación, en la mutación de las almas. La ciencia viene ahora a probarnos que, por lo menos, es posible extraer elemento vital de un muerto para comunicar nueva potencia a un vivo.

EL DOCTOR LELIO O. ZENO LO VIO CON SUS PROPIOS OJOS

No se trata de hechicería. Se trata de experiencias científicas. Y ha asistido a ellas un médico argentino: el doctor Lelio O. Zeno, de Rosario.

El doctor Zeno, joven y ansioso de especializarse en cirugía, decidió en 1932 aceptar una invitación y trasladarse a Moscú, donde funciona el Instituto Sklyfasowsky, tal vez el más grande instituto de cirugía del mundo. Ocupa un enorme edificio, construído hace más de un siglo y ampliado por el actual gobierno. Tiene numerosas secciones, y está tan admirablemente organizado, que un pedido de auxilio es atendido, exactamente, al minuto. Su sistema de teléfonos y comunicaciones internas permite que simultáneamente se enteren del llamado el médico de guardia, el empleado de la administración que debe anotar los datos, el chófer de la ambulancia, etc. Las operaciones más difíciles se hacen allí con extraordinaria rapidez y destreza.

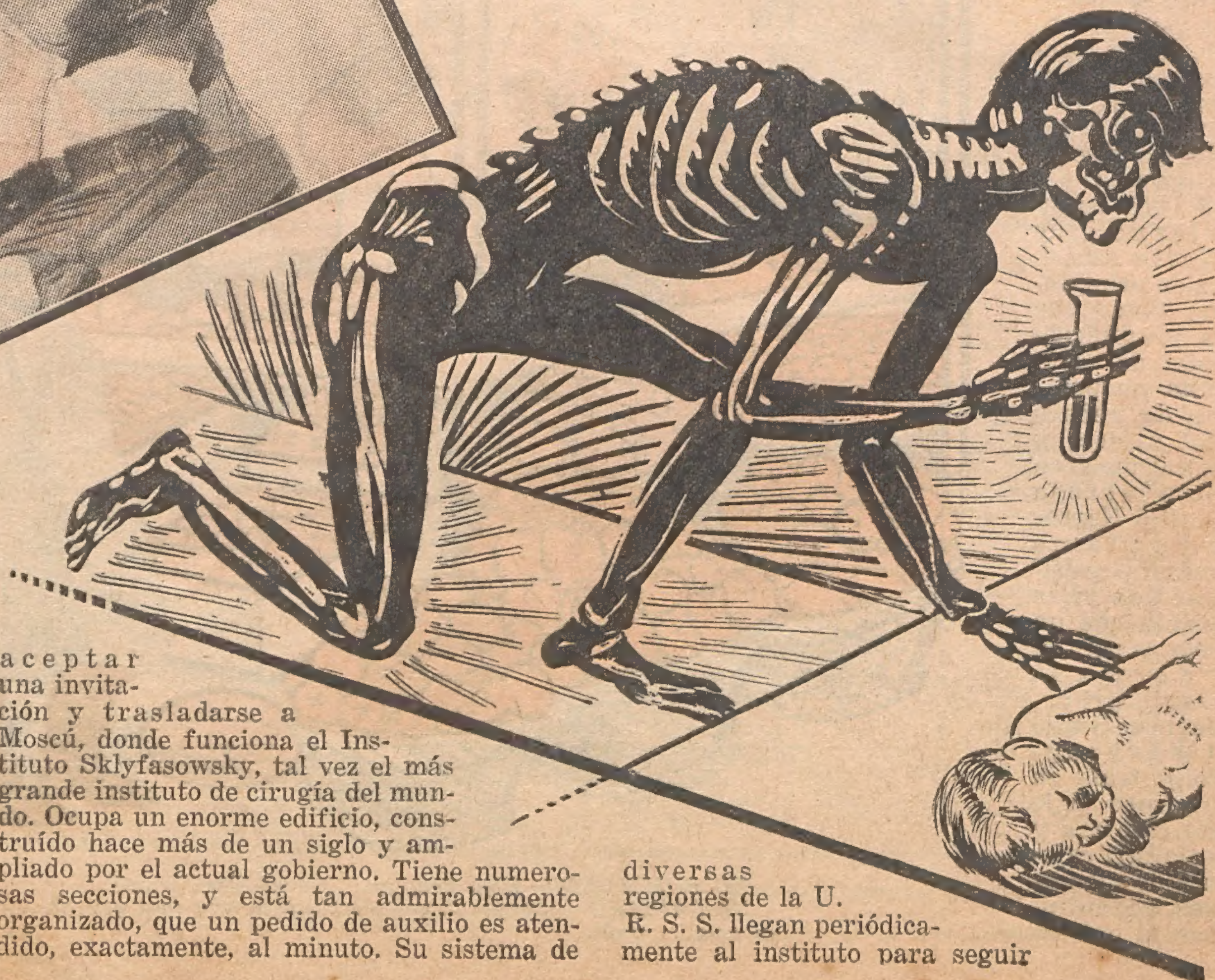


Para la conservación de la sangre de cadáver se utiliza una solución del doctor Luis Agote, por donde la ciencia argentina participa en la gran experimentación.

El doctor Zeno había leído los trabajos y las estadísticas del profesor Judine, cirujano jefe del instituto, presentados ante la Sociedad de Cirugía de París, y quiso estudiar su técnica quirúrgica y la organización de aquella gran institución.

Se fué, pues, a Moscú.

"Encontré a Judine —dice— en el Instituto Sklyfasowsky, rodeado de numerosos colaboradores y de un grupo de cirujanos que de diversas regiones de la U. R. S. S. llegan periódicamente al instituto para seguir

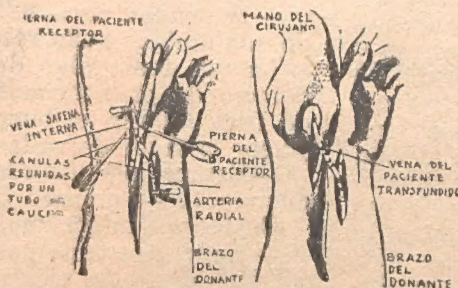


MUERTOS da la VIDA!

MARIO S. AYALA

Moscú, realiza notables experiencias que demuestran la posibilidad de salvar la vida con los glóbulos de los que la pierden. La aplicación del método argentino vuelve doblemente interesante el extraordinario experimento.

cursos de perfeccionamiento. Lo encontré como se encuentra siempre a los grandes hombres, en plena labor y enseñando sobre un contingente de enfermos agudos y accidentados que le llegan de la populosa urbe soviética y que por momentos dan a su servicio el carácter de un centro de cirugía militar en plena acción. El entusiasmo que siente por la cirugía, su habilidad magnífica, su cultura y, sobre todo, su sentimiento comunicativo, me decidieron a colaborar en una acción común..."



Procedimiento antiguo de la transfusión corriente de sangre.

SERGIO JUDINE APRENDE DEL MEDICO ARGENTINO



Ese es Sergio Judine, admirado por las más conocidas figuras científicas de Europa, y a quien dos veces le ofreció su tribuna la Sociedad de Cirugía de París. Acogido por él cordialmente, el doctor Zeno le propuso la organización separada de la asistencia de los fracturados, con lo que se favorecerían los estudios de la traumatología. Judine puso entonces a su disposición setenta y cinco camas y lo destinó exclusivamente al tratamiento de fracturas del aparato locomotor y del tronco. Más tarde se le duplicó el número de camas, y en vísperas de su regreso la Sociedad de Cirugía de Moscú escuchó su informe en una sesión especial.

Sergio Judine ha escrito sobre el médico argentino estas palabras consagratorias: "Todo este caudal de conocimientos y experiencia personal, Zeno nos lo transmitió generosamente en Moscú, y no sólo muchos médicos jóvenes aprendieron de él, sino que yo mismo pude aprovechar mucho de su enseñanza."



Sergio Judine refiere al doctor Lelio O. Zeno sus tremendas vacilaciones antes de decidirse a inyectar en seres humanos la sangre de cadáver conservada, operación realizada por él.

CÓMO EMPEZÓ JUDINE A UTILIZAR LA SANGRE DE LOS MUERTOS

Estando en el Instituto Sklyfasowsky, el doctor Zeno presenció las transfusiones que hoy están llamando la atención de todos los hombres de ciencia. Le pedimos que nos cuente minuciosamente cómo se realizaron los experimentos.

— Conocí a Judine — nos dice el doctor Zeno — cuando estaba en plena gestación de su método; cuando sus anhelos, inspirados en experiencia de laboratorio o simplemente en hipótesis de trabajo, no habían soportado aún la prueba de los hechos prácticos.

"El habilísimo cirujano que es Judine, al pretender salvar a un anémico agudo mediante la transfusión de sangre de cadáver, se apoyaba tan sólo en un antecedente científico sugerido por su amigo el profesor Schamoff, de la Universidad de Jarkoff. Schamoff había conseguido salvar a un perro de la muerte fatal, consecutiva a una hemorragia profusa e intensa, mediante la transfusión de sangre extraída de un perro que había muerto cinco horas antes. Pero de ahí a repetir la experiencia en la clínica, con seres humanos, mediaba un abismo de dificultades técnicas, de obstáculos sentimentales y, sobre todo, de prejuicios. Se necesitaba la audacia de un iluminado para emprender la obra...

"Se comprenderá el estado de espíritu de Judine, la enorme inquietud que significaba para su conciencia, realizar semejante experimento, tanto más cuanto que éste debía cumplirse en secreto, como si quien lo ejecutara fuese a cometer una herejía de lesa humanidad.

"El éxito coronó desde el primer caso las esperanzas de Judine, apaciguando su espíritu, torturado por el temor de la duda, y cuando me citó a su gabinete de trabajo para asistir a una de sus experiencias clínicas, yo tuve la sensación más auténtica de la que podía ser la satisfacción creadora al oírle decir, al final de su operación, en un frances pintoresco: *Sauver la vie d'un homme, n'es-ce pas la plus belle ambition d'un chirurgien?* (Salvar la vida de un hombre, ¿no es la más bella ambición de un cirujano?).

"Se trataba de un ingeniero de treinta años de edad, víctima de una grave hemorragia gástrica. Había perdido el conocimiento al llegar a la sala de operaciones. De los cinco litros de sangre que circulan por nuestro cuerpo, sólo conservaba escasamente uno. En estas circunstancias, estado de colapso, con una respiración superficial, irregular, apenas perceptible, con una lividez impresionante en el rostro del paciente, era absurdo someterlo a una operación quirúrgica. Pero Judine ya tenía en depósito una abundante cantidad de sangre de cadáveres, catalogada por grupos. Mientras la transfusión se cumplía lentamente, el moribundo iba cambiando de color y su respiración se hacía más profunda. No habían pasado aún 500 gramos de sangre de cadáver a la circulación del ingeniero cuando su espíritu recobró contacto con la realidad. Fué una resurrección con toda la fuerza sugestiva de un milagro, que permitió realizar con todo éxito la operación sobre el estómago sangrante del paciente.

LOS SABIOS DISCUTEN, PERO LA SANGRE SIRVE

— ¿Tiene ventajas la sangre de cadáver sobre la sangre de los vivos, para las transfusiones?

— La experiencia demuestra que la sangre de cadáver conserva por muchos días mantenida a baja temperatura, sus caracteres, y se incorpora indefinitivamente en la circulación del que la recibe, comportándose como la sangre normal.

La serie de problemas biológicos que plantean estas experiencias son de naturaleza especulativa y teórica, que no invalidan los hechos clínicos, y cualesquiera sean las conclusiones a que llegue la Sociedad de Cirugía de Moscú respecto a la investigación sobre las cualidades vitales de la sangre de cadáver, lo mismo da. Cuando Judine y sus colaboradoras comunicaron sus primeras observaciones a esa sociedad, el 23 de enero de 1932, tuve oportunidad de oír las réplicas que muchos sabios les formularon. Decían que no bastaba que el glóbulo rojo extraído del cadáver conservase sus formas y la propiedad de absor-

(Continúa en la página 26)



El HOMBRE de la CICATRIZ

hace una sorprendente revelación de las espantosas torturas a que son sometidos los europeos que quedan cautivos de los bandidos chinos.

Yo había concluído el arroz frito a la china y los demás platos raros, y volvía mi atención hacia el té verde servido en un tazón de colores delicados, cuando vi al hombre de la cicatriz. Se hallaba solo, sentado delante de una mesa próxima a la mía, y creo que únicamente mi preocupación ante alimentos tan extraños me impidió reparar en él. Me di cuenta en seguida que nunca podría olvidarlo. La cicatriz partía de la oreja derecha haciendo una curva sobre la mejilla y pasaba por debajo de la mandíbula, hasta desaparecer dentro del cuello de una camisa manchada; era tan notable e impresionante que uno no miraba el resto de la cara. Bajo la suave luz esparcida por la lámpara sobre la mesa, brillaba intensamente; de un rojo furioso, de cuando en cuando la cruzaba un surco violáceo. Era la cicatriz más repulsiva que he visto en mi vida, y eso que serví cuatro años durante la guerra en un hospital de Amiens, donde pude familiarizarme con toda clase de heridas faciales. Esa raya lívida formando curvas tan graciosamente alrededor de la cabeza, debe haberme hipnotizado, pues me quedé con la vista clavada más tiempo de lo que permite una buena crianza.

Algún sexto sentido hizo que el hombre de la cicatriz levantara la vista y me mirara en los ojos. Di vuelta la cabeza avergonzado. Un hombre con una cicatriz semejante debe estar acostumbrado a las miradas indiscretas, pero no debemos olvidarnos de los buenos modales, aunque estemos comiendo en un restaurante chino de segundo orden.

Mientras tomaba el tibio y, para mi gusto, demasiado ponderado té verde, traté deliberadamente de no mirar hacia la mesa donde el hombre de la cicatriz, sosteniendo a pocos centímetros de la boca un tazón de arroz, comía los granos con la ayuda de unos palillos.

Verdad que no necesitaba mirarlo; su rostro había quedado fotografiado en mi cerebro de una manera imborable, y mientras contemplaba mi taza vacía, no pude olvidarme de sus ojos azules, su nariz recta y sus labios finos. Las facciones parecían meros detalles al lado de la cicatriz, pero recuerdo haber pensado que antes de la desfiguración debió haber sido un buen mozo. No sé qué instinto extraño me hizo levantar la vista, casi contra mi voluntad. El hombre de la cicatriz me estaba mirando, y en sus ojos me pareció ver una sonrisa. De repente tuve la idea de que conocía esa cara, o, más bien dicho, la había conocido en los días anteriores a su horrible transformación.

Estaba tratando de encontrar un nombre, esforzándome en recordar acontecimientos acaecidos cuatro o cinco años antes, cuando el hombre de la cicatriz se levantó y vino hacia mi mesa.

—Bueno, usted tampoco me ha reconocido — dijo.

Tenía un defecto raro de pronunciación; seguramente sus cuerdas vocales habían sido afectadas por la herida.

—Me parece... Creo que usted es Dick Carter — contesté. Como un relámpago el nombre vino a mi mente junto con la visión de un hombre buen mozo, bajando la escalinata de una iglesia con una novia del brazo. Recordé la sorpresa que me causó la invitación a su casamiento, pues si bien nos conocíamos bastante, no éramos muy amigos.



Después me enteré en forma algo vaga que Carter había sido muerto por bandidos en la China. Todo esto lo recordé en un segundo.

Oí a Carter hablarme como de lejos:

—He estado en Londres un mes y ninguno de mis amigos pudo reconocerme.

La voz tenía algo de quejido; aparte del defecto de pronunciación, no parecía ser la de Dick Carter, el buen muchacho, el audaz jinete saltador de vallas.

—Estaba por acordarme de su nombre, cuando... — empecé yo.

Carter me interrumpió:

—No se preocupe por ser cortés. ¿Por qué no dice que esta cicatriz le impediría a mi mujer reconocerme? Usted, siendo médico, debe saber que una cicatriz como ésta puede cambiar la naturaleza de un hombre tanto como su físico.

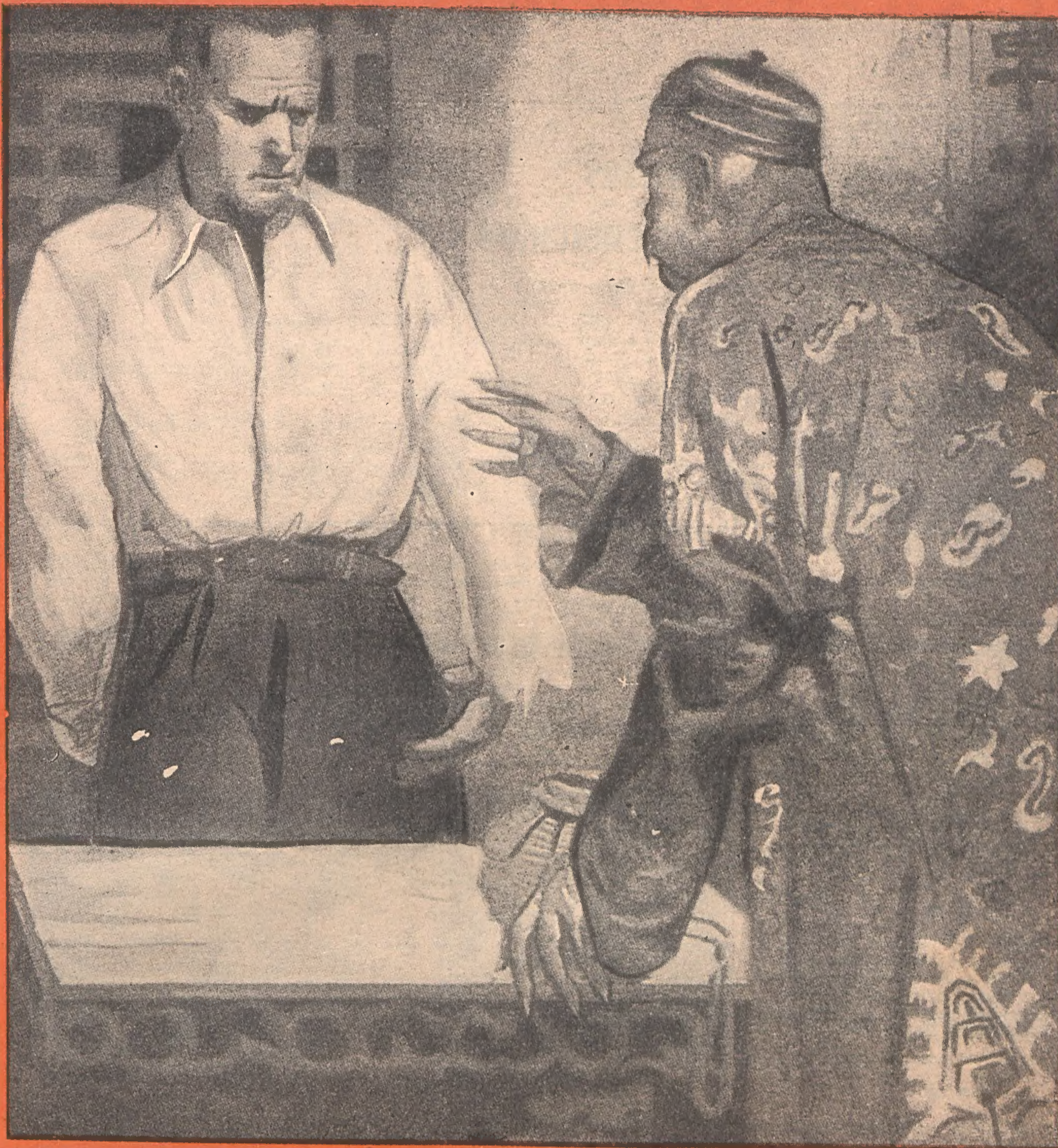
—Es terrible, Carter. Creo que un buen cirujano podría hacer algo, conozco uno en Viena...

—Los he visto; no hay nada que hacer. De todos modos, la prefiero así.

Nos quedamos callados un momento. Sentí que debía decir algo, pero hasta entonces Carter no me había dejado concluir una frase.

—En el club se dijo que los bandidos lo habían muerto a usted. Recuerdo que durante una semana aparecieron grandes títulos en los diarios; después poco a poco las noticias fueron disminuyendo, hasta desaparecer por completo.

—Dígale al "boy" que traiga más té, y le contaré todo — contestó bruscamente.



El "boy", que era un mozo inglés, trajo nuevos tazones de té.

Carter sacó varios cigarros de Manila, ofreciéndome uno; después empezó a tomar pequeños sorbos de té, aparentemente sin ningún apuro por empezar. De cuando en cuando se pasaba la mano suavemente por la cicatriz como acariciándola. De pronto dijo:

—La última vez que lo vi a usted fué para mi casamiento, ¿no?

Hice un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Se acuerda de Mary?

—Una niña muy linda —contesté trivialmente.

No hizo caso de mi comentario, y siguió:

—Después de quince días de luna de miel en los lagos, nos embarcamos para la China.

"Yo había conseguido un puesto de poca importancia en un pequeño pueblo llamado T'Sung Chow. No creo que lo haya oído nombrar; se encuentra al Sur de la frontera de Manchuria y sobre un estuario, pero a pesar de ser poco conocido, llegan a sus diques embarcaciones bastante grandes.

No me agrada el comercio, pero por Mary, quería adelantar, sabiendo que si me desempeñaba eficazmente me trasladarían a otro punto más importante, donde ella pudiese llevar la clase de vida que le gustaba. Tener dinero significaba mucho para ella, tanto que en T'Sung mismo gastábamos como cuatrocientas libras esterlinas más por año de lo que yo ganaba; aunque no me importase mayormente, pues teniendo economizadas siete mil libras esterlinas, pensé que cuando se me concluyesen ya tendría un puesto mejor. De todas maneras hubiera dado cualquier cosa por hacerla feliz a Mary."

CUENTO

POR

SIDNEY DENHAM

Carter se detuvo y yo asentí con un comprensivo movimiento de cabeza. Aunque yo no actuaba en el mismo círculo que ellos, había oído decir que Mary era de las que saben gastar el dinero, tanto que su casamiento con el atlético, pero no rico representante de la Compañía Mercantil del Pacífico, fué una verdadera sorpresa para sus amigos.

Carter, volviendo a encender su cigarro, continuó:

—En esa época la población se encontraba atemorizada por la gran actividad desplegada por los bandidos, al extremo que la compañía nos notificó que no se hacía responsable de lo que pudiese ocurrirles a sus empleados, y que en caso de secuestro, ella no pagaría el rescate. Tuvo que tomar esa medida porque los bandidos, cada vez que se trataba de un empleado de una compañía importante, exigían un precio mucho mayor. Conociendo la Compañía Mercantil del Pacífico, usted puede comprender que no era un simple "bluff" para asustar a los bandoleros.

"Admito que fué por mi culpa que me tomaron. Yo tenía una espléndida yegua la que montaba todas las mañanas antes del desayuno. Al poco tiempo me cansé de dar vueltas por la ciudad. Salí un día fuera de la muralla, pensando que si llegaba a encontrarme con los bandidos, "Firefly" era demasiado veloz para ser alcanzada por las balas de un tirador chino.

"Bueno, me equivoqué. Al quinto día, mientras galopaba tranquilamente, aparecieron de pronto sobre una pared de piedra, detrás de la cual habían estado escondidos, unos cuantos hombres harapientos. Afirmé mis talones y "Firefly" dió un salto hacia adelante. En seguida oí una detonación y me encontré volando por los aires; caí sin romperme nada y pude ver cómo "Firefly" disparaba hacia la ciudad; seguramente el proyectil debió rozarla. En fin, antes de poder sacar mi revólver, tenía a los chinos encima; traté de defenderme, pero eran muchos, y pronto me tuvieron maniatado."

Carter se detuvo otra vez. Su mano volvió a acariciar la cicatriz; me di cuenta entonces que ese suave frote de la carne amoratada era una costumbre. Quizá en un principio esto fué hecho con la esperanza de poderla ocultar, pero ahora, ciertamente, ese gesto no hacía sino llamar la atención hacia ella.

—Fuí llevado a las sierras y conducido delante del jefe de los bandidos quien me preguntó si era rico; le contesté que "no". Muy cortésmente movió la cabeza y dijo que su

(Continúa en la página 9)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

HA RECIBIDO el castigo merecido. Ahora ¿qué pretende? No tiene derecho a ningún reclamo; bastante jugó con ese amor. ¿Cómo podía ese muchacho seguir tolerando tales impertinencias? Sólo le queda contemplar su obra, y otra vez conducirse de muy distinta manera. Comprendo que esta contestación no aliviará su pena, pero aunque lo siento, no puedo decirle otra cosa. Escríbame siempre que lo desee; las cartas de mis amigos no me molestan.

Contestando a "Amará a otra", de Tucumán.

● ●

1º **PARA EL CIVIL** no se haga traje blanco; elija cualquier otro color. 2º Las participaciones de enlace, en su caso, debe encabezarlas con el nombre de su hermano mayor. Dichas participaciones deben enviarse ocho o diez días antes del fijado para la realización de la boda. 3º Si el casamiento es con misa de esponsales, lleve en la mano un rosario o un devocionario.

Contestando a "Rose Marie", de San Isidro.

No es la ausencia lo que consigue curar el amor, sino precisamente la presencia del ser amado; lo que se ve todos los días pierde su prestigio.

¿LE DISGUSTA a su novio que realce artificialmente sus encantos? Pues no lo haga. Si la naturaleza ha sido pródiga con usted en cuanto a belleza, puede perfectamente suprimir los artificios y así evitará nuevas contrariedades.

Contestando a "Coqueta", de Laprida.

● ●

NO COMPRENDO lo que me pide; así que me es imposible contestar a su consulta. Nárreme los hechos con más claridad respecto al otro candidato y su futuro suegro. ¿Qué ocurrió después del partido de barajas? No entiendo.

Contestando a "Olvidando en silencio".

● ●

SU RESOLUCION está bien tomada. Si cuando llegue el momento de casarse ella le demuestra que ha cambiado de manera de pensar, hizo bien usted en dejar sin efecto el compromiso. ¿Cuál es la causa del cambio operado? Eso yo no puedo saberlo, pero seguramente ella ha llegado a la conclusión de que no lo ama y no se atreve a decírselo; por eso guardó silencio al interrogarla. Debió usted haber preguntado a los padres, pero ya que no lo hizo, deje a las cosas que sigan el giro que ella quiso darles. Resignación, amigo. Un amor se cura con otro amor.

Contestando a "S. O. S.", de Ballesteros.

● ●

ESAS PARTICIPACIONES de enlace deben ir encabezadas con el nombre de su mamá.
Deseo que sea usted muy feliz.

Contestando a "Agradecida de Nenúfar", de Paraná.

● ●

LAS RESPUESTAS que recibió al hacerle la declaración, parecen demostrar que esa señorita no está muy interesada por usted. Ya que escasean las oportunidades de hablarle, escríbale para saber a qué atenerse. Pídale que le dé una contestación categórica, pues de lo contrario no volverá a importunarla.

Contestando a "Elad Luca", de Tintina.

Dardos envenenados

(Colaboración)



Por Aurelia

Pasó fugaz Cupido
y nos flechó a los dos.
Sus dardos con firmeza se han hundido
en nuestro corazón...

A mí fué destinado
un dardo de dolor,
que dejó sin piedad ensangrentado
mi pobre corazón...

Y el tuyo, envenenado,
fué a clavar su aguijón,
dejando en cuerpo y alma amalgamado
su veneno y dolor...

De la senda que nos unió a los dos
mejor será alejarnos.
¿Para qué contagiarnos
de dos males de amor?

TERMINE su indecisión. Siga desimulando aunque sufra; ya pasará este entusiasmo quinceañero. Por más que represente más edad, no la tiene; así que tengo la seguridad de que esa "gigantesca pasión" pasará. Sáquele primero provecho a la vida; le queda todavía mucho tiempo para enamorarse; no vale la pena que se atormente tan joven.

Contestando a "Sufrimiento", de Junín.

SI ME ENVIA la invitación prometida, con todo gusto asistiré a su boda en la iglesia. Allí, confundida entre la concurrencia, experimentaré el grato placer de conocer a usted y a su adorada noviecita y elevaré mis votos por la felicidad de ambos.
Muchas gracias por sus cordiales palabras.

Contestando a "Caminito", de capital.



Angela Amanda Caimi, cuyo enlace con Pedro Groppo acaba de tener lugar recientemente.

Foto Pérez

1º **AUNQUE LE PAREZCA** que esos reproches no tienen fundamento, las novias no admiten que su prometido no cumpla con ellas con la asiduidad debida, cosa que yo creo muy razonable. Explíquele claramente lo de sus ocupaciones y trate de arreglarse de modo que pueda aceptar sus invitaciones; así evitará esos reproches.
2º Debe encarar el asunto de manera de darle una solución definitiva. Dígale a esa señorita que si es verdad que lo quiere, debe terminar de dar crédito a esos chismes que la trastornan, y que no está dispuesto a continuar amargando por causas pueriles la feliz época del noviazgo. Si nota que las cosas no mejoran apesar de su buena voluntad, usted verá qué resolución le conviene tomar.

Contestando a "Dos intrigados", de Pampa Central.

● ●

¿DESTRUIR UN HOGAR?... No lo creo capaz de semejante maldad, pues si lo fuera, no me hubiera escrito pidiéndome un consejo. Leída su extensa confidencia llegué a la conclusión de que sólo un capricho guía a los dos a dar ese mal paso.
Amigo mío; lo creo persona de buen corazón, por eso le digo: piense en esos infortunados chicos, déjeles la madre que también hoy irreflexiva promete seguirlo; pero mañana, ¿soportará usted los trastornos que esta locura puede acarrearle? Elija una compañera que no tenga su corazón repartido entre tantos cariños.

Contestando a "Necesito de su consejo", de Tandil.

● ●

OBRAN EN MI PODER sus tres cartas; por ellas veo que es usted un muchacho de gran corazón, lleno de ilusiones y de esperanzas bellas. Me alegro, y deseo que ese franco optimismo que hoy llena su vida, nunca lo abandone.
Yo también quiero alentarlo, por eso publicaré dentro de poco una de sus poesías. Escríbame, ya que ese es su gusto y encuentra en ello un placer.

Contestando a "P. R. M.", de Esperanza

"Romeo y Julieta" es la obra en que Shakespeare trata del amor.
¿Cómo le expresa su sentimiento el galán a la doncella?
Sencillamente, le toma una mano y la besa con ardimiento.

PUEDE ENVIARME con toda confianza su consulta por delicada que sea, pues la correspondencia destinada para mí, sólo yo la leo y guardo sobre ella la más absoluta reserva. Aleje sus temores; las mujeres también sabemos ser discretas.

Contestando a "Riojano", de La Rioja.

● ●

EN EL NUMERO 1198, correspondiente a esta revista, apareció la contestación a su consulta. Ya ve que no lo he olvidado.

Contestando a "Un pobre hombre de diez y ocho abriles", de Rosario.

● ●

EL AMOR que me asegura ha despertado en usted ese artista de la pantalla, nunca se verá correspondido; por lo tanto, hace mal en despreciar a todo muchacho que intenta festejarla.
Viva de realidades; puede sentir gran admiración y hasta especial simpatía por ese astro, pero eso no impide que se enamore de alguien que esté más cerca suyo y no sea un imposible.

Contestando a "Enamorada de Clark", de Corrientes.

PRESTA OIDOS *al* AMOR, *y* ENDULZARAS *tu* VIDA

El hombre de la cicatriz

(Continuación de la página 7)

información era muy distinta. El rescate que pedía era de diez mil libras esterlinas; yo me reí y contesté que no poseía diez mil chelines, mucho menos diez mil libras. Se puso furioso y concluyó diciéndome que tendría yo que escribir una carta a mis amigos. Después ordenó que me encerraran.

"Me tuvieron en una pequeña choza durante un mes más o menos. Supongo que estaban escondidos por temor a la persecución, aunque se me ocurre que los esfuerzos que se hicieron para rescatarme no deben de haber sido muy serios. Usted sabe lo que son estos asuntos; durante la primera semana se habla mucho del prestigio y la protección de los compatriotas, en la segunda se empieza a discutir el precio del rescate, y en la tercera se paga. De cualquier modo que fuera, durante un mes no tuve la más remota idea de lo que pasaba. Supongo que un hombre con un puesto inferior como el mío no era de mucha importancia. Una vez oí el zumbido de aeroplanos y la explosión de bombas a cierta distancia de mi prisión, pero no dieron ningún resultado. Me imagino que no hicieron sino matar algunos aldeanos inofensivos, para mostrarles a los bandoleros que es peligroso jugar con la vida de un hombre blanco.

"Durante ese mes no hice sino pensar en la carta que debía escribir y en el precio del rescate. No dudaba que Mary pagaría, pidiendo prestado si nuestros medios no llegaban a cubrir la suma requerida. Pero a veces me hacía esta pregunta: ¿deseaba yo que Mary pagara? No sé si fueron los efectos del terrible calor que me hicieron un día tomar la resolución de no escribir esa carta por nada de este mundo. Pensé que las diez mil libras esterlinas agotarían todas mis economías, dejándome endeudado por unos cuantos años, y que el sufrimiento de Mary al verse convertida en la mujer de un indigente iba a ser terrible, al extremo de preferir la muerte, quizá. Seguramente que mi locura de salir fuera de la ciudad, desobedeciendo las órdenes de mis superiores, me impediría conseguir un puesto mejor en Shanghai. Preferí correr el riesgo de ser fusilado por los bandidos antes de ver a Mary en la miseria. Usted comprenderá que estaba muy enamorado de ella."

—Sí, le oí decir — contesté.

—Un día me llevaron de nuevo delante del jefe, el que me dijo que ya había llegado el momento de escribir la carta. Le respondí que no poseía esa cantidad de dinero. Me amenazó e hizo un ademán como para cortarme la oreja. Le hice frente, recordándole que un cadáver no le sirve para nada a un bandido, pues mientras el prisionero esté vivo, hay esperanzas de recibir el rescate. Discutimos bajo una temperatura sofocante durante una hora, hasta que al fin perdí los estribos y lo insulté; probablemente la soledad y el encierro me hicieron perder la cabeza. Le dije que no iba a escribir la carta pasara lo que pasara y que se podía ir a los quintos infiernos. Usé palabras que uno no debe emplear nunca al dirigirse a un chino, aunque sea un bandido. El hombre se transformó: su tez amarillenta se puso morada; luego se dirigió a uno de sus secuaces, diciéndole que trajera la Dama de Plata. Yo ignoraba lo que quería decir con eso. Dos o tres minutos después el individuo apareció con ella.

Carter se calló al mismo tiempo que metía la mano en el bolsillo del saco.

—¿Quién era la dama de Palta? — pregunté.

Sacó la mano del bolsillo y puso sobre la mesa un objeto, no habiendo yo visto nada parecido antes o después. Era una serpiente de plata, de tres pies de largo más o menos, muy fina y admirablemente ejecutada; las escamas se encontraban separadas, haciéndola perfectamente flexible. Al enroscarse podía caber en la mano de un hombre. La cabeza era grande y desproporcionada, con una boca enormemente abierta.

Durante un segundo me quedé mirándola; después empecé a tocar las escamas, resbaladizas y brillantes bajo la luz de la lámpara. Me repelía y me atraía al mismo tiempo; la hacía repelente la boca horrible, mientras que el maravilloso trabajo causaba admiración.

—¿Bonita, no es cierto? — preguntó Carter. Yo la miré; la cicatriz parecía de fuego.

—El jefe me dijo que contaba con medios para hacer escribir las cartas, y que el abrazo de la Dama de Plata había hecho razonables a muchos tontos. Mis manos y pies estaban atados ya; fuí obligado a sentarme en una silla y sujetado a ella, en seguida me despojaron de la camisa. Entonces un bandido tomó la serpiente y la enrolló alrededor de mi cuerpo desnudo, hasta arriba del mentón y la mejilla, quedando la cabeza justo encima de la oreja.

Todavía me encontraba intrigado, pero no me dejaron en la duda mucho tiempo. Sacando del fuego un recipiente con agua hirviendo, empezó a echarla por la boca abierta.

Di un grito de horror. Una sonrisa divertida se dibujada en los labios de Carter.

—Ignoro cuántos recipientes de agua me echaron — continuó, aparentemente tranquilo, — pero yo no grité. Cuando recuperé los sentidos vi que tenía estas marcas en las muñecas— dijo, extendiendo las manos palmas arriba. — Creo que me las hice con las uñas al hundírmelas en la carne, pero no escribí la carta, ni ese día ni el siguiente.

El horror de la historia de Carter, más real por la presencia de la Dama de Plata sobre la mesa, me redujo a silencio. Carter se desabotonó la camisa, abriéndola un poco. Pude ver cómo la morada cicatriz serpenteaba por su cuerpo.

El restaurante estaba casi vacío. Saqué un cigarrillo para dominar mis nervios. Carter seguía inclinado hacia adelante, contemplando las pequeñas cicatrices de sus muñecas.

—¿Usted se escapó? — pregunté.

Levantó la vista, de pronto, como si despertara de un sueño.

—Es una historia muy larga — dijo. — Pude escaparme algunos meses después. Una noche cuando mis guardianes se encontraban ebrios, me deslicé entre ellos, logrando huir. Me llevé la Dama de Plata como recuerdo de una temporada agradable en las sierras. Tardé dos meses en llegar a T' Sung. Estaba completamente harapiento, pero aunque tenía que mendigar para poder comer un poco de arroz, no quise separarme nunca de la Dama de Plata.

Y se rió amargamente.

—¿Y Mary, qué dijo? — pregunté.

—Supongo que debí tener un aspecto extraño. Después de dos meses de viaje entre las inmundicias de la China, no se tiene el aire de haber salido recién de la sastrería, y además tenía la cicatriz.

"Fuí derecho a mi casa. En el tra-

(Continúa en la página 17)

Las evasiones famosas

JACK SHEPPARD fué el hombre que más veces se fugó de la cárcel

Nota por ALFREDO SORENSON



Con una cuerda hecha con el viso de ella, bajaron hasta el patio de la cárcel.



Muchas personas de alta categoría le dispensaron el honor de visitarlo.

EL delincuente más famoso del siglo XVIII fué un joven llamado Jack Sheppard, bandolero que huyó repetidas veces de la cárcel como ningún otro en el mundo.

Jack Sheppard, cuyo padre era también ladrón y murió en la horca, hizo su aprendizaje en la carrera del delito bajo la tutela de Jonathan Wild, cabecilla de una peligrosa banda de la ciudad de Londres.

Wild, hombre sin escrúpulos, era detective, y al mismo tiempo integraba una banda disciplinada de asaltantes, a quienes protegía, y aunque él no participaba en los golpes, tenía una parte en el botín.

Si algún componente de la gavilla trataba de hacerle trampa, Wild se encargaba de arrestarlo y hacerlo ahorcar. Para esto tenía siempre abundantes pruebas de las fechorías de sus asociados. Ha sido comprobado que mandó a la horca a treinta y cinco asaltantes, veintidós ladrones y diez penados evadidos. Esto le valió el título de "gran detective". Sin embargo, finalmente fué descubierto y siguió a sus víctimas al patíbulo.

Jonathan Wild era hombre calculador, frío, cobarde e hipócrita, no haciendo en su vida ni una buena acción.

Jack Sheppard tenía apenas catorce años cuando ingresó en la pandilla de Wild, y gracias a su astucia llegó a ser un hábil y peligroso delincuente.

Poseía Jack mucha personalidad; era generoso, independiente y audaz. De buena presencia y fisonomía agradable, sabía vestir. Durante cinco años, Sheppard fué el mejor componente de la banda de Wild; su audacia era admirada, aun por sus mismas víctimas, y para sus compinches era un héroe de esos que no dejan lugar a dudas.

Un día tuvo un altercado con su jefe, quien le advirtió que cualquier acto de desobediencia lo llevaría a la horca. Esto no asustó a Jack, contestando que no temía y que se zafaría de cualquier peligro. Esta actitud fué su perdición. Una hora más tarde, era detenido en un restaurante, junto con su amiga Edgeworth Bess, y alojado en la prisión de Clerkenwell, ocupando juntos la misma celda. Los amigos de Jack comenzaron a temer por su vida, conociendo las costumbres de Wild.

Jack amenazó con divulgar los métodos y operaciones de Wild, y éste, temiendo ser descubierto, tomó sus medidas para impedir la fuga de Sheppard, encerrándolo en un calabozo especial, juntamente con su amiga, cargado de cadenas y sujeto a la pared.

La detención de Jack causó sensación en Londres; se le acusaba de asesinato y robo, aunque el crimen no lo cometió él, sino un amigo.

Al tercer día de su encarcelamiento, antes de ser llevado a declarar al juez, un amigo disfrazado de anciano logró introducirse en la celda y entregarle a la Bess una lima y un barreno que la mujer escondió en el pecho.

Una hora después de la ida de su amigo, Jack se había deshecho de sus cadenas. Yendo hasta la ventana de su calabozo, logró limar dos barrotes; luego, con una cuerda hecha con el viso de su amiga, bajaron hasta el patio de la cárcel.

Los enfrentaba una pared de cinco metros; con la ayuda del barreno, fué haciendo pequeños huecos para así escalar la pared, y con la misma cuerda logró alzar a su compañera y bajar del otro lado. ¡Estaban libres!

Wild, al saber la huída, se puso furioso, e inmediatamente organizó una batida. Dos días más tarde, Jack fué localizado y detenido por el mismo Wild.

Fué sentenciado y firmada la orden de su ejecución. El día fijado para su ajusticiamiento lo sacaron de la celda y lo llevaron hasta la puerta principal para poder despedirse de su amiga, quien venía acompañada de otra. Mientras las dos mujeres estaban paradas delante de la puerta llorando y dando gritos, Jack, con la ayuda de un resorte de reloj, serruchó un pequeño barrote. Sacándolo, dejó un claro lo suficiente para poder pasar. Atando sus cadenas con grueso pedazo de género para evitar el ruido, Jack fué sacado por Bess y su compañera, mujer fuerte y valiente.

Luego Bess logró salir sin ser vista, dejando su sombrero y su capa a su amante, quien rápidamente se los puso.

—¡Adiós, Jack! —dijo él, imitando muy bien la voz de su amante. Y apoyándose en el brazo de la otra mujer, logró salir de la prisión.

Pero una hora más tarde fué capturado nuevamente. Esta última aventura de Jack fué entonces el tema obligado de toda la ciudad. Muchas personas de alta categoría se disputaron el honor de visitarlo, entre las cuales se destacaba el famoso artista sir James Thornhill, el escultor Hogarth y James Figg, célebre pugilista.

Esa misma noche Jack Sheppard consiguió, por última vez, escaparse de la prisión. Apretando los dedos, llegó a deshacerse de las esposas; luego, empleando toda su fuerza, logró romper un eslabón. Quitándose las medias, consiguió levantar las cadenas que le sujetaban los tobillos, hasta esconderlas debajo del pantalón. Con el eslabón roto, pudo sacar un barrote que impedía el acceso a la chimenea. Usando el barrote como herramienta, se trepó al techo por la chimenea. Luego pasó al "cuarto colorado" por una claraboya. Después violentó seis puertas hasta llegar a la iglesia. Con la ayuda de su colcha hizo una soga, y atada a una de las ventanas, bajó a la calle, perdiéndose rápidamente de vista.

No tardó mucho en ser aprehendido. Esta vez ya no pudo fugarse. El 12 de noviembre de 1724, en presencia de un enorme público, Jack Sheppard fué ahorcado en Tyburn.

Unos pocos meses después, Wild, descubiertas sus fechorías, expiró sus crímenes en el mismo lugar, es decir, en la horca.

La vida es hermosa y ofrece al espíritu panoramas seductores. Pero en ocasiones, como en el caso de...

La TRAGEDIA del viejo MONZON

... tórnase amarga, injusta y cruel, y envuelve a las almas en la obsesión de pesadillas horribles e implacables.



CUENTO

Por

SALVADOR MERLINO

I

EXTINGUIDA ya la claridad del día, por el camino polvoriento que conduce al rancho de los Monzón, se retiraban padre e hijo. Iban a paso reposado, llevando en sus hombros las azadas que les habían servido para remover aquel pedazo de tierra que arrendaban a los Sáenz Valiente, cerca de Curuzú Cuatiá. En el rostro de los dos campesinos se evidenciaba cierta huella de preocupación y desencanto. No hablaban. Marchaban con la cabeza gacha, como agobiados por el peso de alguna tragedia interior.

Llegados a la casa, tomaron asiento en un largo banco rústico y se hicieron servir mate por una muchacha, cuya edad oscilaba entre los diez y doce años.

—¿Qué tal, Loronda? — preguntó el más viejo de los dos hombres. — ¿Cortaste leña?

— Sí, pues.

— ¿Y limpiaste el horno?

— También.

— ¿Y puso algún güevo la gallinita blanca?

— No, tata. Eso no. No ha güelto a poner. La gallina está enojada, y no hace caso a mis amenazas. Yo le dije: "Mirá, Pirucha. Portate bien, porque si no el tata te va a matar." Pero ella es cabeza dura... Hoy la estuve espiando toda la tarde para ver si ponía güevos en el nido de la bataraza, pero no. No pone en ninguna parte. Y es que está enojada. Yo no sé por qué, pero está enojada. ¿Por qué no la mata, tata? ¡Matelá para que no sea sonsa!

— ¡Vaya con la gurisa! — exclamó comprensivamente el viejo. — La gallina no es mala, vos bien lo sabés. Y si ahora no pone güevos, por alguna razón será. Acordáte que antes, cuando vivía la finada, no se estaba ni un día sin poner. Todas las mañanas iba a las pajas, y, cuá, cuá, ponía un güevo. Pero ahora las cosas han cambiado. Tu mama ya no vive. Y la gallina ha de sentirlo. Porque estos bichos, según creo, también tienen su corazón. Además, cuando la mala racha pasa por una casa, ya no hay ánimo para nada, y todo se contagia de desaliento. Dejá que no ponga güevos la gallinita. Algún día será.

Una observación de Antonio, su hijo, puso fin a esta disquisición. El muchacho, temeroso de la suerte que podía correr la quebrantada salud de su padre, procuraba hacerle cambiar de pensamiento cada vez que éste traía a la memoria el recuerdo de la esposa muerta, cosa que sucedía con harta frecuencia, puesto que ya era en el hombre una manía. Si bajaban a Curuzú Cuatiá para hacer alguna diligencia, el viejo decíale a Antonio, que era por lo general su acompañante: "Mirá, muchacho. De aquí a la fonda "El Obrero" hay doscientos cuarenta y tres palos de telégrafo justos. Los conté con tu mama muchas veces, cuando estábamos de novios e íbamos en un carro de don Cirilo a llevar lino al acopiador Ivaldi." Otras veces indicaba el lugar en que había dado muerte a algún pajarraco: "Fué aquí mismo, murmuraba. Quise hacerle ver a tu mama que yo era buen tirador, y apuntando por sobre el hombro, y con el revólver para atrás, a cincuenta metros, y de un solo tiro, hice rodar a una lechuza." Por eso no era todo. Cuanto había en los alrededores de la casa y en la casa misma, el viejo asociábalo al recuerdo de la muerta, todo lo cual torturaba el alma sensible del muchacho, que amaba entrañablemente a su madre y de cuya pérdida no se había repuesto todavía. A decir verdad, a él le agradaba que le hablaran de la extinta, pero no quería que lo hiciera su padre, a quien los acontecimientos habían puesto al borde de la locura. Por eso lo interrumpió.

— ¿Y? ¿No se acuerda de la promesa? ¿No habíamos quedado en que usted no me hablaría más de eso?

— Sí, pues.

— Bueno. Entonces callesé, y vayamos a comer.

—¿Está lista la cena?

—Sí, está.

— Bueno. Vayamos a comer.

Y se sentaron a la mesa callados, tristes, pensativos. Ya la noche había descendido totalmente sobre el campo, y la luna, magnífica y avara a un tiempo mismo, acariciaba la ondulante melena de los maizales y se negaba a entrar por la puerta del rancho de los Monzón, temerosa acaso de verse contagiada de su tristeza.

(Continúa en la página 13)

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LA TENIA

Nos pide usted referencias sobre este parásito intestinal, y, para ilustrarla debidamente, nos complacemos en reproducirle un artículo sobre él, debido a la pluma de un distinguido facultativo.

"Uno de los parásitos intestinales más difundidos en el hombre es la tenia saginata o solitaria, llamada así porque es raro encontrar más de una o dos en la misma persona. Ignoramos cómo consérva este monopolio la tenia, pero el hecho mismo de tratarse de un monopolio tranquiliza al paciente, que después de seguir un tratamiento no ha expulsado sino una sola cabeza del parásito. Entre las otras variedades de tenia se encuentran a veces varias lombrices en un mismo individuo.

"La tenia saginata mide de 4 a 8 metros de longitud y está formada por 1200 a 1300 segmentos distintos. La dimensión de estos anillos se reduce a medida que se aproximan a la cabeza. Los segmentos que están más cerca de la cabeza son estrechos y no han llegado todavía a la madurez. En los otros anillos se hallan huevos en forma alargada o embriones envueltos en una cáscara espesa. Cada anillo puede moverse individualmente. Expulsados estos segmentos del intestino del hombre, pueden ser absorbidos por el ganado al comer hierba; el parásito invade entonces los músculos de su nueva víctima que, así infectada, se transforma en "buey lacerioso". El parásito forma un quiste en los músculos del buey (cysticercus-bovis) y allí puede vivir durante años. Es fácil reconocer un "buey lacerioso": diseminados a todo lo largo de los músculos y entre las fibras, pueden distinguirse, a simple vista, quistes de unos milímitros, ovalados y algo acuosos.

"Si se extrae uno de estos quistes y se examina con una lupa, se verá la cabeza del parásito que todavía no ha llegado al estado adulto.

"Si la carne del "buey lacerioso" no está bien cocida, los parásitos siguen viviendo y son absorbidos por los seres humanos. Sesenta días después aparecen segmentos del parásito en las deposiciones fecales. Esto puede producirse durante varios años. De ocho a doce segmentos se desprenden cada día de la lombriz adulta. Generalmente estos segmentos son expulsados uno a uno.

"En los países en donde el ganado está mal alimentado y mal cuidado y en donde se consume la carne de buey más o menos cruda, la tenia está muy difundida. En Abisinia, por ejemplo, y en las provincias del Noroeste de la India, en donde cerca del cinco por ciento del ganado está infectado.

"En muchos casos el parásito causa poca o ninguna molestia. Sin embargo, puede ocurrir que la víctima padezca cólicos, alternando la diarrea con el estreñimiento. A veces se queja de náuseas o de dispepsia, sobre todo cuando está en ayunas.

"Pero el parásito puede provocar síntomas más graves, como una gran anemia, crisis epilépticas, alucinaciones, etcétera."

Cdo. a "Francisquista", de Coronel Brandzen.

HAY MUCHOS PADRES QUE SIN TITUBEAR ENTREGAN UN NIÑO RECIEN NACIDO A UNA NODRIZA CUYA LECHE TIENE YA TRECE, CATORCE O QUINCE MESES. AL PRINCIPIO EL NIÑO AUN ENCUENTRA LECHE SUFICIENTE PARA ALIMENTARSE, Y SE SOSTIENE; PERO CUANDO LLEGA YA A LOS SEIS MESES, LA LECHE DE DIEZ Y NUEVE, VEINTE O VEINTIUN MESES NO CONSTITUYE YA UN ALIMENTO, Y POR ESTO EL NIÑO ENFLAQUECE Y A VECES MUERE.

Un peligro para los niños



Muchas son las personas que tienen la costumbre de jugar con los niños, arrojándolos al aire para recibirlos en sus brazos. Esta costumbre, que por cierto no puede ser más mala, es grandemente peligrosa para los niños.

Prescindamos del peligro que puede significar su caída, la cual podría ser causa de que a la criatura se le rompiera una pierna a un brazo, o la cabeza, o sufriera otras contusiones internas tanto o más graves; prescindamos de este peligro y digamos el perjuicio que se le ocasiona al niño, que, el miedo de sentirse lanzado al vacío le congestiona de tal manera que, en muchos casos, ello ha sido causa de que se enfermara un niño gravemente.

No vamos a reprochar la buena intención de las personas que hacen tal cosa, pero tampoco podemos aprobar "una buena intención" que puede traer consecuencias graves inmediatas.

A los niños debe querérseles; debe jugarse con ellos cuanto se quiera, pero siempre sin que con los juegos pueda afectarse su salud o ponerse en peligro su vida.

Los padres son los primeros que deben velar por sus niños no jugando con ellos así, ni permitiéndoles a los demás tal entretenimiento.

HOSPITAL RAMOS MEJIA

Lamentamos no poder informar a usted con respecto a la pregunta que nos hace, pero puede usted satisfacer su deseo dirigiéndose por carta a la dirección del Hospital Ramos Mejía, calle General Urquiza esquina Méjico, de donde no dudamos que le contestarán, dado el carácter de la consulta.

Allí entonces le informarán qué debe hacer y qué tratamiento le corresponde a su hijo enfermo.

Cdo. a "Una madre afligida", de Campana.

• •

CEDRON

Dele a su hijo té de cedrón después de las comidas; esto es muy bueno para ayudar la digestión. Además, siempre es eficaz el cedrón para combatir las afecciones del corazón, como asimismo el histerismo. En estos últimos casos puede tomarse a cualquier hora del día. Ensaye.

Cdo. a "Lectora", de Carhué.

• •

PICADURAS DE INSECTOS

Aunque no tengan mayores consecuencias las picaduras de los mosquitos, las avispas y las abejas, no puede dudarse de que ellas son venenosas. Además de producir irritación, suelen causar tales picaduras muy fuertes y molestos dolores. Hay casos, poco frecuentes por fortuna, en que, exacerbada la irritación, puede llegar a producir un envenenamiento de la sangre.

"En este caso — dice un médico conocido, — lo que importa, sobre todo, es mitigar el ardor y segregar las materias que sirven de combustible."

Entre los remedios caseros cabe señalar, como de excelentes resultados, el que suelen emplear los campesinos en casos de picadura de insectos, que es el de aplicar sobre la parte afectada un poco de tierra húmeda o de barro bien batido.

"Las compresas de agua fría y vinagre — dice el referido médico — también dan resultados satisfactorios. Estas comprpesas deben aplicarse sobre la picadura, en partes iguales de agua y vinagre. Pero si la irritación llegara a producir fiebre, deben tomarse todos los días dos medios baños fríos y practicarse uno o dos lavados generales."

La otra pregunta que nos hace no corresponde a esta sección, por lo que no nos es posible darle la respuesta que desea. Diríjase a "Los lectores que preguntan", sección de esta revista, en la que le contestarán a su debido tiempo.

Cdo. a "Myosotis", de Barranqueras.

• •

DOLOR DE MUELAS

He aquí un remedio casero para calmar el dolor de muelas: haga un cigarrillo empleando hojas de té, y fúmelo.

Según las personas que han ensayado este procedimiento, sus resultados no pueden ser más eficaces. Al cabo de sólo unas chupadas se encuentra un verdadero alivio, máxime si el dolor de muelas ha sido provocado por una neuralgia.

Se dice que este tan simple remedio es de buenos resultados para los que sufren ataques de jaqueca.

Cdo. a "Lectorcita", de Azul.

EN MUCHOS PAISES EXISTE AUN LA RIDICULA PREOCUPACION DE QUE UN NUEVO NIÑO REJUVENECE LA LECHE DE UNA NODRIZA. ESTE ES UN ERROR DE GRAVES CONSECUENCIAS, QUE CUESTA A VECES LA VIDA A INFINIDAD DE NIÑOS. CONSTE, PUES, QUE POR JOVEN QUE SEA EL NIÑO, NO IMPRIME NINGUNA MODIFICACION A LA COMPOSICION DE LA LECHE DE LA NODRIZA.

AFECCIONES DE LA VISTA

Las afecciones de la vista no deben jamás descuidarse, pues comprometen el noble órgano de la visión. En su caso debe llevar su nene al Instituto Santa Lucía, en esta capital, donde le atenderán debidamente.

Cdo. a "N. N.", de Morón.

• •

MOSQUITOS

He aquí la receta que usted nos pide contra la picadura de los mosquitos.

Solución de formol (al 40 %)	15 gramos
Bencina preparada........	5 „
Acetona	5 „
Bálsamo de Canadá.......	1 gramo

Usela con confianza, que es de resultados eficaces.

Cdo. a "Madre buena", de Pilar.

• •

RESPUESTA

Debe seguir ese tratamiento por veinticinco a treinta días más. Luego puede escribirnos informándonos de los resultados obtenidos, que no dudamos serán inmejorables.

Cdo. a "Pepa", de Bragado.

(Continúa en la página 20)

CUIDE *sus* NIÑOS *de los* MUCHOS PELIGROS *que* ACECHAN *su* SALUD

La tragedia del viejo...
(Continuación de la página 11)

II

Pasaba el tiempo. Los campos sembrados de maíz y de lino, que constituían la única riqueza de aquellos labriegos, estaban echándose a perder. El año se presentaba singularmente malo, y padre e hijo veían próxima su bancarrota. Daba pena ver aquellas inmensas regiones correntinas, con su vegetación achicharrada bajo los ardientes rayos solares de diciembre. Los arroyos, lagunas y restingas habían quedado secos, sin una gota de agua para aplacar la sed de los animales, que morían en gran cantidad sobre los campos. Pero esto no era todo. El carbunclo, la terrible "mancha", completaba la obra devastadora, agregando nuevas víctimas a las ya numerosas ocasionadas por la sed. Cientos de bestias fueron aniquiladas por la epizootia, y entre ellas los dos únicos bueyes del padre de Loronda, a los que encontró muertos una mañana, al salir de su rancho acompañado de sus hijos. Estaban duros e hinchados y tenían los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Lindo, nomás! — atinó a decir el viejo. — Piedra sobre piedra. Golpe sobre golpe. Desgracia sobre desgracia... ¿Afligirse? ¿Y para qué?

Pero el ánimo del paisano estaba hondamente deprimido. Y no era para menos. En poco tiempo había visto esfumarse dos de sus grandes bienes: la tranquilidad, representada por la amantísima esposa, y la fortuna, representada por sus dos bueyes y su siembra, aquéllos ya perdidos y ésta en vías de perderse. Movió la cabeza con desencanto y dijo, dirigiéndose a su hija:

—Gurisa, la ruina se viene sobre nosotros. Pareciera que tu mama, al irse al cielo, se llevó con ella toda la gloria que había en esta casa. Ya no tenemos suerte. Todo nos va mal... Pero, mirá. La taba se va a dar güelta. Yo te lo digo... Se va a dar güelta. No sé cuándo, pero algún día será... Vendrá el espíritu de la finada por aquel caminito de tierra que lleva a Curuzú Cuatiá. Vendrá una noche de luna. Y el camino estará blanco. Y los perros no chumbarán. Yo la esperaré al pie de aquel palo de telégrafo, el quinto contando del lado de las casas. Y ella me dirá unas palabras. No sé cuáles, pero han de ser para bien... Y golveremos a reír... Acordate bien: ha de ser una noche de luna y por aquel camino, polvoriento y triste que lleva a Curuzú Cuatiá...

Nueva interrupción de Antonio:

—¿Y, viejo? ¿Otra vez con la hiscria?

—Sí, pues.

—Y los animales, ¿los quemamos o no? Mire que la "mancha" es terrible.

—Sí, pues.

—¿La paja la traemos de la parva chica o de la grande?

—De la chica ha de ser. Traigalá nomás.

Amontonaron pasto seco en torno de los bueyes y lo hicieron arder. Una espesa humareda comenzó a levantarse del suelo, y al poco rato un intenso olor a carne quemada se expandió por los alrededores.

—¿Nos vamos, tata?

—Sí, pues.

Y se fueron a trabajar. Loronda, como de costumbre, quedó sola en la casa. Estaba afligida, más que en otras ocasiones. Y se puso a llorar. Las frecuentes quejas de su padre la llenaban de desconsuelo. Además, la vida no era como antes. Ya no existía la buena madrecita que preparaba la comida, lavaba la ropa y peinaba a la niña amorosamente. Ahora todo debía hacerlo ella. Debía levantarse con las primeras luces del alba y acostarse ya muy entrada la noche. Pero eso no le dolía, sino el recuerdo de la ausente y la tristeza de su padre, acrecentada en esos momentos por la pérdida de Chiche y Fierro, los dos únicos bueyes de la casa. Loronda lloraba, y, llorando, fué en busca de la gallinita blanca, a la que puso tiernamente en su regazo y le dirigió melancólicos reproches.

—¿Por qué no ponés güevos? — le decía. — Vos estás enojada con nosotros porque se jué mamita, ¿no es cierto? El tata está triste. Antonio está triste, y yo siempre lloro. Vos también llorás. ¿Por qué llorás? ¿No te gusta cantar como cantabas antes? ¿No te gusta poner güevos? ¡Ah! Yo sé por qué estás triste, por qué no ponés güevos. Pero algún día será. Me lo dijo el tata... ¿Verdad, Pirucha, que algún día será?

III

La tragedia, temida y esperada, clavó sus garras en la tierra. Los campos ardían. Por aquí y por allá las sementeras cantaban en un impresionante torbellino de llamas. Cientos de cuadras eran presas del fuego, que todo lo devoraba. No había en casi toda aquella extensión pasto ni árbol que no ardiese. Y la desesperación de los agricultores rayaba en el paroxismo. El fruto de tanto trabajo y de tantos afanes se perdía irremisiblemente, tragado por las llamas, mil veces más terribles que la más terrible de las epidemias y a cuya furia destructora no había poder humano que se opusiese. Todo se iba. Todo se perdía envuelto en una humareda trágica. Las pocas cuadras que los Monzón arrendaban a los Sáenz Valiente no escaparon a la voracidad del fuego; antes por el contrario, y como si fuera una maldición del cielo, fué allí donde precisamente se inició el incendio, propagándose con facilidad a los campos vecinos, repletos de lino y de maíz.

El padre de Loronda estaba de pie, con los brazos cruzados, contemplando el espectáculo. Su rostro había adquirido una extraña serenidad, y sus ojos, antes opacos, brillaban como dos llamitas de plata. Ya no se lamentaba. Permanecía rígido como una estatua. Y en su cerebro ya no había nada. Es decir, había una idea, una sola idea. Perdido todo, sin bienes y sin fuerzas para poder sobrellevar el peso trágico de sus días, ya la vida no valía para él ni un mísero escupitajo. Y la despreciaba. Por eso estaba ahí, rígido, con los ojos grandemente abiertos y acariciando en su interior aquella única idea que le quedaba.

—¡Tata! ¡Tata! ¡Las pilchas! ¡Pronto!

Pero el anciano no contestó. Los muchachos, en tanto, corrían de un lado a otro para poner en salvo las prendas que estimaban más convenientes, pues las llamas parecían querer extenderse hasta la vivienda, no obstante el área de campo limpio que la rodeaba. Loronda se apoderó de la gallinita blanca y la encerró en el cuarto.

—¡Tata! ¡Tata! — volvieron a llamarlo.

—Ya voy.

Pero el viejo no fué.

Horas más tarde, cuando las sementeras habíanse convertido en un informe despojo gris y cuando aquel pedazo de tierra que los Monzón arrendaban a los Sáenz Valiente, cerca de Curuzú Cuatiá, no era más que una desolada superficie, el viejo campesino, sin perder su aire de serenidad, penetró en el rancho, cerrando la puerta tras de sí. Llevaba en sus manos una daga, cuyo filo acariciaba amorosamente. Antonio lo vió, y, presintiendo la tragedia, corrió detrás de su padre.

—¡Tata! ¡Tata! — le gritó.

Pero ya era tarde. El viejo Monzón acababa de degollarse.

Junto al cadáver, palpitante aún, la gallinita blanca picoteaba un huevo ensangrentado.

Vidas Truncadas

son aquellas que, en la plenitud de la existencia y cuando parecen en el goce de todas las satisfacciones, se ven segadas inesperadamente por uno de los innumerables azares circunstanciales que anulan toda felicidad.



I

MAS de mil veces doña Mercedes había releído aquel brevísimo despacho telegráfico, y, cada vez, en su carita arrugada habíase dibujado una esplendorosa sonrisa de felicidad.

"Madre: llegaré mañana veinte horas. Horacio."

Las vecinas todas supieron al instante el arribo del joven estudiante de medicina, ya convertido en galeno. Doña Mercedes estaba radiante de alegría. Salía a la puerta de calle y contemplaba el sitio donde se fijarían las bronceadas placas con el nombre y el título de su hijo: *"Doctor Horacio Saravia. Médico cirujano."* Entrecerraba los ojos, y en su imaginación veíalas brillar como si fueran de oro.

Ahora la gente no preguntaría más por el señor Saravia, sino por "el doctor Saravia", y ella misma respondería dándole el título — ¿acaso quedaba mal? — "el doctor ha salido", o "aquí está el doctor; voy a avisarle". Cuando sonara el teléfono no se contestaría más diciendo simplemente "con la casa de la señora Saravia", como hasta ahora, sino "con la casa del doctor Saravia". Ella, para escribir a sus amigas, especialmente a aquella pretenciosa de doña Encarnación, usaría siempre los papeles con membrete de su hijo, donde se leyese bien claro el título, las especialidades, las horas de consulta, etc. Cuando hubiera necesidad de nombrarlo, en alguna conversación, por ejemplo, no diría siempre "mi hijo Horacio", sino "mi hijo el doctor"; y lo mismo, en vez de dar en las tiendas su nombre, para el envío de algo, daría el de su hijo: "A casa del doctor Horacio Saravia". ¡En fin! No perdería oportunidad de hacer saber a todo el mundo que tenía un hijo doctor; pero sin hacer ridiculeces, por cierto.

Ella misma, personalmente, dirigiría la limpieza diaria del consultorio, y si en otros sitios de la casa permitía a veces algunos descuidos, allí jamás lo toleraría.

Pensando en todo esto hallábase la dulce viejecita, cuando se oyeron en el zaguán voces y risas femeninas. Era María Helena, su hija, que llegaba en compañía de Carmencita Guyot Sosa, novia de Horacio, quien también compartía los regocijos familiares.

— ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Carmencita ha recibido una carta de Horacio!

— ¿Sí? ¿A ver, m'hijita? ¿Prestemelá, quiere, para leerla?

— Pero..., ¡doña Merceditas!... Es que...

— ¡Claro, mamá! ¡No seas tan indiscreta! Hay allí cosas que sólo son para ella.

— Pero..., es que...

— Bueno; no importa — dijo, complaciente, Carmencita — le voy a leer las partes que puede usted oír.

— Claro, m'hijita; nada más que eso pretendo yo — agradeció la viejecita, arrellanándose en la amplia butaca y restregándose las manos jubilosamente.

Carmencita abrió su cartera y sacó de ella un pliego, que desplegó con suma devoción.

María Helena arrimó dos sillas, ofreciendo una a su amiga y futura cuñada y ocupando la otra ella, disponiéndose todas a escuchar la palabra escrita del flamante doctor Horacio Saravia.

II

El convoy entró en la estación con un ensordecedor ruido de hierros.

En las veredas, junto a las vías, agolpábase una inmensa multitud: hombres, mujeres y niños que aguardaban a los viajeros, empleados ferroviarios de gorras galoneadas, corredores de hoteles, mozos de cordel, vendedores de diarios, revistas y baratijas, que ofrecían a gritos sus mercancías, etc.

Una señora anciana, apoyada en los brazos de dos niñas, jovencitas y bellas, miraba con ansiedad suma a los pasajeros que asomaban su cabeza por las ventanillas de los coches, y a aquellos que, de pie ya en las plataformas, valijas en mano, aguardaban impacientes el momento en que el tren se detuviera totalmente para descender.

La anciana señora no cesaba de mirar y mirar, ayudada en esta tarea por sus dos acompañantes.

—¿No es aquel, m'hijita?

— No, mamita.

— ¿Y aquel otro?

— Tampoco, mamita.

— ¡Aquel sí! — terció gozosa Carmencita.— Aquel que se asoma con traje gris por la tercera ventanilla de este coche.

— ¡Sí, sí! ¡Ese es Horacio! — confirmó alegremente María Helena.

— ¿Cuál, cuál, mis hijitas? — suplicó ansiosamente la viejecita, recorriendo con sus ojitos vivaces todas las ventanillas de todos los coches.

—¡Aquel, mamita! ¡Mire! ¡Tercera ventanilla!

— ¡Ah, sí! ¡Ya le he visto! ¡Horacio! ¡Mi Horacio! ¡Llevadme hasta allí! ¡Rápido!

Apoyada en los brazos de ambas, doña Mercedes echó a andar hacia la ventanilla donde se recuadraba el simpático y sonriente rostro del flamante médico.

Ya él las había visto también y elevaba su diestra en un saludo nervioso y emocionado, mientras sus labios plegábanse en una sonrisa de suprema felicidad.

Cuando la viejecita llegó, él se inclinó lo increíble para abrazarla y besarla en la frente arrugadita.

NOVELA CORTA *de* AMBIENTE NACIONAL

Por

CARLOS F. MARQUEZ VALLADARES



—¡Suban! ¡Suban! — invitó.

Ayudada por su hija y la novia de Horacio, doña Mercedes trepó juvenilmente al coche, y entró al camarote donde había viajado su hijo.

Llegó en el instante en que éste se despedía de uno de sus compañeros de viaje.

— Bueno, amigo — le decía, — ¡que le vaya bien! ¡Buena suerte!

— Gracias, doctor — contestaba aquél. — Igualmente, mucha suerte. ¡Adiós!

Doña Mercedes oyó aquello de doctor, y gozó lo indecible.

— ¡Hijo mío! — dijo, cayendo en sus brazos llorando de alegría.

— ¡Mamita!

Y ambos se confundieron en un abrazo estrecho, que era todo un poema de felicidad...

Horacio abrazó y besó igualmente a su hermanita, y cuando le tocó el turno de saludar a Carmencita, su novia, fué a hacerlo con un respetuoso apretón de manos, pero su ternura le abrió sus brazos, en los que se refugió solícita la niña.

¡Y se juntaron los labios en un beso todo pureza y amor!...

— ¡Nena! ¡Cuánto tiempo! ¡Cuánto tiempo sin verte!

— ¡Horacio!

La alegría les hacía verter lágrimas. El abrió más sus brazos, y las estrechó a las tres, juntándose las cabezas...

El camarero llegó, y dijo:

— ¡Doctor! ¿Me permite sus valijas?

— Sí, sí. Son estas — contestó Horacio.

Doña Mercedes miró a su hijo, y arrimando sus labios junto a su oído, pronunció quedamente por primera vez la palabra mágica:

— ¡Doctor! — dijo. — ¡Al fin doctor! ¡Mi doctor querido!...

III

Cuatro días hacía que llegara Horacio a Tucumán, y ya había instalado casi totalmente su consultorio, en la amplia sala de su madre, doña Mercedes, de antemano arreglada debidamente para ese fin.

Las complicadas instalaciones de los rayos X y el reluciente instrumental quirúrgico volvían loca de alegría a la dulce viejecita, que ayudaba encantada a su hijo en la disposición de los muebles, camillas, mesitas, etc.

Este estaba dando los últimos toques al conjunto general, pues según los anuncios de los diarios se abriría dentro de dos días, cuando oyóse la voz de doña Mercedes:

— ¡Horacio! ¡Horacio! — exclamaba gozosa, dirigiéndose apresuradamente al consultorio. — ¡Una carta para ti! ¡Una carta para ti!

— ¿Una carta? — preguntó él con tono que revelaba su asombro. — Pero, ¿por eso tanta algazara, madre? ¿Sabes acaso de quién es?

— ¡De quién sea me importa poco! — contestó ella, acariciando con una de sus manos la frente del hijo, mientras mantenía oculta la pieza postal a sus espaldas. — Lo que me importa... es esto. ¡Mira!

Inclinóse el muchacho para ver lo que su madre le enseñaba escrito allí en el sobre, y echó a reír de buena gana. Doña Mercedes también río alegremente, y rodeó con sus brazos el cuello de su hijo, quien la estrechó amorosamente contra su corazón.

Luego ella leyó lo que estaba escrito sobre el sobre, y que le produjera tanta alegría:

— Señor doctor Horacio Saravia. — Y repitió encantada dos veces el título: — ¡Doctor! ¡Doctor! Es la primera vez que llega una carta así.

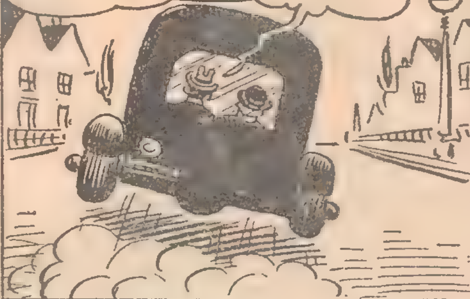
Recibió el joven el sobre de manos de su madre, y mientras ésta se alejaba, feliz, lo rasgó.

Era una carta de Leonor, su novia porteña, aquella chica encantadora, de ojos negros, cutis de alabastro y cabellos endrinos, con quien compartiera todas las horas libres de aquellos seis años de Universidad.

Comenzó a leerla. A cada párrafo sonreía. Recordaba a Leonor, a aquella Leonor que solía visitar todas los domingos en su chalet de Flores, y con quien pasaba toda la tarde en grata compañía, tejiendo proyectos para el futuro, olvidando por un momento que allí, en su ciudad natal, otra almita femenina le recordaba con cariño y le era fiel. Aquella carta le traía recuerdos gratísimos de esa Leonor a quien se le declaró una siesta soleada de mayo, en la puerta misma de su chalet, con palabras que querían ser sinceras, pero que no tenían de ello más que las engañosas y falaces apariencias.

Entrecerró los ojos y la vió como en aquella

DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO

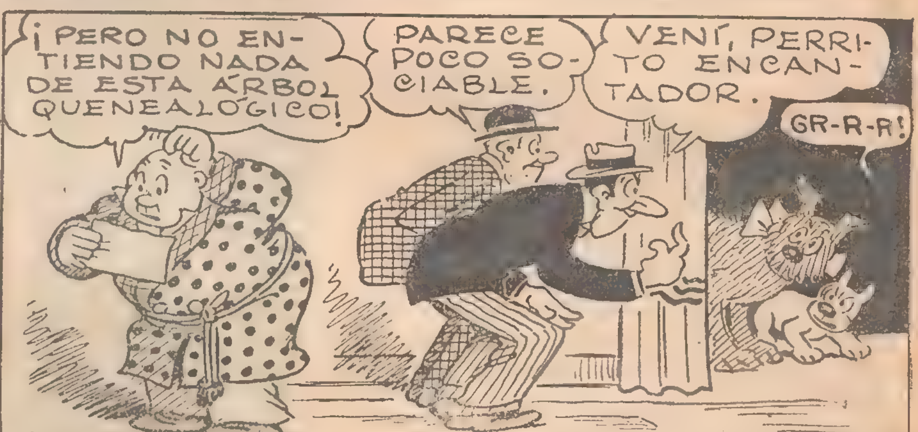












hora inolvidable: vestida de negro, de luto por aquel tío muerto hacía poco tiempo, con lo cual se acentuaba más aún la blancura de su cutis, sonriendo dulcemente a sus palabras, y mirándole hondamente a los ojos, como queriendo averiguar el grado de sinceridad de su confesión. Recordó luego su "sí", quedo, emocionado, suspirado antes que dicho.

Con los ojos cerrados fué viviendo de nuevo en su imaginación toda aquella serie larga y feliz de sus festejos con ella, desde los primeros tiempos, cuando él cursaba el primer año de medicina, hacía más de un lustro, hasta ayer casi, cuando recibido ya de médico, visitó por última vez el querido chalecito de Flores, para despedirse, antes de partir para Tucumán.

Apresuradamente se dirigió a su despacho, instalado en la pieza vecina al consultorio, y abrió la gaveta central de su mesa de trabajo, de donde sacó un sobre, y de allí una postal: era un retrato de Leonor, tomado hacía un mes escaso, y en cuyo frente, con fina caligrafía, ella había escrito: "Para mi Horacio adorado; de su *Leonor*."

Lo contempló largo rato con gran simpatía. Allí aparecía ella con esa sonrisa esplendorosa que él tanto amaba, y mirando con esa mirada honda y sugestiva, con que sabía premiarlo de vez en cuando.

—¡Leonor! —dijo. —¡Oh, Leonor! ¡Si supieras cuánto me gustas! ¡Cuán buenita eres! ¡Cuán perverso soy! ¡En gañarte así!

Y con un entusiasmo único, sacó un pliego y comenzó a borronear la respuesta. Con su letra de apretados perfiles, bastante descuidada, como la de todos los médicos, puso al frente: "Querida Leonorcita."

Miró la foto largo rato, la colocó delante suyo, sostenida sobre un cuadrito que contenía una de Carmencita, y luego empezó la carta con la serie eterna de mentiras dulces.

Escribía encantado, dejando volar a la pluma con ese despreocupado optimismo de los veinticuatro años, aumentado en su caso por la felicidad constante que, desde su llegada, respiraba a su alrededor, hasta que sonó el teléfono, instalado sobre su mesa de trabajo.

Dejó la pluma y tomó el tubo.

—¡Escucho!...

Desde la otra punta del hilo alguien le habló agitadamente. Era un llamado urgente reclamando sus servicios profesionales. Un antiguo compañero del Nacional, recibido hacía un mes escaso, junto con él, pero de doctor en derecho, tenía grave a su madre. Horacio lo estimaba grandemente. Durante los años universitarios habían sido como hermanos. Fué el único amigo que el muchacho había tenido en la cosmopolita y aturdida Buenos Aires. Y ahora, profesionales ambos, seguían en su vieja y sincera amistad.

—Voy corriendo, Negro —contestó Horacio. —Ya, ya salgo. No te aflijas, que no ha de ser nada. Hasta luego; confía en Dios.

Púsose rápidamente en pie, salió al "hall", tomó su sombrero de la percha, y gritando: "Madre: vuelvo en seguida", ganó la calle.

IV

Carmencita era la verdadera novia de Horacio.

La otra, Leonor, no era —como tampoco lo fué durante los años de estudiante del actual médico— más que la novia de los domingos y más aún, en este caso, en que sólo los domingos él la veía, cuando viajaba a Flores, donde ella vivía con sus padres.

Carmencita era la novia verdadera; aquella que, conocida en la infancia casi, si tenemos la dicha de conservarla nuestra, no deja ya de serlo nunca.

Horacio la había conocido precisamente allá en los lejanos días en que ambos andaban a cuatro pies por el suelo: se habían arañado y hasta peleado en esa media lengua deliciosa de la infancia.

Luego, mayorcitos, fueron los amigos y compañeros de juegos, y cuando la adolescencia llegó, con ese cortejo misterioso de rubores y timideces, esa amistad infantil cobró un carácter amoroso: y Carmencita fué la primera novia de Horacio.

Amigas íntimas, la madre de la niña y doña Mercedes, y vecinas por añadidura durante mucho tiempo, las criaturas, podría decirse, crecieron juntas.

Cuando Horacio fué al Nacional y Carmencita a la Normal, el idilio prosiguió, sin sufrir interrupción alguna, salvo esos adorables distanciamientos fruto de las peleítas infaltables entre quienes se quieren bien y mucho, provocadas casi diríase a propósito, para saborear luego la dulzura emocionante e inconfundible de la reconciliación.

Carmencita era para Horacio, y lo fué desde el primer momento, la amada insubstituíble y eterna, que llena nuestro corazón y que se lleva al altar pese a los más increíbles obstáculos; y Horacio, igualmente, para ella, el compañero único de todas las horas de su vida, amargas o felices.

En ningún momento tuvo Horacio la idea de substituirla por Leonor, ni por ninguna otra, y sus festejos con la porteñita de Flores no tenían otro carácter ni otro motivo que el de "tuer le temps" de los largos domingos metropolitanos, más largos todavía para un forastero como él, sin pariente alguno.

Naturalmente que era un muy reprobable medio de matar el tiempo, pues arruinaba toda una bella existencia, sumiéndola en la desolación y tristeza más grandes, ya que ella imaginaba que todo acabaría frente al altar, y ni siquiera pensaba en la existencia de una rival, porque las actitudes del provincianito, aparentemente sinceras, no dejaban que esta idea echara raíces en su cabecita de chica soñadora y enamorada.

Esa mañana, pocos minutos después de que Horacio abandonara la casa para correr a la cabecera de la madre de aquel amigo, llegó Carmencita, y usando de aquella suma confianza existente entre ambas familias, entró hasta el propio escritorio del médico, sin llamar ni ser sentida, pues doña Mercedes encontrábase atareada con las sirvientas en el fondo, y María Helena, su hija, no había llegado.

Al no hallarlo a él, sonriendo, feliz, tomó asiento frente a su mesa de tra-

bajo, en espera de que llegara. Sacóse los guantes, y al ir a dejarlos sobre el escritorio, algo le atrajo la atención.

Allí estaba aún la foto de Leonor; Carmencita la vió, y no pudo resistir la tentación de leer la dedicatoria que tenía. Y levantó la postal.

La chica, que desconocía en absoluto la existencia de esa otra persona, y que creía a Horacio profundamente enamorado de ella, leyendo ahora aquellas tan significativas líneas — "Para mi Horacio adorado; de su *Leonor.*" — sufrió un golpe terrible.

Creyó haber leído mal, y recorrió con su vista nuevamente el renglón fatal. ¡Y aún no comprendió! Pero sobre aquella mesa, para aclarar cualquier duda, estaba todavía la carta empezada por Horacio, y ansiosamente leyó el encabezamiento: "Querida Leonorcita", y las primeras palabras, como así también, con el dolor dibujado en el semblante, los párrafos iniciales de la otra, la que Horacio había recibido de la porteñita.

No necesitó más para cerciorarse del doloroso error en que vivía. No quiso saber más tampoco. Aquello le produjo una emoción profunda. Fué un golpe espantoso.

Sentía el ímpetu loco de la sangre martillándole en las sienes, y dilatando atrozmente su corazón. Aterrada por su inusitado descubrimiento, púsose en pie, pero sus piernas resistiéronse a sostener el cuerpo, y cayó nuevamente sobre la butaca. Por un momento le pareció que iba a desmayarse: los muebles todos giraban a su alrededor con una velocidad fantástica, vertiginosa; sentía la cabeza hueca. Pero no, esto pasó casi en seguida, y un desconsuelo infinito invadió su corazón subiendo a sus ojos, que se inundaron instantáneamente de lágrimas.

Acongojada, enferma de pena, apoyó su brazo sobre el escritorio, ocultó sobre él su rostro y rompió a llorar desesperadamente.

Sus sollozos morían entre las cortinas del severo despacho del médico...

V

¿Cuánto tiempo permaneció así? No podría decirse.

Lo cierto es que cuando el joven regresó, encontróla allí. Estaba doblada sobre el escritorio, con la cabeza apoyada en su brazo derecho.

Horacio se detuvo en la puerta y la contempló un instante. Luego, se acercó en puntillas.

Bien próximo ya, comprendió que estaba llorando. ¡Y adivinó al punto la causa de sus lágrimas! ¡Y se sintió profundamente conmovido! Y habló:

—¡Carmencita! ¡No creas nada de todo eso ¡Sólo a ti te quiero!

Al oírse nombrada, la niña se incorporó bruscamente y retrocedió un tanto, en una actitud más o menos defensiva, con los ojos enormemente dilatados, y llevándose de golpe la mano al corazón, lanzó un desgarrador alarido y dió algunos pasos desesperados hasta caer como fulminada por un rayo.

Con la rapidez imaginable, Horacio estuvo a su lado:

—¡Carmencita! ¡Carmencita! ¡Mi vida!

Sacudióla con fuerza, insistió desesperadamente en su llamado dos, tres, diez veces, pero la chica no contestaba.

Entonces, aterrado de su propia acción, y como prefiriendo ignorar la terrible evidente verdad, puso su oído sobre el corazón de su novia para auscultar los latidos, y el terror se pintó instantáneamente en su semblante: adentro oíase un ruido sordo, como de un líquido que se derrama. Era que el corazón había estallado y la sangre volcábase en las entrañas...

—¡Carmencita! ¡Carmencita! ¡Carmencita!...

VI

Las placas donde se lee: "Doctor Horacio Saravia. Médico cirujano", han perdido el brillo que antes tenían. Nadie las limpia, nadie las mira, son inútiles.

El doctor no atiende, no ejerce la profesión. Como un sonámbulo recorre —desde que abandona el lecho por las mañanas, hasta que cae sobre él, rendido por las penas, bien promediada la noche — las dos piezas, la del consultorio y la del despacho.

El polvo va poniendo sobre el instrumental quirúrgico una tenue capa que nadie quita. El doctor es un muerto que camina...

Lejos, en Flores, una chica soñadora y bonita no llega a comprender el motivo del silencio de quien amaba con todo su corazón...

FIN

El hombre de la cicatriz

(Continuación de la página 9)

yecto me crucé con una o dos personas conocidas; no me reconocieron. Mary estaba sentada en la "verandah". A su lado vi un cochecito; di un salto hacia adelante; será un hijo, pensé; yo siempre había deseado tener un hijo. Entonces Mary levantó la vista: vi estampada en su rostro una expresión de horror:

"—¡Váyase! — gritó. — Y dándose vuelta:

"—¡Eduardo, ven ligero; hay un atorrante con una cara espantosa!

"—¡No me había reconocido! Un hombre se adelantó con un palo en la mano:

"—¡Salga de ahí — gritó en chino, — o si no llamo a la policía!

"—¡No me había reconocido tampoco! ¡El gerente del banco donde yo trabajaba! Me fuí, no recuerdo adónde; después me enteré de toda la historia por los "coolís" y los obreros del puerto, mientras trabajaba yo allí. En T' Sung todo el mundo sabía que bella señora inglesa, durante meses, había estado enamorada del gerente del banco; que el bebé del cochecito debió haber sido mío, pero que no lo era. No necesito repetirle todos los detalles infames que oí. Conseguí embarcarme como marinero y llegué a Inglaterra. Tardé un año.

Carter se detuvo; de repente su cara se iluminó. Una sonrisa que la cicatriz hacía parecer perversa se dibujó en su rostro. Su mano empezó a acariciar la serpiente de plata que tan cruelmente quemara su carne.

—Me encontraba ebrio en uno de los arrabales de Londres cuando tuve la gran idea — dijo. De repente se me ocurrió preguntarme: ¿La habría reconocido yo a Mary si las cosas hubieran sucedido al revés, si ella tuviese la cicatriz? Creo que sí.

—No veo...

—Es usted muy poco perspicaz, doctor. En cuanto pueda conseguir un barco me vuelvo a T' Sung. para poner a prueba mi teoría y tener una respuesta a mi pregunta, con la Dama de Plata.

Tardé un segundo para comprender el sentido de sus palabras. Cuando acordé me había tomado de la mano.

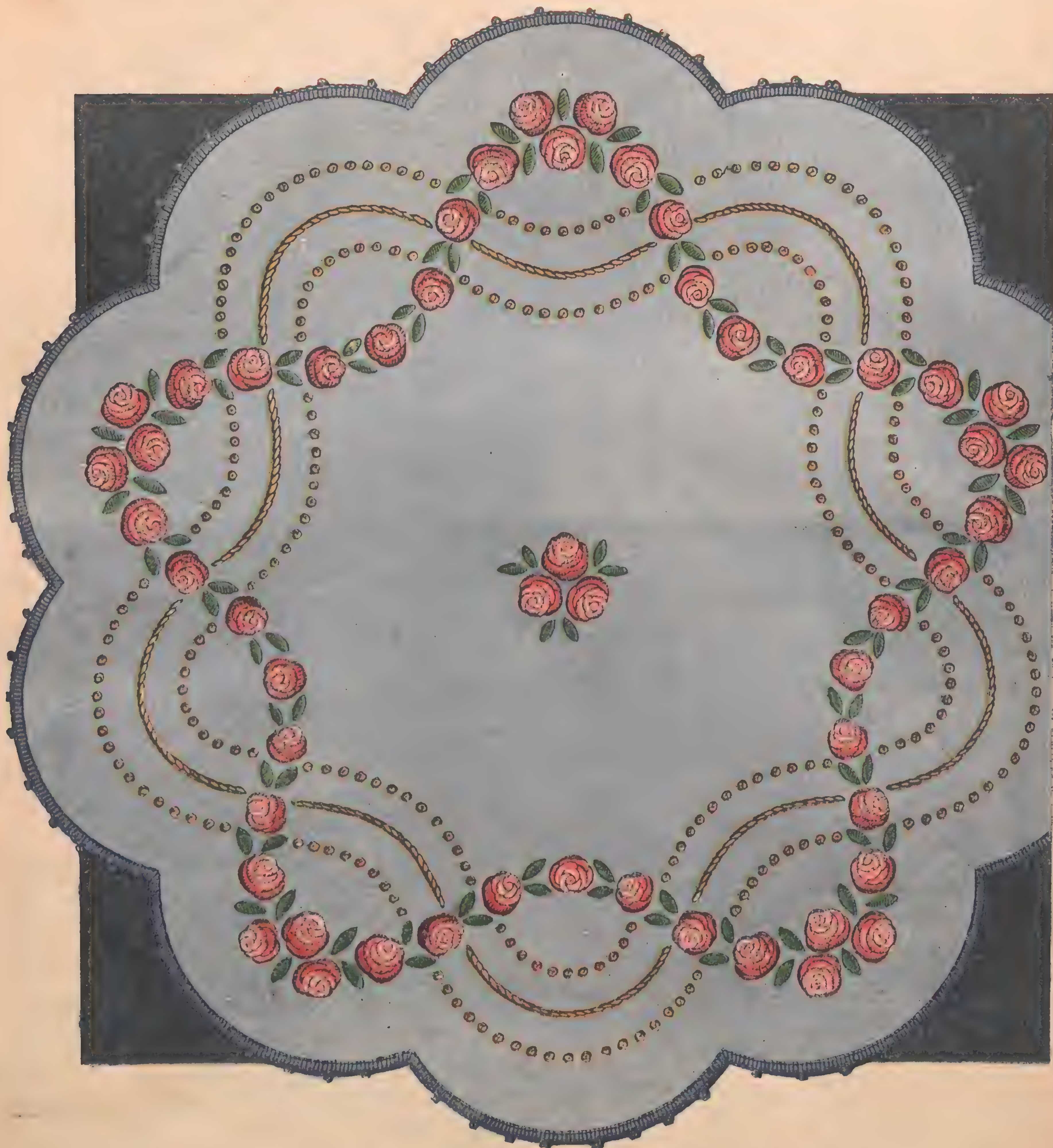
—Buenas noches... — dijo, — ha sido muy agradable recordar los tiempos pasados. — Y se marchó.

—¿Va a pagar las dos comidas, señor?

El mozo tuvo que repetir la pregunta dos veces, antes de conseguir atraer mi atención; tan obsesionado estaba yo por la imagen de una hermosa mujer, después de un abrazo con la Dama de Plata.

FIN

CARPETITA *de* LINON BORDADA *en colores*



PRIMOROSA carpetita interpretada sobre género de hilo, seda o linón, y bordada con punto poste, punto tronco, pasado plano y punto anudado; estos se ejecutan con sedas de colores en dos tonos de rosa para las rositas, verde las hojas, y rosa también los demás puntos. Una orla de ondas festoneadas darán por terminada la delicada labor. El presente modelo es muy interesante y fácil.

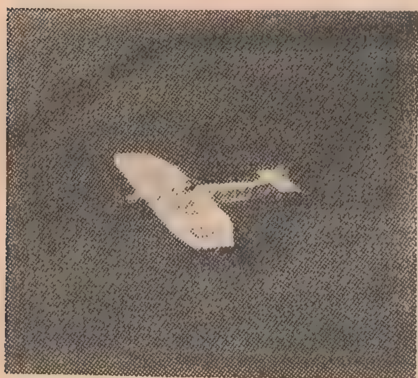
La conquista de la estratósfera y el vuelo a grandes alturas

Por LUIS RAYMONDE

La estratósfera está a la orden del día. Esta región desconocida apasiona ahora a los sabios y a los aviadores. Con la exploración de dicha zona y sobre todo después de las dos memorables ascensiones que hizo el profesor belga Piccard, se han abierto a la navegación aérea nuevas perspectivas de progreso cuyo alcance no se puede todavía avaluar.

Si el hombre de ciencia busca allí un terreno para estudios, el aviador, a pesar de la gloria del record, no tiene ningún interés en conquistar la cima del cielo. Lo que pide la aviación es la velocidad y en esa materia la estratósfera le ofrece posibilidades ilimitadas.

Aparatos construídos especialmente están listos para explorar el nuevo dominio. Sería demasiado optimismo pensar que los primeros ensayos permitirán unir con una velocidad nunca alcanzada todavía los continentes separados por el océano, porque antes de llegar a este resultado será necesario conocer a fondo todas las dificultades que pueden encontrarse en dicho problema. Pero ya podemos darnos una idea de lo que será la aviación futura, de aquí a poco tiempo, como medio de transporte a larga distancia.



El avión "F. 1.000" en pleno vuelo. Fotografía obtenida desde otro avión. El piloto está sentado en una posición muy incómoda y tiene la palanca de comando en la mano derecha.

Los fuertes vientos que perturban las regiones inferiores de la atmósfera no existen en la estratósfera y las experiencias realizadas hace poco en este sentido han comprobado que a una altura de 11.000 metros sobre el nivel medio del mar existe una zona de calma completa cuya temperatura permanece a 56.5 grados bajo cero.

Ya sabíamos que la densidad del aire disminuye a medida que aumenta la altura, hasta llegar en la estratósfera a la décima parte de la densidad al nivel del suelo. Ahora bien: el estudio de las condiciones que permiten el funcionamiento de motores especiales de aviación a alturas muy elevadas, demuestra que la velocidad en el vuelo horizontal puede ser teóricamante tanto más grande en cuanto la densidad del aire es más pequeña, es decir, que más alto podrá el motor impulsar el avión, más rápido podrá ir este último.

El problema que tenemos que resolver es construir un aparato capaz primero de llegar a esta altura, y segundo poder viajar allí conservando para la tripulación condiciones de vida aceptables.

Algunos ingenieros son de opinión que no será imposible conseguir con un avión adecuado una velocidad de 1.000 kilómetros por hora. Vemos entonces la importancia de los estudios empezados en este sentido para realizar un tipo de aeroplano capaz de volar a grandes alturas, es decir, en una palabra, un avión estratosférico.



Sobre la maroma derecha se ve la caja que contiene los aparatos de control.

Hoy día, en Francia, Alemania y Estados Unidos, se ha estudiado y realizado la solución simultáneamente.

Los constructores Junkers, Farman y Guerchais han construído aparatos especialmente para estudiar las condiciones de vuelo en la estratósfera.

El avión Farman, después de los primeros ensayos, ha sido presentado oficialmente y estamos en condiciones de dar su descripción que es la siguiente:

Dicho aparato posee la silueta del avión de turismo 190 del mismo constructor; tiene una envergadura de 19 metros y un largo de 11 metros, es decir, 70 metros cuadrados de superficie portante, lo que es considerable dado su peso relativamente liviano. Está cargado a 36 kilogramos solamente por metro cuadrado. Esta condición es indispensable para poder llegar a las grandes alturas sin tener que emplear una fuerza motriz demasiado importante, que a su vez necesitaría un peso considerable de combustible.

Los diversos problemas que se plantean para los vuelos de esta clase son los que se derivan de la rarefacción del aire, disminución del coeficiente de estabilidad, subalimentación del motor, disminución del coeficiente de

(Continúa en la página 23)

¡Ahora la sangre...
(Continuación de la página 5)

ber oxígeno para asegurar que seguía viviendo. Semejante pleito lo resolverá el futuro. Mientras tanto, Judine y sus compañeros del Instituto Sklyfasowsky, apoyados en los hechos prácticos, siguen prodigando el precioso líquido a todo ser humano amenazado de muerte inminente por una hemorragia abundante de cualquier origen que sea.

La ventaja de la sangre de cadáver sobre la del vivo es que un servicio bien organizado puede contar con una provisión permanente de ella para utilizarla en eventualidades que se presentan a menudo, tanto en los grandes centros industriales como en las urbes modernas, sin hablar de las posibilidades de su aplicación en caso de guerra.

EL APORTE ARGENTINO A LA EXPERIENCIA

—¿Son muchos ya los casos de transfusión de sangre de cadáver?

—Antes de que yo saliera de Moscú se había pasado el centenar.

—¿Y cómo se conserva la sangre de los cadáveres?

—La sangre se extrae de muertos por accidente: fractura del cráneo, colapso cardíaco, apoplético, etc. Con una cánula se recoge la sangre en un frasco que contiene una solución especial. Constituye, sin duda, una gran satisfacción para la ciencia médica argentina el poder decir que Judine uiliza para la coservación de la sangre del cadáver el método del profesor Agote. No sería posible, por ahora, conservar por muchos días, en condiciones de ser utilizada satisfactoriamente, sin el recurso de la solución de Agote — citrato de sodio al 5 % en la proporción de 80 centímetros cúbicos por cada litro de sangre.

"Actualmente existe en el Instituto de Moscú una cantidad variable de sangre de cadáver, clasificada por grupos, y que se utiliza en cualquier momento, mientras conserva sus cualidades, es decir, varios días. Para ello se averigua el grupo sanguíneo a que pertenece el paciente; se pone el frasco correspondiente en baño de maría; se mezcla suavemente el contenido y se inyecta en seguida en la vena del enfermo con la jeringa de Juvé. Los resultados son sorprendentes. Ya les he contado el caso del ingeniero..."

LA FABULA DEL VAMPIRO SE HA CUMPLIDO

—Por ahora — continúa diciéndonos el doctor Zeno — es sobre todo en el Instituto Sklyfasowsky donde se llevan a cabo tales hazañas. Todo es allí propicio para su realización, debido a que, gracias a una organización sanitaria envidiable, concurren a él la inmensa mayoría de los casos graves que recoge la ambulancia urbana. Llegan allí, no sólo el que necesita imperiosamente de la transfusión, sino aquel que, víctima de un síncope cardíaco, apoplético o accidental, pierde irremediablemente la vida pocos minutos después de hospitalizarse. Es entonces cuando, mediante un dispositivo original y previo examen de la sangre del cadáver, se la recoge, se la cataloga y se la utiliza.

—¿Cree usted que este nuevo método tendrá aplicación en nuestro país?

—En la Argentina, como en el resto de Occidente, deberíamos curarnos de prejuicios para no ver en la transfusión de sangre de cadáver una profanación herética. Puede asegurarse que nada hay tan humano, tan profundamente humano, como el espectáculo de un hombre que, al despedirse de la vida, hace donativo de la sangre que yace en su cuerpo inerte, para bien del que tiene esperanzas de vivir aún, fecundado por una transfusión.

"No puede concebirse para la existencia un epílogo más poético que el de servir a tan elevado propósito..."

Anotamos cuidadosamente las últimas palabras del doctor Lelio O. Zeno, y recordamos estas otras con que alguien comentó el descubrimiento de Judine: "La fábula del vampiro se ha cumplido: la sangre de los muertos cura a los enfermos".

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

¡COBARDIA!

El telégrafo dice: "Se arrojó al mar una madre acosada por la miseria, dejando ocho huérfanos." Acosada por la cobardía y el egoísmo, más bien.

Morir es descansar. ¡Dejar a los niños en la invalidez y en el hambre es un amor materno mal comprendido!

Luchar por los niños, desgarrarse los pies y las manos por un pan para esas bocas, eso hubiera sido lo digno, lo noble y lo laudable. ¡Pero huir ella del hambre y dejar gemir en ella a los hijos!

Verdaderamente cuando uno ve estas cosas piensa que si algo está mal repartido en la vida, son precisamente los niños. Conceder hijos a las que no son madres, es un crimen del destino; negarlos a quien lleva en sí el secreto de la ternura maternal es sin duda alguna la burla más soez de la vida.

MORIR POR NO SUFRIR

Cuando me contaron que la pobre mujer se había pegado un tiro, no pude menos de exclamar: "¡En esta época de materialismo, tanto romanticismo!" Pero bien reflexionado, yo no creo que la gente se mata por amor. Ni en este siglo ni en el pasado. Se matan por desequilibrio mental; por cobardía; en fin, porque no tienen en realidad condiciones para vivir.

Siempre son más los hombres que se matan por amor que las mujeres. Sea porque las mujeres son más fuertes y más valientes para el dolor, sea porque son en cuestión de desencantos amorosos más optimistas, el hecho es que son más los hombres desesperados que las mujeres.

Yo creo que matarse para huir de un dolor es cosa simple, vulgar y sencilla. Resistirlo, ofrecerle el corazón a la fuerte garra de la angustia y decirle: "¡Muerde aquí!...", eso es heroico y valiente, digno y grande. Eso es superior. Es lo único que en caso desesperado sería yo capaz de hacer. Es que en ello sentiría el recuerdo del ser querido prolongado en mí, hecho carne. Que aquello que fué mi gloria y mi ventura, convertido hoy en mis lágrimas, en mi desvelo, en mi angustia, continuaba siendo el amor; la risa de ayer, y la ventura de las horas pasadas prolongadas en las horas negras.

El hombre que ama es muy pesimista, sólo piensa en morir con su amor; ¡y el amor es tantas cosas en la vida! Es todo menos el suicidio o la muerte.

Sufrir, es vivir; sufrir es gustar el recuerdo; es hacer en el alma un altar para la muerte. Sufrir en amor, es saber que el corazón es para el dolor una fuente noble e inagotable; fuente que se seca si sólo pretendemos beber en ella el placer y la alegría.

FELICIDAD

Hay mujeres que viven esperando la felicidad, que la imaginan tan inmensa y completa, tan sólida y duradera que la vida pasa para ellas en una vana e inútil espera.

La felicidad no es una cosa grande o palpable. Yo puedo decir que he sentido la felicidad, que he tenido la conciencia de la felicidad, y puedo también afirmar que es una cosa breve y rápida, que es fugaz chispazo de alegría, que lo constituye unas veces la palabra amable, la bondad recogida, el capricho realizado, la ternura lograda, la reconciliación hecha, el dulce para los labios, el pan ganado, el vestido nuevo.

Es que tratándose de la felicidad no hay que ser demasiado ambicioso. No hay que pretender largas horas; bastan pequeños instantes; a veces es suficiente un recuerdo, una promesa, la fe puesta en algo o en alguien. Mezquinos éxitos, pequeñas preferencias, pruebas de amistad, limitados testimonios de amor, son en muchas horas la felicidad lograda.

Como que la verdadera felicidad está en nosotros mismos, en la conformidad de vivir, en levantar casas modestas y no palacios que el viento se lleve. En poner nuestra aspiración en aquello que nos corresponde. Nadie nos da la felicidad, está ella en nuestros propios sentimientos; y es amando, luchando y sufriendo que podemos ganarla, pero siempre por nuestros propios medios; nunca por regalo de nadie.

Para las madres
(Continuación de la página 12)

ROMADIZO

En efecto, cuando un romadizo se hace crónico puede traer graves consecuencias. Esto no es una cosa nueva. En cuanto a las causas a que puede obedecer ello, pueden ser diversas, a saber: una desviación del tabique, pólipos nasales, vegetaciones, faringitis, amigdalitis, etc.

Cuando se descuida esta afección se corre el peligro de que ella se extienda a otros órganos, como ser, a las trompas de Eustaquio, y por medio de éstas a los oídos, llegando hasta producir sorderas, unas veces parciales y otras veces de carácter total.

Ahora bien; el tratamiento debe realizarse de acuerdo al origen que tuviera el romadizo, que, como ya le hemos dicho, pueden ser diversos. Lo que le conviene hacer es consultar a un especialista a fin de que él le indique el tratamiento a seguir y si es necesaria una operación.

Su otra pregunta no corresponde a esta sección, razón por la cual la dejamos sin respuesta.

Cdo. a "Madre joven", de Chivilcoy.

CALLICIDA

Un buen callicida puede ser el siguiente, que le recomendamos:

Acido salicílico ..... 30 gramos
Acido láctico .... 20 „
Colodión .... 30 „

Debe hacerse una aplicación cada noche, por espacio de una semana. Con un baño caliente de pies le será luego fácil desprender de ellos las callosidades.

Cdo. a "Bernardina", de Coronel Suárez.

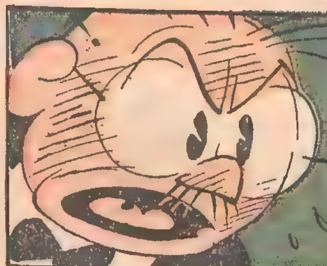
ESPINILLAS

Cuando se tienen espinillas en la cara conviene lavarse ésta, todas las mañanas, con la siguiente preparación:

Agua de rosas ..... 10 gramos
Alcohol .... 10 „
Bórax .... 5 „
Glicerina .... 5 „

En cuanto a los polvos de arroz, deben éstos escogerse con especial cuidado.

Cdo. a "Madrecita simpática", de Bayauca.



DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO













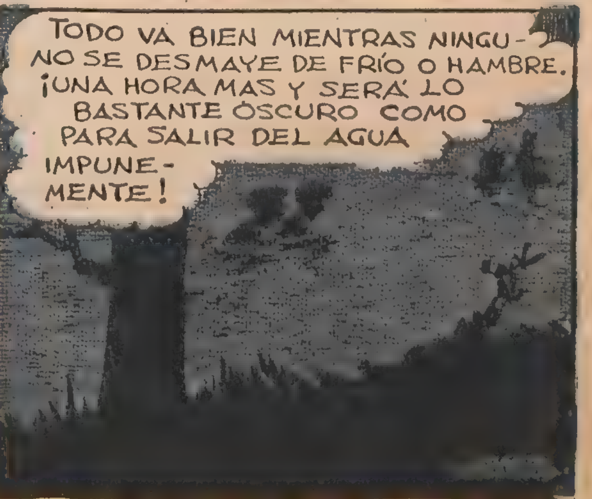












CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

Quiero que te enteres de que **HUGH TREVOR** se retiró de la pantalla hace dos años, y de este pícaro mundo hace dos meses, de resultas de una operación de apendicitis. ¡Ya ves a lo que hemos llegado! Me parece muy bien que el vigilante de la esquina, o el verdulero, o el almacenero mueran de apendicitis. ¡Pero de ahí a que un actor de cine haga lo mismo es cosa que no puede creerse! Para estar a tono, los artistas tendrían que morir de resultas de una caída del avión a ochenta mil metros de altura (me parece que se me fué la mano, pongamos quinientos metros), o suicidándose de una manera romántica. Nada de tirarse al río, ni debajo de un colectivo ni envenenarse. ¡No! Es necesario mantener el prestigio y morir dignamente. Por lo cual tendrás que reconocer que **HUGH TREVOR** dejó bastante que desear...

a **Tro-lo-lo.**



JAMES DUNN
por MIGUEL NAVAS ATIENZA

En Avenida San Martín 3502 (Mendoza) se domicilia el hábil realizador del presente dibujo, de líneas sobrias y correctas, que nos complacemos en premiar con los diez pesos moneda nacional que semanalmente son otorgados a la mejor ilustración recibida.

Hija mía; para hacer preguntas eres más lerda que una tortuga, franqueza que me perdonarás, pues en estos momentos estoy un poco apurado y no hallo comparación más acertada que esa. ¿Qué significan esas dos copas que al final de **La cita** se rompen y quedan cruzadas? Pues significan que **WILLIAM POWELL** y **KAY FRANCIS** han cumplido su promesa de encontrarse después de muertos y han vuelto, en el cielo, a amarse. Al igual que en vida, cada vez que se encontraban rompían dos copas, también en la muerte esas dos copas marcan el instante en que sus almas tornaron a reunirse en las regiones celestes. Y no sigo, porque vas a tomarme por un cura dando el sermón...

a **Potoya mendocina.**

LIONEL BARRYMORE es casado y su mujer se llama Irene Fenwick. En mi calidad de hombre no puedo decirte si vale o no la pena enamorarse de **JOSÉ MOJICA**. Si te refieres a su aspecto, te toca a ti opinar. Y si te refieres a las probabilidades que tienes con él, será mejor que no te molestes en enamorarte. Con sus casi treinta y siete años encima, el mejicanito tiene edad suficiente para ser papito de cualquier niña quinceañera... Y pasando a otra pregunta, te diré que para ser artista no hace falta conocer muchos idiomas ni ser rica. Es necesario nacer con vocación, con ese algo que llama al arte porque lo necesita, y que desgraciadamente no se puede adquirir.

a **Bessy.**

Provinciana de mis entretelas; te ruego que no tomes las cosas tan por lo trágico, pues acabarás por alarmarme. Si yo no te he contestado no fué por hacerte un desprecio ni por creer que eres insulsa, ni paisanita como dices. ¡Vete tú a saber por qué no te he contestado! Lo más probable es que haya sido un olvido involuntario, un traspapelamiento de cartas, un descuido o cualquier otro motivo simple. Por eso te pido que no te pongas así, pues aparte de que esos nervios representan un peligro para la salud, la cara se te debe arrugar y poner feíta. Y a mí eso no me agrada. Escríbeme, y te prometo contestar tu carta en cuanto me llegue.

a **Herayo...**



CLARA BOW, por Tirso Lorenzo (h), de J. B. Alberdi Nº 1856 (Capital).



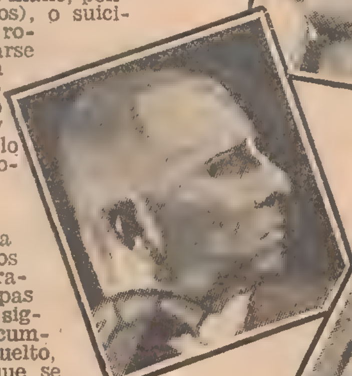
PHILLIPS HOLMES, por Segundo Barcia, de San Juan 248 (Pergamino).

TOSHIA MORI, por Donald Kruger B., de Rosario de Santa Fe.

ROBERT MONTGOMERY, por G. Kelly, de Sarmiento 855 (Salta).



LEILA HYAMS, por Teresa Licata, de Godoy Cruz (Mendoza).



ERICH VON STROHEIM, por Hermenegildo Ornad, de Chile 1380 (Capital)



ROSITA MORENO, por Martín Giménez, de Larrea 549 (Capital).



CLIVE BROOK, por Antonio Adrover, de Rojas.

DOLORES DEL RIO es mejicana, pero habla castellano.

a **Yolanda O. Peres.**

JOSE MOJICA no se ha casado, afortunadamente, ni ha sido secuestrado, desgraciadamente...

a **Belarmina.**

Muchas gracias por el excelente recuerdo que en tu carta has tenido para mí. La innovación que prometí en esta carta la realizaré en cuanto logre salvar un pequeño e imprevisto inconveniente que se me presentó a último momento. No temas, pues cumpliré la palabra empeñada con todos los lectores.

a **Martha Elena Sánchez.**

La nariz que **CHARLES LAUGHTON** utilizó para hacer el Nerón de **El signo de la cruz**, era y no era postiza, pues como él es ñato, en la parte de arriba le tuvieron que poner una pasta para obtenerla recta. Igual que ustedes las mujeres cuando se arreglan para ir a un baile o de paseo. Los ojos son postizos y no lo son, porque se los pintan, lo mismo que las mejillas, los labios y etc., etc., etc., etc. y etc. **Cabalgata** me pareció muy buena.

a **Ave sin nido.**

Sí; las estrellas cobran sueldos especiales cuando están contratadas por tiempo fijo y deben trabajar horas o días extras. Ahí tienes, por ejemplo, a **KATHARINE HEPBURN**, que por un día extra empleado en la filmación de su última película, exigió ¡oh la facilidad de pedir! la pavadita de 6.000 dólares. ¡Seis mil dólares por un día de trabajo pide **Katharine** en su cuarta cinta! Pues ¿cuánto pedirá cuando, ya famosa, deba trabajar un día extra en su vigésima cinta? Según cálculos debe pedir, por lo menos, seis palacios en la Quinta Avenida de Nueva York...

a **Lector nuevo.**

Creo que estás en un error, y que en el correo de esa localidad tienen la obligación de recibir una carta que tú envíes a Hollywood. No siendo así, y suponiendo que en Estados Unidos tuvieres un pariente con el que quisieras comunicarte por correspondencia, ¿cómo te las arreglarías? No creas en eso de que **GRETA** se haya enamorado del director **Rouben Mamoulian**. Pavaditas, hijo mío. El día que la sueca se case lo hará con algún médico o ingeniero sueco, de esos que están totalmente alejados de las cosas modernas. Y pavaditas son también esas de que **JOHN GILBERT** sufría contemplando el presunto flirt entre ambos. Cuentos de hadas para hacer dormir a los niños traviesos y hacer soñar a los adultos incautos como tú...

a **Raffles.**

El joven que hace de novio de **JANET GAYNOR** en **Papá misterio**, es **JOHN ARLEDGE, nacido en Crockett (EE. UU.), el 12 de marzo de 1907**. Los dibujos pueden ser hechos con lápiz, tinta china, carbonilla, etc., etcétera.

a **María Ida Moore.**

Haces muy mal en preocuparte tanto por saber si en Hollywood se filmarán o no películas de ambiente nudista. A mí no me engañas con tu "punto de vista artístico", que ya es un pretexto más vapuleado que pelota de football. Ese "punto de vista artístico" no se tiene a los veinte años, hijito... De todos modos, te diré que en Hollywood ya fué filmada una cinta nudista que aquí veremos si la censura la deja pasar.

a **Ivanhoe.**

RALF HAROLD nació en Pittsburgh (EE. UU.) el 17 de mayo de 1899 y su nombre verdadero es Ralf Wigger. Ignoro el peso que debe tener **OLIVER HARDY**, pero de todos modos, créeme que siento un profundísimo respeto por sus kilos.

a **King-Kong II.**

Yo te aconsejo que no te fíes mucho de los "malitos" del cine y no los consideres de acuerdo a la cara que tienen. Ahí está, por ejemplo, **JOHN MILJAN**, que en la pantalla mató a cuanto sujeto se le puso por delante y maltrató a cuanta mujer no accedió a sus pretensiones amorosas. ¡Pues **Miljan** es en su vida privada un honradísimo padre de familia que lo que menos tiene son deseos de matar a nadie ni meterse en líos! Y esto no es nada, porque **GEORGE RAFT**, que se pasó la vida interpretando personajes pistoleros, guapos, jefes de bandas, criminales y otras yerbas, fué, no hace mucho tiempo, víctima de un robo. Unos ladrones legítimos, que sin duda no habían visto la facilidad espantosa con que él despachaba sujetos al otro mundo en la pantalla, entraron en su casa

(Continúa en la página 47)

La conquista de la...
(Continuación de la página 19)

tracción de la hélice, etc. Todos estos problemas han sido resueltos en forma muy eficiente en el avión Farman que posee un motor de 400 HP a 12 cilindros, con bujías y magneto especiales. Este motor está invertido, es decir, que está ubicado con el eje para arriba, los cilindros están dispuestos con el tope para abajo. Dicha solución permite utilizar las grandes hélices indispensables sin tener que dar al tren de aterrizaje dimensiones demasiado grandes, lo que aumentaría las resistencias al desplazamiento del avión.

Sobre el motor, pueden ser embragados tres compresores de aire que el piloto pondrá sucesivamente en marcha para restablecer, a las diversas alturas, las condiciones normales de presión necesarias a la conservación de la potencia y asegurar a la tripulación una oxigenación conveniente.

El aire batido por los compresores que giran a la velocidad vertiginosa de 30.000 revoluciones por minuto es forzosamente llevado a una temperatura muy elevada.

Por esta razón es necesario enfriarlo antes de enviarlo a los cilindros. A este efecto pasa por grandes radiadores que se pueden ver en la foto a los costados del fuselage.

Sobre una de las maromas que sostienen las alas del avión, puede apreciarse una caja donde están fijados


El piloto Giraud, que ocupa esta posición hasta la altura de 3.000 metros, más o menos. Se aprecia bajo el ala uno de los radiadores para enfriamiento del aire y del agua de circulación.

los aparatos de control que deben estar en el exterior y no en contacto con la atmósfera comprimida de la cabina para permitir las observaciones necesarias. Durante el vuelo se pueden observar y tomar las lecturas de dichos instrumentos por uno de los tragaluces de la cabina.

Las precauciones a tomarse para asegurar la impermeabilidad de la cabina han hecho sacrificar a esta necesidad vital las dificultades de visualidad. El manejo del avión durante el vuelo a gran altura será únicamente practicado utilizando los instrumentos especiales para el vuelo a ciegas. Sin embargo, para el decollage y el aterrizaje el piloto debe disponer de una visibilidad asegurando la seguridad de la maniobra. A este efecto una tapa ha sido dispuesta en el techo de la cabina y hasta los 3.000 metros el piloto puede abrirla e instalarse más o menos bien al aire libre.

La admiración que debemos sentir por estas maravillas de la ciencia y del genio, la prisa justificada que tenemos de conocer lo realizado no deben impedirnos de contar con los peligros de una permanencia en esta enrarecida región donde el aparato está a merced de cualquier rotura o inconveniente debidos al frío y a la tripulación expuesta a las consecuencias mortales de una falta de la impermeabilidad de la cabina o a una interrupción del sistema de compresión del aire respirable o del recalentamiento.


Vista de la caja con los aparatos para observaciones científicas y control del funcionamiento del aeroplano, que son de extraordinaria precisión.

Cuando todos estos dispositivos sean accesibles faltará construir un avión apto para elevar el peso de combustible necesario a un vuelo de larga distancia. Los aviones estratosféricos existentes ahora no podrán cubrir más de 2.000 kilómetros de vuelo sin escala.

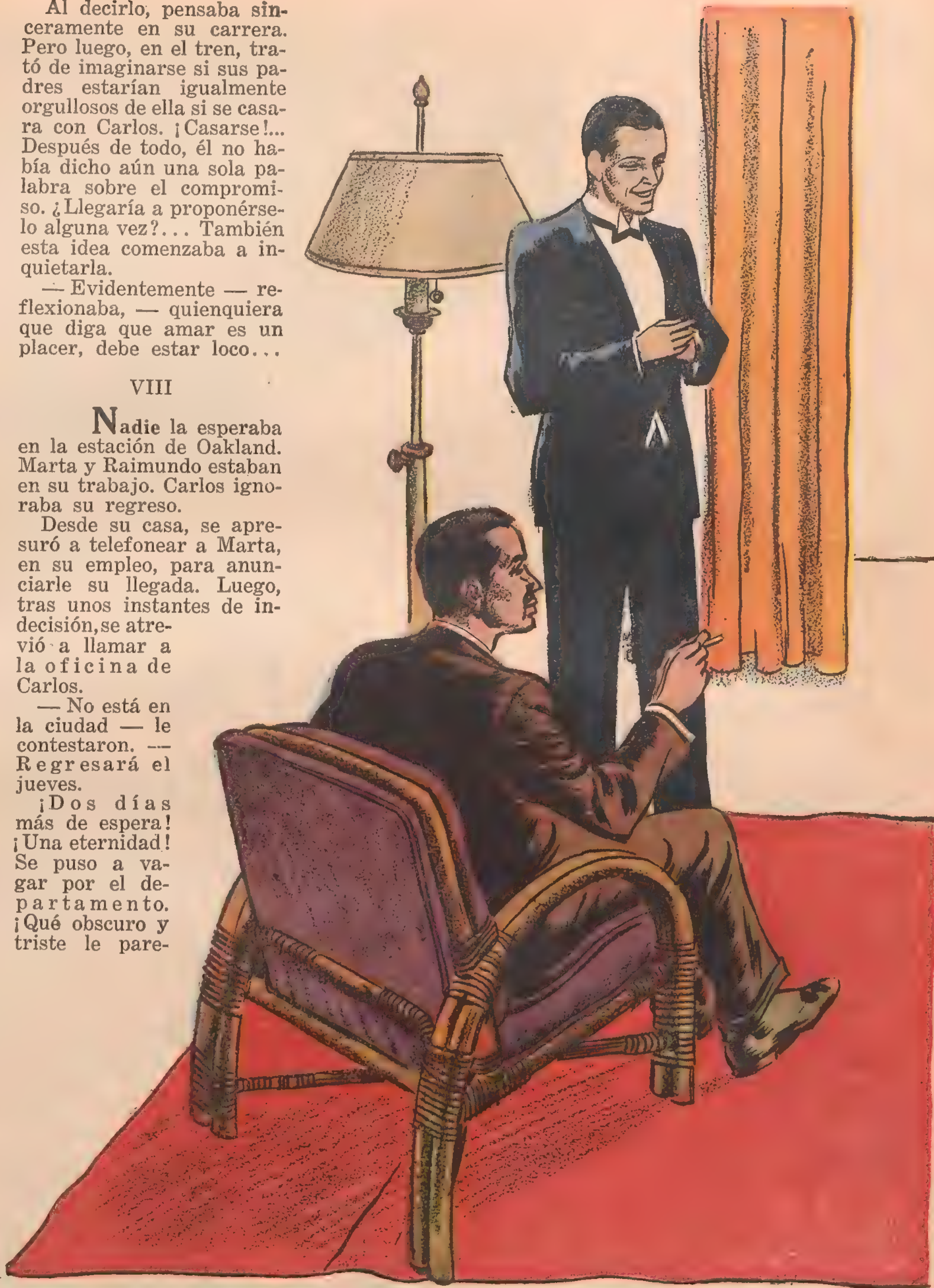
Cuando se haya encontrado esta solución, la navegación aérea entrará en una nueva fase, la de los vuelos en las regiones donde los aviadores no encontrarán más vientos contrarios y donde la cuestión del aterrizaje forzoso no tendrá más importancia, siendo que la distancia que podrá cubrir el avión en vuelo planeado será siempre suficiente para permitir recalar en un terreno preparado o propicio.

¿Estamos más o menos cerca de estas condiciones ideales de viaje aéreo? Las tentativas de los primeros aparatos estratosféricos nos lo dirán pronto.

FIN

EL FOLLETIN DE

RESCOLDO



VII

LILI intentó vanamente incorporarse. Se quedó tendida en el suelo, haciendo esfuerzos para no romper a llorar. Más que el agudo dolor en el tobillo le hacía sufrir la pena de aquella despedida en que creyó notar la indiferencia de Carlos.

Pero no..., el auto se había detenido; Carlos debió oír su grito, porque dió marcha atrás y saltó del coche, acudiendo presuroso en su auxilio.

— ¡Querida! ¿Te has hecho daño?

A la luz de la luna, mientras Carlos se inclinaba sobre ella para ayudarla a levantarse, Lilí notó, casi con satisfacción, la palidez y la ansiedad de su rostro. Entonces le tendió los brazos al cuello y se dejó alzar mimosamente. Refugiada en el pecho de su amigo, dejó correr sus lágrimas.

— Iba corriendo, para llamarte, y me caí. No quería que te fueses.

Sosteniéndola siempre en sus brazos, la condujo hasta el porche.

— Lilí, yo no puedo continuar en esta duda — dijo en tono casi rudo. — Necesito saber si me quieres o no. Dime que no, si es preciso; ¡pero dime algo!

— ¿Y si te dijera que no?

Carlos comprendió lo que eso significaba. Recordaba la extraña actitud de Lilí en Oakland, cuando dejó de verlo porque se propuso demostrarle que antes que nada ponía sus estudios.

— Si me dices que no, me iré, como lo tenía pensado. No pretendo ser un obstáculo para tus planes. Unicamente deseo saber a qué atenerme.

Ella sabía que le estaba vedado decir "sí", pero tampoco se atrevía a decir "no". ¿Cómo resignarse a perderlo?

— No te vayas, Carlos, ¡no te vayas!

— Entonces, ¡me quieres! — exclamó con expresión de triunfo.

La estrechó contra sí y la besó ardientemente en el rostro, en el cuello, en la garganta... Lilí se sentía desvanecer. Había olvidado su dolor en el tobillo y estaba también a punto de olvidarse de su porvenir en el teatro. El escenario de sus futuros triunfos, tantas veces entrevisto en sus sueños, se hallaba en tinieblas. Sólo veía a Carlos, que la amaba y al que amaba. El resto del mundo no existía.

— Bésame otra vez.

Bajo las nuevas caricias naufragaron los últimos restos de su voluntad, de esa voluntad férrea que le había permitido ya una vez renunciar a su amor.

— Sí, Carlos, ¡te quiero! He tratado en vano de no quererte.

Pasaron mucho tiempo despidiéndose. Clareaba el día cuando Carlos se decidió, por fin, a partir.

Lilí, arrastrándose casi, porque el tobillo le hacía mucho daño, se fué a acostar... y a soñar con su secreto.

Al día siguiente fué menester llamar al médico. Lilí tuvo que guardar cama y obtener telegráficamente una ampliación de su licencia en la oficina.

Desde la ciudad, Carlos le envió una caja de flores con unas líneas.

— El señor Sargent — comentó la madre — está enojadísimo porque su hijo se hallaba contigo cuando te ocurrió el accidente.

Lilí no se atrevió a explicar a sus padres la verdadera causa del envío de aquellas flores.

El día de la partida fué de duelo para los viejos. Lilí sentía en el alma dejarlos, pero comprendía, no sin remordimiento, que la alegría de verse nuevamente con Carlos desplazaba en su espíritu a la tristeza de aquella separación.

— No lloren — les dijo al despedirse en la estación; — me voy para bien mío. Algún día podrán enorgullecerse de su hija.

Al decirlo, pensaba sinceramente en su carrera. Pero luego, en el tren, trató de imaginarse si sus padres estarían igualmente orgullosos de ella si se casara con Carlos. ¡Casarse!... Después de todo, él no había dicho aún una sola palabra sobre el compromiso. ¿Llegaría a proponérselo alguna vez?... También esta idea comenzaba a inquietarla.

— Evidentemente — reflexionaba, — quienquiera que diga que amar es un placer, debe estar loco...

VIII

Nadie la esperaba en la estación de Oakland. Marta y Raimundo estaban en su trabajo. Carlos ignoraba su regreso.

Desde su casa, se apresuró a telefonear a Marta, en su empleo, para anunciarle su llegada. Luego, tras unos instantes de indecisión, se atrevió a llamar a la oficina de Carlos.

— No está en la ciudad — le contestaron. — Regresará el jueves.

¡Dos días más de espera! ¡Una eternidad! Se puso a vagar por el departamento. ¡Qué obscuro y triste le parecía, después de los días radiosos pasados junto al lago! Fué a sentarse ante el piano; pero no lo abrió. La soledad en que se encontraba era propicia para la meditación. Pensaba si podría seguir estudiando una vez casada con Carlos. Comprendía que no. Su carrera — se lo habían dicho repetidas veces — exigiría ir a Nueva York, quizá a Europa, a fin de perfeccionarse. ¿Qué haría, entretanto, Carlos?

Pensaba también en sus futuros suegros, tan diferentes de su propia familia. Veía muy bien que jamás podría marchar de acuerdo con ellos. Hasta quizá su matrimonio sería causa de un serio disgusto. Los padres de Carlos, tan orgullosos, serían capaces de echarlo a la calle, sin un centavo, y tendría que ganarse la vida quién sabe cómo.

Luego retornaba a la realidad, descorazonada. Su imaginación la llevaba demasiado lejos. ¿Acaso estaba siquiera comprometida?



RESUMEN DE LO PUBLICADO

Lilí Lansing, de veinte años, es la hija menor de una modesta familia de Woodlake; se ha trasladado a vivir en Oakland, en casa de su hermana Marta, casada con Raimundo, para poder cursar estudios de canto en la vecina ciudad de San Francisco de California, donde trabaja en una oficina. En el vaporcito que utiliza diariamente para concurrir a su empleo se encuentra con Carlos Sargent, hijo menor de un rico propietario de barcos, a quien ha conocido en Woodlake, donde los Sargent han pasado algunos veranos. En encuentros sucesivos Lilí se enamora de su amigo, sin reparar en la diferencia de posición que los separa. Marta se entera y censura la conducta de su hermana, conminándola a que no piense más que en sus estudios, que tantos sacrificios le han costado a la familia. Lilí, decidida a no interrumpir su carrera, renuncia a su cariño y deja de verse con Carlos. Pero, en Woodlake, durante las vacaciones, vuelven a encontrarse. Él le declara su amor. La noche en que el joven va a despedirse de ella para retornar a la ciudad, Lilí, desesperada por la frialdad que ha creído advertir en Carlos, echa a correr tras el coche, llamándole, y sufre una caída.

MUNDO ARGENTINO de AMOR

Por HAZEL LIVINGSTON

El **jueves,** en el vaporcito, Lilí y Carlos volvieron a encontrarse. No fué la entrevista que Lilí hubiera deseado. ¡Tener que verse así, en presencia de tantos extraños que les miraban con curiosidad! ¡Tener que disimular las ansias de hallarse de nuevo en sus brazos después de una larga separación! Tan sólo en el momento de separarse, a la puerta de la oficina, él, casi besándola, había musitado a su oído un "¿me quieres?", al que ella había asentido con la cabeza, sonriente, pero prefiriendo, para sus adentros, que le hubiese dicho si estaban o no comprometidos.

Por la noche, Lilí se dió prisa para terminar en la cocina y correr a su habitación a acicalarse. A las ocho debía llamarla por teléfono y faltaban pocos minutos. Arreglándose nerviosamente las uñas, miraba a cada rato las manecillas del reloj. El minutero comenzaba a descender.

—Estás poniéndote haragana — entró a decirle Marta. — ¿No empiezas a estudiar todavía?

Lilí miró el reloj, consternada: ¡las ocho y media!

—Sí, en seguida — contestó, levantándose con desgano.

Comenzó a hacer escalas, pero se interrumpió para ir al comedor. Necesitaba estar más cerca del teléfono.

Tuvo una desagradable sorpresa: Irene, la hermana de Raimundo, estaba de visita y tenía ocupado el teléfono, quién sabe cuánto tiempo, en una charla con alguna amiga. En ese instante estaba despidiéndose. Colgó el tubo.

Lilí aguardó unos momentos. Luego volvió a sus escalas. A las nueve menos cuarto apareció otra vez en el comedor. Marta y Raimundo la observaban extrañados.

—¡Estoy cansadísima! — dijo, dejándose caer en una silla.

—No trabajes más y acuéstate — le contestó cariñosamente Marta.

Pero sonó la campanilla del teléfono y Lilí fué la primera en acudir al llamado. Dijo muy pocas palabras y colgó el receptor. Estaba transfigurada.

—Voy a salir un momento — explicó.

—¿No decías que estabas tan cansada para estudiar? — inquirió Marta.

—Precisamente por eso me voy a dar un paseo.

Después que se oyó en la calle la bocina de un auto y que Lilí salió alegremente, sin dar la menor muestra de cansancio, dijo Raimundo:

—Creía que todo había terminado ya entre ellos.

—También lo creí yo — explicó Marta. — ¡Parecía tan feliz desde su llegada, y tan dispuesta a reanudar su trabajo después de las vacaciones!...

—Lilí comete una tontería en andar con un muchacho como ese, que nunca se casará con ella. — Irene lo decía con aire de suficiencia, haciendo jugar en su dedo el anillo de compromiso.

—Tú ocúpate de tus cosas — la reprendió severamente Raimundo.

IX

Qué felices se sentían al hallarse juntos de nuevo! Juntos y solos... Por un momento Lilí se había mantenido rígida en su asiento, de acuerdo con la opinión que tenía formada sobre las muchachas que se pasean en auto con la cabeza reclinada sobre el hombro de su compañero. Pero la noche era obscura y no había riesgo de que los viera nadie. Se apretó contra Carlos, que la envolvió con su brazo.

—¡Carlos, estamos tan juntos — dijo riendo — y, sin embargo, tan separados!... Ni tú vas a mi casa ni yo a la tuya.

Hubo un silencio embarazoso.

—¿Quieres que te presente a mi familia?

—No, querido. Si no quise decir eso. Aludía a nuestra situación un poco extraña. Tú en tu casa, yo en la mía; tú llamándome desde la calle para salir de paseo...

—Como una pareja de desocupados sin hogar, ¿verdad? — concluyó él.

Habían llegado a un punto de la colina desde donde se dominaba la ciudad. Carlos detuvo el coche y se acercó más a Lilí.

—¿No te sientes feliz, acaso? ¿Te arrepientes de haberte decidido a amarme?

Pero como la abrazó y la besó, Lilí no tuvo tiempo de contestarle. "Esto es el amor — pensaba. — El amor de que se habla en las canciones. Ahora no tendré más que pensar en él para cantar realmente, como deben cantarse estas cosas."

—Estás a cien leguas de aquí — le reprochó Carlos al notarla abstraída.

—Estaba soñando. Pensaba en el amor y en las canciones.

Hubiera querido ponerse a hablar de su música, de sus proyectos para el porvenir. Pero Carlos había tomado la palabra y le explicaba las características de los dos nuevos vapores que se construían para su padre.

Lilí estaba interesada en la explicación, pero no tanto como para rogarle que la continuara, cuando él, deteniéndose de pronto, se

(Continúa en la página 27)

Es de gran importancia el nuevo método para descubrir la belleza de la silueta femenina

Según afirma D. THOMAS



Circunferencia de la muñeca: Mida ambas muñecas y divida el total. Mida en pulgadas y conviértala en decimales. Ejemplo: una muñeca de 5 ¾ pulg. viene a ser 5.75 pulgadas.



Medida de las espaldas: Mida derecho, de extremo a extremo, con una regla (no con un centímetro). La medida ideal de las espaldas es 2.68 veces la medida de las muñecas.



Medida del pecho: Mida por la parte superior. El pecho debe estar en posición normal, ni muy dilatado ni muy contraído. La medida ideal es 5.49 veces la medida de las muñecas.



Medida de la cintura: Mida con un centímetro la parte más angosta, sacando fajas, corsés, etcétera, para mayor exactitud. La medida ideal es de 4.29 veces la medida de las muñecas.



Estatura: Mida de cualquier manera conveniente desde los talones a la coronilla de la cabeza, conservándose descalza. La estatura ideal es: diez veces la medida de las muñecas.



Medida de las caderas: Mida con un centímetro por la parte más ancha, las piernas juntas y parándose en una posición normal. Medida ideal, 6.13 veces la medida de las muñecas.



Medida de las rodillas: Mida horizontalmente, por encima de la rótula, estando parada normalmente, sin contraer los músculos. Medida ideal, 2.29 veces la medida de las muñecas.



Medida de los tobillos: Mida con un centímetro uno de los tobillos en su parte mínima. El pie debe descansar normalmente. Medida ideal, 1.35 veces la medida de las muñecas.

SI una mujer quiere saber cuánto su figura se aproxima a la silueta perfecta, sólo tiene que medir la circunferencia de su muñeca y comparar el resultado con otras medidas sencillas.

Esto, por lo menos, es lo que dice David P. Willoughby, un artista de estética, quien recién promulgó una serie de reglas sobre la forma del cuerpo, estatura y peso. Si sus descubrimientos son aceptados por los médicos y otros profesionales, muchos problemas hasta ahora sin solución, serán resueltos definitivamente. Por ejemplo: ¿quién tiene las piernas más lindas de los Estados Unidos y por qué? ¿Cómo tendrían que ser las ganadoras de los concursos de belleza, gordas, flacas o regulares? ¿Es la Venus de Milo perfecta en proporción, o es que lo eran las chicas del famoso Ziegfeld, quienes ayunaban para conservar una figura por demás esbelta?

Tabla de varias dimensiones, por las cuales la generalidad de las mujeres norteamericanas están en directa relación con la medida de sus muñecas, según las reglas de David P. Willoughby.

(Para medir la nuca use un centímetro y mida la parte más gruesa; para el brazo, doble el antebrazo y contraiga los músculos; para medir el antebrazo, cierre el puño.)

Circunferencia de la muñeca (o sea la medida índice)	1.00
	X veces la muñeca
Ancho de las espaldas	2.68
Circunferencia de la nuca	2.09
" del pecho	5.49
" de la cintura	4.29
" de las caderas	6.13
" del brazo contraído	1.84
Circunferencia del antebrazo, puño cerrado	1.58
Circunferencia del muslo	3.60
" de la rodilla	2.29
" de la pantorrilla	2.23
" de los tobillos	1.35



Tres tipos comunes de mujer: primera, de huesos chicos; segunda, de huesos grandes; tercera, la mujer alta y esbelta, que es una mezcla de las dos anteriores. El peso correcto debe calcularse según la conformación del esqueleto y no la altura.

Los médicos, sin embargo, están más interesados en el resultado práctico de estas reglas. Las reglas de Mr. Willoughby se aplican también a los hombres, aunque se calculan sobre una base distinta a la de las mujeres. Hace ya tiempo que eran consideradas inseguras las tablas por las cuales un médico dictaminaba si su paciente, hombre o mujer, candidato para un seguro de vida, era demasiado pesado o liviano. Personas de huesos grandes pesan más de lo admitido por las tablas, sin por eso ser anormales. Por las mismas razones, una persona de huesos chicos, aunque perfectamente sana y normal, pesa menos de lo admitido por esas mismas tablas.

Más serias son aún las inexactitudes de las tablas referentes a criaturas en estado de crecimiento. Jamás los especialistas han podido decir a los padres cuánto un chico debe pesar ni cuánto debe medir mientras crece. En cada caso particular ciertas circunstancias especiales han tenido que ser tomadas en cuenta, de tal manera que muchos especialistas consideran que esas tablas tendrían que ser suprimidas del todo, por cuanto pueden causar a los padres temores infundados.

Los médicos, más que nadie, desean reglas más sencillas que gobiernen las relaciones entre peso, estatura y forma del cuerpo, pero no hay hasta ahora seguridad de que las reglas de Mr. Willoughby sean perfectas.

La base fundamental de estas reglas es que el peso y forma del esqueleto influyen sensiblemente sobre la relación entre altura y peso de una persona. Si una persona tiene huesos grandes y un esqueleto ancho y grande, los músculos deben ser forzosamente más grandes y, por consiguiente, los otros órganos también. Tal persona pesará más que otra que, aunque de la misma estatura, posee un esqueleto angosto y de huesos chicos. Las reglas existentes no toman en cuenta estas diferencias.

ESPOSA ALEGRE POR LO QUE PERDIO EL MARIDO

¡14 KILOS DE GRASA!

He aquí algo que toda esposa de un hombre gordo se alegrará de saberlo. Se trata de la experiencia de una mujer cuyo marido hace poco pesaba 104 kilos. Ella nos escribe:

"Me siento en la obligación de decir a Vds. que, después de tomar Sales Kruschen por 3 meses, mi marido ha rebajado su peso de 104 kilos a 90 kilos. Este resultado se obtuvo exclusivamente con las Sales Kruschen. Yo también soy algo gruesa, y comencé a tomar Sales Kruschen hace solamente tres semanas. Ya he rebajado de 69 kilos a 65 kilos. Ambos estamos muy contentos con eso." — Sra. C.

Las Sales Kruschen no disminuirán su peso de la noche a la mañana, como muchos productos manifiestan poder hacer. Pero tomadas regularmente por un término de tiempo — modificando levemente la dieta y haciendo un poco de ejercicio, media cucharadita de las de té en un vaso de agua caliente, tomado todas las mañanas en ayunas, eliminará la grasa superflua, y Vd. volverá a su peso normal. Y al mismo tiempo, mejorará su salud, adquirirá mayor vigor y energía.

Las Sales Kruschen se venden en todas las farmacias a $ 2.20 el frasco, y duran mucho tiempo.

Indudablemente, la mejor manera de comprobar esta fase del esqueleto sería la de aplicar los Rayos X. Algún día esto será factible, pero momentáneamente Mr. Willoughby se vale de seis medidas del cuerpo. Una es el ancho de los huesos de la espalda, otra es el ancho de las caderas en su parte más ancha, la tercera es el ancho de los huesos pelvianos debajo del abdomen. Las otras tres son las circunferencias de la muñeca, del tobillo y de la rodilla, todo medido con el fin de encontrar el tamaño de los huesos mismos, descontando la piel y gordura que los cubre.

En el método Willoughby estas medidas son sometidas a un proceso matemático a fin de llegar a una sola medida índice con la cual se puede calcular el tamaño y peso del esqueleto. Con la ayuda de esta medida índice se puede entonces calcular el peso que una persona debe tener en relación a su estatura, diferenciando así las personas que verdaderamente pesan demasiado o son por demás livianas.

La medida índice de los huesos hace factible el cálculo de la nuca, pecho, cintura y cualquier otra parte del cuerpo que interesa al médico, jurados de concursos de belleza, artistas o costureras.

Para un médico o un jurado de un concurso de belleza no sería demasiado molesto tomar las seis medidas mencionadas, pero hay reglas más sencillas aún, que Mr. Willoughby declara ser aproximadamente correctas, que dependen de una sola medida. De esta manera la circunferencia de la rodilla en el hombre y la circunferencia de la muñeca en la mujer son tomadas como medidas índice.

En los Estados Unidos, por ejemplo, la generalidad de las mujeres miden 1.60 m. y pesan 62 kilos 790 gramos. Tomando esto como base se puede calcular la figura o silueta que tal mujer debe tener.

La circunferencia de la muñeca en pulgadas es dada como el 100 por 100 en la tabla adjunta. Esta circunferencia se mide con un centímetro en la parte más angosta de la muñeca o sea entre el hueso y la mano. Ambas muñecas deben ser medidas y un promedio tomado, puesto que una muñeca suele ser más grande que la otra. Sabiendo esta medida se puede calcular en pulgadas o en centímetros la medida ideal de las otras partes del cuerpo usando la tabla adjunta y tomando el porcentaje indicado en la misma.

Supongamos, por ejemplo, que la medida de la muñeca resulta ser 15 cms. El ancho de la espalda tendría que ser 268 por ciento o sea 2.68×15 o sea 40.20 cms.; las caderas (circunferencia), 613 por ciento de esos 15 cms., o sea 91.95 cms.; la cintura, 429 por ciento o sea 64.35 cms.; el tobillo, 135 por ciento o sea 20.25 cms.; y así por el estilo.

Para los hombres el sistema es el mismo, sólo que se toma la circunferencia de la rodilla como base.

En ambos casos es necesario tomar las medidas exactas y justo en el lugar indicado, porque si las medidas no son exactas el resultado también será equivocado. La manera de tomar estas medidas queda indicada en el diagrama adjunto.

Como en el caso de la muñeca, la circunferencia de la nuca, cintura y tobillo debe medirse en la parte más angosta. El pecho debe medirse estando en posición normal, ni muy dilatado ni muy contraído.

La circunferencia de las caderas debe tomarse en su parte más ancha. Lo mismo debe hacerse con los músculos del brazo. La medida del antebrazo se toma en su parte más ancha, teniendo el puño cerrado. La medida de las pantorrillas y muslos también se toma en su parte más ancha, pero estando la persona parada normalmente. La medida de la rodilla se toma por encima de la rótula.

Las chicas que no tienen las medidas requeridas no deben afligirse mayormente. En lo que se refiere a la belleza y figura, la historia está repleta de mujeres que, aunque eran feas y mal hechas, se casaron ventajosamente y vivieron una vida feliz y exitosa. No hay seguridad tampoco de que las tablas del señor Willoughby representen siluetas admiradas por todos. Sólo representan el promedio de medidas de varias personas seleccionadas por considerarlas normales, bien desarrolladas y bonitas.

Sin embargo, toda chica querrá saber en cuánto se aproxima al standard científico creado por M. Willoughby, y en qué partes falla en alcanzar este nuevo ideal.

Rescoldo de amor

(Continuación de la pág. 25)

puso a besarla una y otra vez...

La siguiente noche ocurrió lo mismo. "Nada más que una hora", había dicho Lilí. Pero salió a las ocho y no regresó hasta la una.

El lunes Lilí lo hizo ir a su casa para presentarlo a los suyos. En realidad, ella no lo deseaba mucho. Quería mantenerlo separado de la familia. Necesitaba algo que no tuviese que compartir con nadie. Hasta su misma música no le pertenecía íntegramente. Por eso, a Carlos lo quería para ella sola.

— Está muy bien que Carlos venga aquí — le decía una noche Marta; — pero, ¿por qué no te presenta a su familia?

— No se lleva bien con los de su casa — contestó para salir del paso.

— Y ustedes ¿están comprometidos?

— No, por supuesto. — Lilí se ruborizó al decirlo.

— Entonces no le concedas tantas horas de tu tiempo — aconsejó Marta. Y como Lilí no contestara, añadió más suavemente: — Yo miro por tu felicidad, Lilí. La música es tu vida. Si Carlos Sargent no se va a casar contigo — y yo no creo que lo haga, y hasta me agradaría que no lo hiciera — ¿por qué te colocas en el trance de malograr tu carrera? Piensa en los años que ya le has dedicado; en todo el dinero que nos ha insumido.

Su hermana tenía razón, ciertamente. Se fué a la cama y lloró toda la noche.

X

Los estudios de Lilí iban de mal en peor. Tras de dedicarles cada vez menos tiempo, le faltaba el entusiasmo que hasta entonces la había acompañado. Vivía con la constante preocupación del giro que tomaban sus relaciones con Carlos. Un millón de veces le había dicho que la amaba, no sabía ya cuántas la había besado y tenido en sus brazos..., pero nunca llegaba el momento de hablar de matrimonio. No es que ella tuviese prisa en realizarlo. Al contrario: hubiera deseado, más bien, que él le dijese que no podían casarse por el momento, que lo aplazarían para más adelante.

Notando cómo se estancaban sus progresos en el canto, llegaba a arrepentirse de haber puesto los ojos en Carlos. Pero ya no había remedio. Sabía que no lograría jamás desterrar de su corazón aquel amor que la subyugaba...

(Continúa en la página 46)

Los CUENTOS de MAMA NONA

"Haz BIEN y no MIRES a QUIEN"



En las afueras de la ciudad viven doña Brígida y su hija Pilar, a quienes ayudamos yo y mis hijos.

Rulito cose los trajes que Pilar lleva, y doña Brígida se viste de aquello que yo ya he usado. La pobre es muy conformada.

Es, además, de una gran bondad, y en esas virtudes ha educado a su hija.

Hoy ha venido a contarme algo que les ha ocurrido. Resulta que las pobrecitas disponen apenas del pan necesario para llevar a sus bocas, y que la otra noche, cuando ya dormían, golpearon a la puerta.

Era un hombre mal entrazado, que les pidió un poco de café. Diéronle el café y el pan que ellas pensaban comer a la mañana siguiente; alumbraron un fuego para que él entrara en calor.

Era un extraño mendigo; sus ropas estaban recién desgarradas; tenía manchas de barro en la cara y en el traje. Las manos estaban destrozadas y sangrando.

Las pobres mujeres no dudaron en cobijar a aquel hombre que, sin embargo, les causaba un poco de inquietud y desconfianza.

Laváronle las heridas; le refrescaron la cara; le ofrecieron la única cama de que disponían. Una vez que le vieron limpio y dormido, se dieron cuenta de que se trataba de un joven de buena familia.

Al despertarse se excusó él sinceramente por haber comido el único pan que había en la casa y haberse servido de la única cama.

Les refirió lo ocurrido. Salió en auto con intención de hacer una excursión aprovechando los días feriados, pues es estudiante de la Universidad.

Tuvo un choque terrible en el recodo del camino, con un camión. Nada recordaba. Debió quedar desmayado seguramente.

Cuando despertó se vió herido, solo, con el auto destrozado.

Le habían robado el poco dinero que llevaba.

No tuvo más remedio que emprender la marcha a pie. En la primera casucha se detuvo. ¡Era la de doña Brígida!

Les dió las gracias por cuanto habían hecho por él y les aseguró que una vez mejorado volvería a visitarlas.

Pasaron ocho días. Una tarde se presentó con una hermosa señora: la madre. Era él tan gallardo y elegante que casi no le reconocieron.

—Quiero agradecerles — dijo la madre — lo que han hecho por mi hijo. Con seguridad le han salvado ustedes la vida. Sin un poco de alimento y de descanso hubiera tal vez enfermado o muerto. Si las heridas no hubieran sido desinfectadas y cuidadas, mi hijo hubiera perecido. Es el único hijo que tengo. Mi gratitud no tiene límites; quiero hacer algo por ustedes.

Se enteró del alquiler que pagaban por la pequeña choza y su jardín, donde las pobres sembraban algunas verduras y criaban gallinas.

Se fué dejándoles una suma bien crecida de dinero; ¡mil pesos! Madre e hija nunca habían visto tanto dinero junto.

Se consideraban más que bien pagadas por el pequeño servicio.

La gente generosa nunca valora sus actos de bondad. Los realiza porque el alma la empuja a ello,

RULITO y BLAS

(Continúa en la pág. 47)

MUNDO ARGENTINO EN LA PLATA



El nuevo intendente municipal señor Juan Carlos Chaumeil, acompañado por sus secretarios, doctor E. Martínez y el ingeniero Negri, momentos después de tomar posesión de sus cargos, ceremonia que se vió realizada por la presencia de numeroso público.



Miembros de la junta a cuyo cargo estuvo el estudio de la ley electoral provincial, que se reunieron en un banquete, para celebrar la terminación de su trabajo, que deberá ser sometido oportunamente a las cámaras legislativas de la Provincia.



Parte de la concurrencia que asistió a la fiesta inaugural de la cancha del Club Hípico La Plata, donde se desarrolló un interesante programa, del que participaron numerosos asociados.



Concurrentes a la kermesse del Club Gutenberg, que alcanzó extraordinario lucimiento y que constituyó una de las fiestas populares más animadas de la semana anterior, celebradas en la capital de la provincia de Buenos Aires.



Otro aspecto de la fiesta al aire libre organizada por el Club Gutenberg, en el que puede verse un extraordinario número de "pibes", frente a uno de los kioscos donde se desarrolló un interesante y ameno espectáculo infantil.

Fotos de Mela.

Señoritas Isabel y Dora Schneider, Lore Barthman, Miriam Bamber, Susana Mitchell, Ursula Frick y Margot Palacios, formando un "frente único", después del prolongado baño en la pileta del club.

Señoritas Santina Márquez, María Luisa Eckmann y Virginia Inés Noseda, doran sus espaldas al sol para ponerse a tono con la moda y adquirir ese color bronce que tanto destaca la belleza femenina.

LA GRACIA FEMENINA EN LA PILETA D...

Otro momento inicial de una carrera, de la que participaron las señoritas Susana Mitchell, Lore Barthman, Amanda Achaval, Margot Palacios, Ursula Frick, Miriam Bamber y D. Schneider.

En la pileta del Club Obras Sanitarias, como en todas las piletas y en todas las playas, el flirt es un complemento en la hora del baño, aun cuando, como en el caso presente, los aspirantes estén alejados.

Un "divertissement" en la pileta, del que participan las señoritas Susana Mitchell, Lore Barthman, Beba Rodríguez, Amanda Achaval, Mercedes Vega Bunge y Cristina Molina Salas, elementos bulliciosos en el baño.



Dispuestas para una carrera, aparecen las señoritas Miriam Bamber, Margot Palacios, Amanda Achaval, Susana Mitchell, Lore Barthman y Ursula Frick, futuras campeonas de natación.



Señoritas Mercedes Vega Bunge, Santina Márquez, María Luisa Eckmann, Virginia Inés Noseda, María Cristina Molina Salas y N. Seyller, integrando otro de los grupos juveniles que frecuentan la pileta del Club O. Sanitarias.

DEL CLUB OBRAS SANITARIAS



Señoritas Amanda Achaval, Beba Rodríguez y Susana Mitchell, a pleno sol, en los jardines que circundan la pileta del Club Obras Sanitarias, una de las más frecuentadas por el elemento femenino.

Señoritas Lore Barthman y Ursula Frick, tomando el baño de sol reglamentario, con dos originales bonetes de goma, uno de los cuales simula una cabellera engominada, con su ondulación perfecta.



Señorita Susana Mitchell, una de las excelentes competidoras en saltos ornamentales, en el instante de demostrar a las amigas su pericia.

INTERRUMPIDO *el* TRASANDINO, *se*

Herido el riel por la ira de la montaña, la frecuencia de los viajes entre nuestro país y Chile ha sufrido un nuevo tropiezo que, desgraciadamente, se prolongará por mucho tiempo. El Transandino, que una vez fué sacrificado en aras de una equivocada política de nacionalismo económico, ve entorpecida nuevamente la regularidad de sus servicios a raíz de la catástrofe de Cacheuta. Socavados los puentes, doblados los rieles como simples alfileres por las terribles manos del agua, los ingenieros encuéntranse ahora trazando los planos que más tarde, merced a mucho trabajo y a mucho dinero, normalizarán el tránsito a través del gran túnel. Pero entretanto, el hombre no puede resignarse a la inmovilidad. Vivimos el tiempo del ir y venir, de la velocidad, el intercambio, pese a las modernas teorías. Y ese grave dilema está siendo resuelto actualmente.



No era posible decidirse por las antiguas diligencias que, al raudo trote de las mulitas baquianas, orillaban los precipicios y coronaban los riscos erizados de peligros. No. Nuestros tiempos son tiempos de llanta, de riel y de ala. Tiempos de motor y de urgencia. Hemos burlado a las horas, hemos capturado un minúsculo retazo de inmortalidad al hacer de la distancia algo insignificante. Ridículo hubiera sido, entonces, decidirse por los medios antiguos de transporte, entre los cuales la carreta se perfila con la sabiduría de todos los caminos y la ceniza de todos los vivaques. Hubo, pues, que desechar a la carreta lenta y a la trepidante diligencia. Y se optó por lo más moderno, por lo más seguro y lo práctico.



Este túnel, que era el único medio de comunicación entre Mendoza y Cacheuta, fué destruído totalmente por el aluvión. Pero no importa. Los aviones pasan ahora por encima. Y queda así burlado el producto de la fatalidad.

se le ha PERDIDO el MIEDO al AVION



He aquí un grupo de pasajeros y personas que fueron a despedirlos, próximo a partir. Cada trimotor Ford tiene capacidad para doce pasajeros, además del piloto, el aeromozo y el operador radiotelefónico.



Estos son los hermanos Hunter, que salieron para Chile en uno de los últimos viajes de los aviones que salen del aeródromo Presidente Rivadavia, en Morón, los días lunes, miércoles y viernes.

Rosita Moreno, la gran estrella cinematográfica, partió a Chile en avión, el 17 de enero. Y como dato curioso debe consignarse que fletó un avión especial para que transportara los trece bultos de que se compone su equipaje.



Ahora viajan solos en avión hasta los niños. La foto presenta a Luis Guilbert Salgueiro, niño de nueve años, que a fines del año pasado se fué, sin compañía a Mendoza.



Tan natural es hoy viajar en avión, que también estas dos conocidas niñas de la sociedad mendocina, que son María E. y Dora Elsa Romero Day hicieron el viaje solas hasta la ciudad de Mendoza.



El avión. Los formidables pájaros de tres motores, de tres corazones, de tres impulsos estaban ahí para tragarse, de un solo salto ensordecedor, las nieves eternas de la montaña que un día pulverizó con su furor la obra de los hombres. El avión pasearía por sobre el mismo origen de la tragedia su alada seguridad. Vencido el miedo, como la cosa más natural del mundo, el hombre se decidió por el avión. Y hoy el avión representa el único medio que pone en comunicación a dos pueblos hermanos, desaparecida cualquier otra posibilidad de intercambio. Tal, a raíz de la catástrofe de Cacheuta, se ha duplicado el tránsito aéreo entre Mendoza y Santiago de Chile. Y hoy son dos aviones los que salen todos los días rumbo a Chile.

El terraplén del ferrocarril entre Cacheuta y la usina eléctrica ofrece este aspecto. Desviado el río de su curso normal, la obra de ingeniería cedió en una extensión de ocho metros y quedó interrumpido el tráfico ferroviario del F. C. Transandino.

COMO ES, DE SOL A SOL, LA EPOPEYA DE LOS PESCADORES

La red ha sido izada; tras un copioso cargamento de peces, que se vuelcan en el interior de la barca. La cosecha ha sido buena y es necesario repetir la operación para que la jornada resulte provechosa. Ya vendrá después, la tarea de seleccionar las distintas categorías de peces.

A diez o quince millas de la costa, frente a Mar del Plata, los pescadores han anclado para comenzar su labor matinal. Apunta el día y hasta el atardecer han de trabajar con breves treguas en la ímproba tarea de recoger la red. Entretanto, en el balneario, los veraneantes reposan de sus fatigas de felices aristócratas.

Las gaviotas forman la escolta de las barcas pescadoras, listas para alimentarse de las sobras que se arrojan al mar. Las barcas son de esta suerte como los viejos arados de los campos, que abren la tierra y también tienen la bulliciosa escolta de estas aves voraces e insaciables.

Los langostinos tienen siempre gran aceptación en el mercado. En Mar del Plata, se logran este año en cantidades que alcanzan a satisfacer las exigencias de la demanda. Esto no sucede siempre, porque los langostinos se alejan por épocas y es entonces cuando se pagan a precio de oro.

Fotos Press Graphic News. — Mar del Plata.

El regreso a la costa se aprovecha para establecer las diferentes categorías del pescado y limpiar aquellos que demandan un cuidado especial. En el espacio de dos horas que los separa de la costa, los pescadores trabajan con empeño. Helos aquí, frente a una cantidad apreciable de langostinos de gran tamaño, que irán a servir de fiambre a la mesa de muchos afortunados mortales.

Viajan rumbo al cardumen, donde hallarán la aglomeración de peces. El viaje es largo y al rítmico balanceo, los pescadores se duermen sobre cubierta. Tal vez la noche antes participaron de la fiesta veneciana en el puerto para divertir a los turistas; de ahí su fatiga, porque han debido, como siempre, levantarse al alba para que el pescado no faltase en los grandes hoteles y en las suntuosas residencias de la Loma.

Para pescar besugos, se utilizan estas trampas curiosas, muy semejantes a las que se usan para cazar ratones o moscas. Una abertura en la parte inferior, por la que es posible entrar pero no salir, permite capturar con engaño a los besugos que caen en la trampa grande como vulgares chorlitos.

He aquí un viejo lobo de mar, convertido en un hábil tejedor. Está reparando una red fina, que por la mañana destrozaron los cautivos en su afán de reintegrarse al fondo del océano. Las manos trabajan con destreza de mujer.

La extracción de la red es tarea pesada, que exige un esfuerzo tenaz. Durante el día se repite muchas veces, y cuando el fondo de la barca acusa una cantidad de peces suficiente, se piensa en el regreso.

Ya están las anchoas alineadas en un cajón, listas para ser transportadas a la cámara frigorífica del ferrocarril, que ha de conducirlas a destino. Pescadas en el día, viajan toda la noche y a la mañana siguiente están ya en los mercados.

La tarea ha terminado y los pescadores se aprestan a saltar a tierra. Antes, se higienizan en la forma que ilustra la presente fotografía. Por pronta providencia, las manos y los pies son las que se cuidan con esmero.

Ya estamos en el puerto y la tarea no ha concluído. La red sufre deterioros considerables, porque los peces se defienden heróicamente para libertarse y le producen desgarraduras que es indispensable reparar. Hay peces que tienen dientes como cuchillos que destrozan red donde se prenden.

ACTUALIDAD GRAFICA METROPOLITANA



El general Rodríguez, ministro interino de Marina, acompañado por el general Vacarezza y otros jefes de la armada, en la recepción ofrecida por el Centro Naval, en obsequio de los nuevos guardiamarinas de la escuadra de guerra, incorporados a la misma después de haber terminado sus estudios en la Escuela Naval.



Cabecera de la mesa en la recepción ofrecida en obsequio de los estudiantes brasileños que visitaron nuestra ciudad. Aparecen, entre otras personas, el embajador del Brasil y el doctor Alejandro Ceballos.



El embajador del Brasil entre nosotros, conversando animadamente con el doctor Obarrio, director de la Asistencia Pública, que asistió a la demostración ofrecida en honor de los estudiantes brasileños, que visitaron recientemente nuestra ciudad.



El presidente del Consejo Nacional de Educación, ingeniero Pico, acompañado por los inspectores de Obligación Escolar recientemente designados y que fueron a saludarlo a su despacho para agradecerle la designación del cargo.



Los campeones Aarón Schvartzman y Juan Iliesco, que en el campeonato del Club Argentino de Ajedrez han tenido oportunidad de destacar sus extraordinarias aptitudes en ese juego.



Los campeones de catch-ascatch-can Zbyszko y conde Nowina, en la legación de Polonia, acompañados por el representante diplomático de aquel país y de un grupo de connacionales, que les agasajaron por sus recientes triunfos deportivos.



La esposa del ministro de Polonia brindando con el conde Nowina, que, dedicado al violento deporte de la lucha libre, se halla en Buenos Aires participando de un certamen en el que toman parte figuras destacadas de todo el mundo, lo cual ha despertado interés.



Concurrentes a la comida anual ofrecida en el American Club, al personal de la "Colgate-Palmolive-Peet Ltd.", por el vicepresidente de la nombrada compañía y que alcanzó gran lucimiento, en un ambiente de camaradería.

Fotografías de Caruso

En playa Ramírez, uno de los parajes de mayor concentración de bañistas durante los meses del verano, esta dos lindas morochas uruguayas dejan transcurrir la mañana en la distracción de la lectura de una revista, que trae siempre, y especialmente en esta época, bañistas tan atrayentes como ellas mismas.

LAS QUE TOMAN EL SOL EN



En Malvin se ha podido ofrecer este grupo escultórico, complementado por un magnífico galgo ruso. Es, según puede verse, un conjunto digno de cualquiera de las playas de fama mundial, donde se rinde culto a la perfección de la línea y a la gracia de la sonrisa.

Otra demostración evidente de que las bañistas de Pocitos son partidarias entusiastas de la comodidad para practicar la natación. Sus trajes de baño son el reflejo de los tiempos que vivimos, en los que todo parece reducirse, desde el largo de los cabellos hasta la proporción del maillot.

Dos bañistas que son, ¡cosa extraña!, enemigas de la fotografía. Una de ellas ha optado por dar vuelta la cara para no aparecer con su vera efigie en la placa. La otra, con un ademán, trata de disuadir al chasirete que la enfoca, porque sospecha que su malla es demasiado sintética para pasar a la posteridad en una revista.

También las uruguayas han optado por los llamados maillots "sport", que son una síntesis elegante de los otros que hace poco parecieron constituir la última palabra en materia de modas para los trajes de baño. Pero por lo que se ve, a medida que las temporadas veraniegas se suceden, los maillots se simplifican en una forma cada vez mayor.

LAS PLAYAS URUGUAYAS

Pero hay bañistas que todavía creen en la eficacia de los delantales que han reemplazado a las clásicas salidas de baño, que han pasado ya la categoría de las cosas que fueron. A pesar del delantal, esta bañista inquieta opta por correr, para evitar que pueda sorprenderla uno de los tantos fotógrafos indiscretos que abundan en la playa.

Una tertulia bajo el amplio quitasol en Carrasco, donde se hace vida social de rigurosa malla y donde el único estiramiento posible es aquel que practican las bañistas al tenderse sobre la blanca arena, para comentar los episodios del baile de la noche anterior o de la jugada que Fulano o Mengano hizo en la ruleta de Pocitos.

A esta bañista de Carrasco no le falta nada para ser feliz a la hora del baño de sol. En su valija, especie de caja de Pandora, guarda un verdadero arsenal de utensilios para su arreglo personal y luego, para distracción, he ahí que tiene un balde y una pelota de football.

Hijas del país con gorra de vasco son estas dos lindas urugayas que avanzan resueltas y confiadas hacia el agua, donde habrán de demostrar que si es cierto que las sirenas son una creación fantástica, ellas pueden ser un punto de referencia para los que quieran imaginar a las deidades del mar.

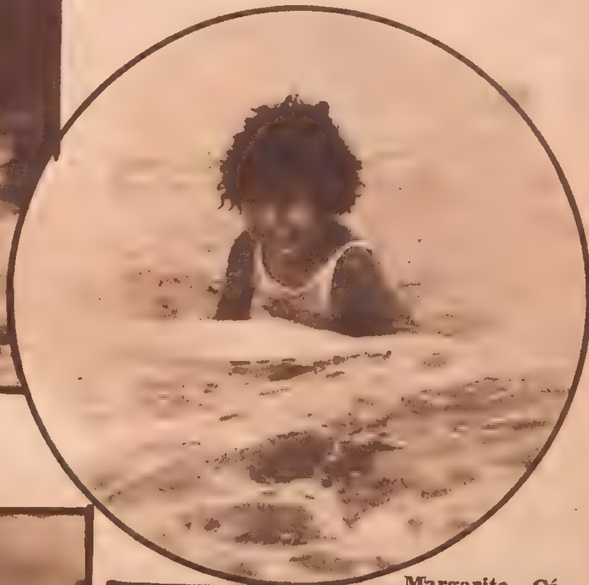
LA TEMPORADA EN MIRAMAR



Raúl y Marisa Goyenechea, dedicados a construir pequeños castillos de arena, que el agua y el viento se encargan de destruir.



Elsa Dengler, una de las bañistas más diminutas de la playa, con su correspondiente juguete de goma.



Margarita Cáceres, está demostrando que es valiente y que sabe afrontar sin llanto el primer baño de mar, entre la espuma efervescente.

UN SALVAMENTO



Ethel y Blanca Bertoldi, muy a la moda con sus maillots sintéticos, disfrutan del buen sol, mientras se distraen en juegos infantiles.



Una bañista, de las muchas que se exponen sin saber nadar, en el momento de ser sacada del agua por los bañeros y el joven Guillermo Genoud, que tuvo una participación eficaz en un episodio producido en la playa de Miramar.



Monona Iturraspe, haciendo honor a su nombre, sonríe graciosamente al fotógrafo, como para poner en evidencia que la arredra el mar bravío de aquel balneario.



Jacinto y Oscar Cáceres, como buenos hermanos, se bañan juntos y se amparan en caso de peligro, haciendo frente a la correntada que juega con ellos.



Fueron dos señoras y dos señoritas, las que en Miramar estuvieron a punto de perecer ahogadas. He aquí a una de ellas, reintegrándose a la costa, después de haber conocido de cerca la angustia de la muerte.



Susy Godfrid, sonriendo ante el fotógrafo, con lo que demuestra ella también, que por mucho que el mar esté agitado, ella es muy femenina y muy coqueta.



Albertito Urcola ha adoptado una pose de boxeador al retirarse del agua, manera esta de disimular el frío que le ha producido el primer baño en el océano.



En la presente potografía aparece el joven Guillermo Genoud y los bañeros Belza, Ramos, Sosa y Spencer, que actuaron con eficacia en el salvamento de dos señoras y dos niñas a las cuales arrastró la corriente mar afuera.



Marta Graciela Rebaudi Manzano se muestra temerosa ante el peligro que supone avanzar mar adentro. De ahí su actitud de expectativa, antes de decidirse.

Fotos de Domínguez.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR



















¡DOMANDO FIERAS!!....

Clyde Beatty intenta dominar a Sultán, el joven león aspirante al título de "rey del circo", de cuya lucha por el trono con "Nerón" nos da cuenta nuestro colaborador en el presente y ameno artículo.

Clyde Beatty, visto en la fase de una práctica con "Nerón", el león favorito de nuestro colaborador, que durante muchos años ocupó el trono de "rey del circo".

DURANTE la temporada que pasé en el Madison Square Garden de Nueva York, en 1932, fuí espectador de una terrible lucha sostenida entre "Nerón", mi león favorito del que les hablé la semana pasada, y "Sultán", otro poderoso ejemplar de la misma especie que aspiraba a ocupar el trono que aquél poseía en mi circo. Ya en ocasiones anteriores habían ocurrido entre ellos algunas escaramuzas, siempre en favor de "Nerón", que siendo bastante más viejo que "Sultán" (éste puede decirse que era casi un cachorro), tenía más experiencia y astucia para las riñas. Pero el tiempo había pasado, y el que antes era cachorro iba gradualmente alcanzando suma potencia y agilidad. Tanto así, que "Nerón" no dejaba jamás de observarlo cuando debían actuar juntos, detalle este en franca contraposición con la conducta observada por él en épocas anteriores, cuando, convencido de su superioridad sobre "Sultán", ni siquiera reparaba en él, llegando a veces hasta el extremo de darle la espalda, despreciando así la posibilidad de un ataque a traición.

Fué a fines de 1932 cuando sostuvieron una batalla que dió la pauta de la fuerza y el valor de "Sultán", que por esa fecha era ya casi grande y pesado como "Nerón". Aquella tarde, durante una práctica, cuando ya todos los animales habían entrado a la pista, "Sultán" hizo lo propio. Parecía alegre y su aspecto era sencillamente formidable. Inquieto, ágil, esbelto, era el vivo retrato de "Nerón" en su juventud. Correteaba y se entretenía en pegar suavemente en las espaldas de sus compañeros con una de sus garras. Evidentemente quería jugar, pues a todos les hacía lo mismo sin provocar lucha.



Pero he aquí que en una de esas demostraciones se acercó por detrás a "Nerón" y le hizo lo mismo. Éste no interpretó la actitud de su rival como una invitación al juego y sí como una invitación a la lucha. Mi león favorito debió sentirse completamente ofendido, pues dándose vuelta rápidamente empujó a "Sultán" haciéndolo caer. Sorprendido, y creyendo, quizá, que "Nerón" quería también jugar, se dejó arrinconar entre un par de pedestales y los barrotes de la pista. El otro saltó sobre él y hundió los dientes en su cuello. Recién entonces, reconociendo la gravedad de la situación, "Sultán" se decidió a defenderse, y entrando en acción mordió ferozmente un hombro de "Nerón". Y así, con los dientes bien hundidos en carne ajena, ambas fieras rodaron algunos segundos por el suelo, rugiendo sordamente.

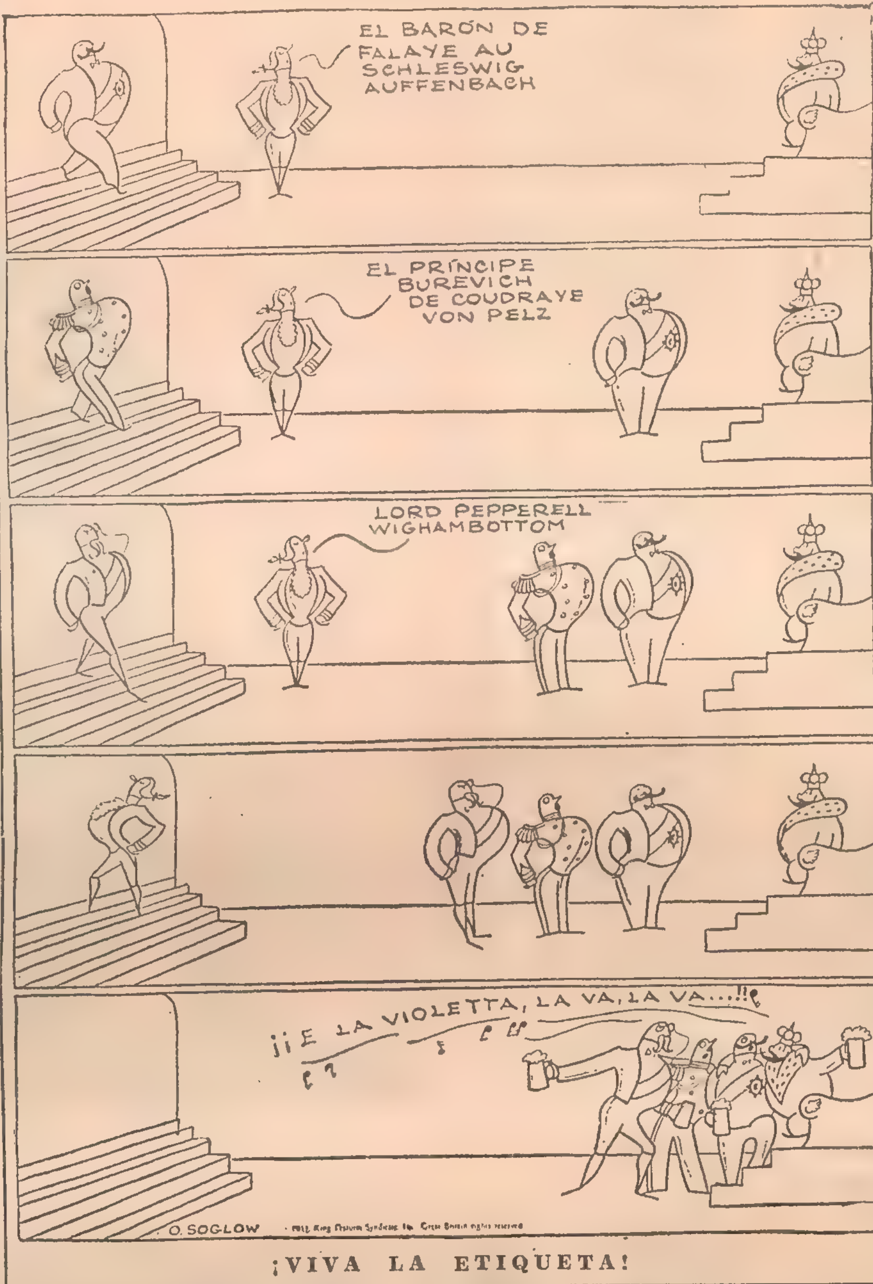
Deseoso yo de hacer que los demás animales salieran de la pista, ordené a mi ayudante que abriese ambas puertas de los túneles. Esto hecho, en pocos segundos los duelistas fueron dueños del terreno, mientras yo intentaba en vano separarlos disparando sobre ellos mi revólver con inofensivas balas de fogueo. Pero todo era inútil. Ya acalorados por la lucha, ambos se revolcaban golpeándose fuertemente contra los hierros. "Sultán" logró que los dientes de su adversario se desprendiesen de su cuello y a su vez soltó su presa, evidentemente satisfecho de poder apresar partes más delicadas del cuerpo. Pero mi león favorito no estaba acostumbrado a que nadie lo obligase a separar sus dientes de algo. Ya rabioso, se dispuso a atacar nuevamente. Se acordó tarde, pues "Sultán" lo hizo antes con tanta habilidad, que trajo a mi memoria los métodos empleados por "Nerón" cuando, seis años atrás, éste destronara a "Bredo", otra gran fiera.

Constituye el presente capítulo uno de los más emocionantes escritos hasta la fecha por nuestro colaborador. Nárranse en él las emocionantes alternativas de una feroz lucha sostenida entre dos leones, "Nerón" y "Sultán", rey de las pistas el primero y aspirante al trono el segundo. Contra la juventud, la agilidad y la destreza de "Sultán", opone "Nerón" su fuerza y su experiencia adquirida en muchos años de riñas. Resulta agradable contemplar la forma cómo estas dos potencias luchan desesperadamente ansiosas por demostrar su superioridad, anhelante la una por conquistar un trono al que con justicia aspira, y deseosa la otra, en su orgullo de rey, por no dejarse arrebatar ese título del que gozó durante varios años. La lucha entre ellas no es más que un duplicado de la lucha que entre ellos sostendrán siempre, eternamente, los hombres con civilización, que son los de ahora....

Una serie de EMOCIONANTES ALTERNATIVAS *en la* AZAROSA VIDA *del* GRAN DOMADOR CLYDE BEATTY

Las grandes historietas de SOGLOW

LAS AVENTURAS DE UN REY



¡VIVA LA ETIQUETA!

Derechos exclusivos de reproducción adquiridos por MUNDO ARGENTINO

El aspirante al trono hizo que "Nerón" chocase violentamente contra los hierros, y de un zarpazo sacó sangre de su nariz. Pero el veterano no se dejó estar, y respondiendo cayó sobre "Sultán", logrando atrapar entre sus dientes una de las patas. Desesperado ante el dolor levantó éste la cabeza y hábilmente consiguió apretar en su boca la mandíbula de "Nerón", haciendo que éste soltase de inmediato la pata aprisionada.

A todo esto yo nada había podido hacer para evitar la prolongación de la lucha, que, de continuar, habría forzosamente de resultar fatal para alguno de los dos. "Sultán" era ahora quien dominaba la situación, haciendo pasar por un trance muy duro al avezado rival. La pista se hallaba poblada de sordos rugidos de rabia y de dolor. "Nerón" hacía todos los esfuerzos imaginables para librarse de tan horrible opresión y "Sultán" apretaba cada vez más, consciente de su ventajosa situación.

En un momento el veterano consiguió colocar una de sus garras sobre el pecho del otro y arañó cuanto pudo, hasta lograr penetrar en la carne. Pero esto parecía no molestar a "Sultán", que cada vez más enfurecido movía lentamente su cabeza acomodándose de la mejor manera posible para morder más y más. Y así estaban, el uno sobre el otro, matándose de tal manera que quien presenciara la lucha desde veinte metros de distancia habría creído que estaban jugando.

Yo decidí no aguardar más y empleé un método contundente para separarlos. Ordené que se me trajera cierto desinfectante que en la pista empleamos con frecuencia y que yo sabía habría de surtir efecto. Cuando pude lanzarlo sobre ellos, ambas fieras casi no habían cambiado de posición. Lo arrojé acercándome los más que pude, y casi inmediatamente tuve la satisfacción de ver que "Sultán" abría la boca soltando así la mandíbula de "Nerón", quien a su vez cesó de arañar el pecho de su rival, a tiempo que se revolvía, ansioso por ponerse en pie.

Fué para mí muy significativo el hecho de que en cuanto "Nerón" se vió libre corrió velozmente en dirección al túnel de salida, renunciando así a toda lucha. El pobre había tenido bastante con aquello y por el momento no quería saber nada más con su joven rival. En cambio éste permaneció en la arena, enardecido y desafiante. Aún intentó hacer algo contra mí, pero hice funcionar mi revólver y con la ayuda de la silla lo conduje al túnel, cerrando la puerta tras de él. Todo había terminado. Flotaba en la atmósfera un pesado olor a desinfectante y de mí se había apoderado la emoción.

No interpreté todo lo sucedido como

(Continúa en la página 47)



Aquel entusiasta jugador de ajedrez fué vencido por...

El ALFIL NEGRO

... que hizo jugar un adversario misterioso, que nadie había visto más que él. ¿Locura o misterio?

CUENTO POR

J. SUCKVILLE MARTIN

ESTÁ completamente loco! ¡Cualquiera lo puede comprobar!

El señor Brooks se expresaba con impaciencia. Sus facciones vulgares aparecían congestionadas y se acariciaba el mentón largo y huesudo con dedos nerviosos semejantes a garras.

Hacía calor, y el doctor Ponsford se enjugó la frente, y mirando a su colega, dijo:

—A mí me parece que es así, pero no soy especialista en enfermedades mentales. ¿Qué opina usted, Moresby?

El doctor Moresby sonrió y sus ojos encapotados bajo las espesas pestañas fueron de Ponsford a Brooks.

—Como a ustedes les consta, soy alienista, y cuanto más estudio a la humanidad, tanto más difícil me resulta distinguir a los cuerdos de los locos. En realidad, he dejado de intentarlo.

Brooks miró con sorpresa y exclamó:

—¡Pero, caramba!...

El doctor Moresby lo interrumpió y repitió:

—He renunciado a hacerlo y establezco una división entre los seres humanos: los que pueden ser posibles de certificarse como alienados y los que no pueden serlo, es decir, los que podemos encerrar en manicomios y los que no podemos.

—Bueno — dijo Brooks, tranquilizándose, — con tal de que usted extienda el certificado de diagnóstico de mi primo, todo estará bien. No está en condiciones de dejarlo en libertad.

Moresby quedó pensativo unos instantes.

—¿Es usted apoderado de su primo?

Brooks asintió.

—Y entiendo que también es su heredero.

—Sí — afirmó apresuradamente Brooks; — pero esa no es una razón...

Otra vez el doctor Moresby levantó una mano imponiendo silencio.

—Disculpe — aclaró, — pero en el caso hipotético de que comprobáramos taras mentales en el señor Wingfield, usted tendría la administración de sus bienes, y, por lo tanto, tiene un interés muy directo en el asunto.

—Confieso que lo tengo — replicó Brooks en tono alterado. — Soy el heredero y recibiré su fortuna. No me agrada ver que la dilapide como lo está haciendo. Si sigue como en la actualidad, no quedará nada.

A poca distancia del sitio en que conferenciaban los médicos con Brooks, se divisaba la que fuera puerta principal del monasterio, abierta sobre la fachada de piedra, y encima de ella, en un nicho blanqueado por columnas talladas, la efigie de un santo. Sobre ambas alas había sendas puertas que daban acceso a las cocinas y a la sacristía del antiguo monasterio.

Las refecciones realizadas habían sido ejecutadas respetando el carácter arquitectónico dentro de lo posible.

—Su primo tiene una hermosa residencia — observó Moresby, dirigiéndose a Brooks, — y que, por cierto, no revela mucha insania.

—¿No prueba, acaso, locura invertir dinero en esta manía? ¡Ha gastado en ella millares de libras!

—Pero es hombre rico.

—Lo es, aunque no tanto, y él se considera uno de los más acaudalados del mundo.

—Opiné — dijo nerviosamente Ponsford — que fuera un caso catalogar científicamente "D. de G.", delirio de grandezas.

—Sí — asintió Moresby, — eso es; pero tales casos son difíciles de diagnosticar y tratar, especialmente entre los ricos. Cuando una persona que no tiene nada extiende un cheque por diez mil libras, no se le paga y... se acabó. En cambio, cuando se trata de alguien que posee doscientas mil libras esterlinas, puede pagarse y... ¡ese es el busilis! Se necesita algo más. ¿Qué otras pruebas tenemos?



—Alucinaciones — respondió Brooks; — juega al ajedrez...

—Yo también — replicó Moresby, sonriendo sarcásticamente, y confieso que considerado como un pasatiempo, es buena prueba de insania. Temo, empero, que carezca de validez legal.

—Sí, pero juega solo y...

—Todos los jugadores de ajedrez resuelven problemas, y resulta tan interesante jugar solo como con un adversario.

—Le ruego que me deje terminar — dijo Brooks con impaciencia. — *Juega solo, pero no juega solo.*

Moresby lo miró atentamente.

—¡Esa afirmación es extraordinaria! ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que padece de alucinaciones, como acabo de decirlo — respondió Brooks. — Ha estado enfrascado en la lectura de este viejo monasterio hasta que se ha enloquecido. Se cree vinculado directamente con Hugo de Wingfield, el primer obispo de Beckchester, que levantó este edificio a mediados del siglo XII, y cree que el obispo viene a jugar con él por la noche.

—¡Ah, si se pudiera probar eso! — dijo Moresby.

—Es muy fácil. Puedo hacérselo ver. Ponsford lo ha visto.

—¿Es cierto? — preguntó Moresby a su colega.

Ponsford jugueteó nerviosamente con su "pince-nez".

—Sí — aseguró, — lo he visto. Hay un ventanuco que da a la gran sala de honor. Tal vez la utilizó antaño el prior para mirar a los monjes en el refectorio. Es posible verlo



desde allí. No me extrañaría que estuviera jugando ahora.

Extrayendo su reloj del bolsillo, comprobó la hora, y prosiguió:

—Sí, son casi las seis. Con frecuencia juega una partida antes de cenar.

Moresby se quedó pensativo, y dijo:

—Parece como si tratáramos de espiar en casa ajena; pero cuando se trata de extender un certificado de insania, toda precaución es poca.

Luego, volviéndose hacia Brooks, agregó:

—Me parece que si usted nos puede hacer ver eso, debiéramos hacerlo.

Penetraron en la casa por una entrada lateral de la derecha. Subieron unas escaleras de piedra y penetraron en una angosta galería practicada en el espesor del muro del refectorio, continuando por ella hasta llegar al ventanuco mencionado por Ponsford. Los tres hombres miraron al interior del hall.

La habitación era alta y de grandes arcadas. Un hombre de cierta edad estaba sentado a la cabecera de una larga mesa de caoba. Les daba el frente. La luz de una ventana lo alumbraba del lado izquierdo con suficiente claridad como para discernir sus facciones con toda nitidez. Era un hombre de aspecto venerable, calvo, de cejas espesas y magnífica barba blanca. Estaba aparentemente absorbido en una partida de ajedrez. Tenía el tablero por delante, y al parecer, según las piezas capturadas, hacía buen rato que se había iniciado la partida. Jugaba con las negras y solo, pues no se advertía ningún adversario, pero al mover las piezas blancas miraba al través del tablero como si quisiera solicitar autorización de algún contrario, y de cuando en cuando hablaba en voz baja como si se dirigiera a él. Los tres hombres lo miraron durante un rato, y después de retirarse, Maresby dijo:

—Y bien: ya lo hemos visto. Es, por cierto, suficientemente probatorio. Me agradaría ver muestras de escritura... Supongo que no se le habrá notado vacilación o tartajes al hablar, ¿no? Pues yo le hubiera esperado. Tal vez aún consiguiéramos hacerlo hablar.

Brooks aseguró que eso no era posible, y conduciéndolos a la entrada del hall, abrió la puerta y penetró en la habitación seguido por los médicos. Antes de que le hubiera sido posible hablar una palabra, Wingfield levantó la mano y dijo:

—¡Un momento! ¡Un momento! Estoy terminando...

Y tomando el alfil negro lo movió a C. 4 C. R., y gritando alborozado:

—¡Mate! ¡Le di jaque mate con su pieza predilecta.

Como si despertara de un trance, se volvió a los visitantes, y con cierta cortesía amanerada, exclamó:

—Ruego que se me perdone, pero estaba jugando una partida.

—Permítame que le presente un amigo, el doctor Moresby. Con Ponsford ya se conocen.

—¡Encantado, doctor Moresby! — dijo Wingfield, poniéndose de pie. — Y permítanme presentarles...

Miró al otro lado de la mesa y agregó:

—¡Ah, se fué!... Debí haberme dado cuenta... Es tímido, muy tímido. Se marcha en cuanto ve entrar a alguien.

—¿Quién se marcha? — indagó Moresby, mirándolo con fijeza. — Parece que estaba usted con un amigo...

—Sí; juego siempre con él y ocurre algo raro: casi siempre le gano cuando juego con las negras. Le doy mate con el alfil negro, y eso es lo curioso..., puesto que él mismo es un obispo.

—¿Un obispo? — preguntó Moresby.

—Sí; Hugo de Wingfield, fundador de esta abadía. Fué el primer obispo de Beckchester. Juego todos los días con él.

—Tal vez fué un obispo blanco — observó, sonriendo, Moresby, — y por eso un alfil negro lo derrota. (El alfil se llama "bishap", es decir, obispo, en inglés.)

—No, no. Era monje cistercense, y, por lo tanto, sería un obispo negro. No; creo que se deja derrotar con el alfil negro por atención para conmigo.

Moresby notó que vacilaba y que tartajeaba para hablar. Poco rato después los tres visitantes se despidieron y se encaminaron a la aldea.

—Indudablemente, padece de alucinaciones — afirmó Moresby, — aunque perecen inofensivas, y, a "prima facce", no justificarían su internamiento. Pero agregando a ello su forma defectuosa de expresarse y su incapacidad para manejar sus asuntos financieros... ¿Supongo que usted podrá probar eso?

—¡Oh, las cifras cantan! — dijo Brooks impaciente. — No tiene usted más que echar una ojeada a los libros para convencerse de que está arruinándolo todo.

—En tal caso, creo que podríamos extenderle un certificado, provisionalmente, por lo menos — dijo Moresby. — ¡Es un tipo interesante y formulo votos por que se mejore cuanto antes!

—Supongo que usted lo tomará en su sanatorio.

—Naturalmente; no me sentiría tranquilo

(Continúa en la pág. siguiente)

si no estuviera bajo mi propio cuidado. Creo que puedo *prometer una mejoría.*

Quince días después el señor Wingfield fué trasladado a Weston Hall, una antigua mansión señorial que había alquilado el doctor Moresby, convirtiéndola en un asilo privado.

Eran las siete de una noche de invierno, seis meses después cuando el doctor Ponsford detuvo su auto a las puertas de Weston Hall. Pocos instantes después estaba en el despacho de su colega Moresby, quien exclamó:

—¡Oh, Ponsford! ¡Qué sorpresa! ¿Qué lo trae por acá?

—Quiero que venga conmigo en seguida, a ver a Brooks... en la abadía. No está bien. Ha tenido un ataque o algo por el estilo. De todos modos necesito su opinión. Desconfío de estos casos nerviosos.

—A mí me ocurre lo mismo.

Ya en camino, Ponsford preguntó:

—¿Cómo está Wingfield?

—Aún tiene alucinaciones.

—Entonces, ¿aún juega con el alfil negro?...

—Todavía juega al ajedrez, pero no con el obispo. A decir verdad, se queja de que el obispo no lo visita. Me he ofrecido a jugar con él, asegurándole que el obispo será recibido si se presenta. He hecho todo lo posible por darle el gusto, pero...

—Pero el obispo no viene, ¿no es así? — terminó, riéndose, Ponsford.

—Así es. Pero la verdad es que... no estoy seguro de que no venga.

—¿Que no venga? ¿Qué diablos dice usted? — interrogó Ponsford, girando en su asiento.

—¿Usted conoce a Brown, mi portero?

—Sí; pero ¿qué le ocurre?

—Está aterrorizado. Ha visto algo o se le ocurre que lo ha visto. Sea lo que sea, en los dos últimos meses dos veces ha llamado a la puerta de acceso un hombre alto, vestido de negro y de cogulla, que ha preguntado por el señor Wingfield. La primera vez, Brown le dijo que ya era muy tarde y que a esa hora ya no se admitían visitas. La segunda vez se disculpó más o menos en la misma forma, y dice que entonces el monje negro lo miró en forma amenazante, con ojos que eran dos carbunclos, y le previno que volvería una tercera vez, y que esa tercera vez... No dijo lo que ocurriría esa tercera vez, pero parece que Brown entendió que él correría peligro, y resolvió marcharse. Lo hubiera hecho en seguida, si yo no hubiera dado orden de recibir al misterioso visitante y entretenerlo hasta que yo pudiera atenderlo. Eso es lo que ha ocurrido con Brown.

—¡Es extraño! Ya no sabe uno qué opinar. Le dije a usted que no preguntaba por mera curiosidad... Pues bien: Brooks se está conduciendo en forma rara... Ha empezado a jugar al ajedrez. Antes nunca lo hizo. Los servidores de la abadía dicen que lo hace noche a noche... y en la misma forma en que lo hacía Wingfield. Esta tarde me hicieron llamar con urgencia. Acudí, y lo encontré desmayado. Las piezas estaban desparramadas y el tablero volcado. Lo llevamos a la cama y vine en busca de usted. Recuerde que duerme en la pequeña habitación adyacente al hall. No sé lo que encontraremos cuando lleguemos, dentro de un momento...

Poco antes de llegar a la gran entrada de honor, Ponsford detuvo el auto. En la obscuridad, a la luz de los faroles, se veían dos mujeres como asustadas: eran las mucamas.

—¿Qué están haciendo aquí? — preguntó el médico.

—Lo esperábamos, doctor. Creíamos que no llegaría nunca.

—¿Por qué no están en la casa atendiendo a su amo? ¿Cómo sigue?

—No sabemos, doctor. No lo hemos visto desde que usted se marchó.

—Aterrorizadas — dijo Ponsford a su compañero, volviendo a poner en marcha el motor.

Entraron por la pequeña puerta de la izquierda. El dormitorio estaba vacío. Un alto lampadario antiguo lo iluminaba malamente. La ropa de la cama estaba revuelta y la almohada en el suelo, pero no había nadie allí.

Profundamente sorprendidos, los dos médicos contemplaban aquello sin acertar a explicárselo, cuando sonó una atroz carcajada que los conmovió poderosamente. Provenía del hall. Corrieron hacia allí y encontraron a Brooks, de pie al lado de la mesa, inclinado sobre el tablero. Quedáronse observándolo y lo vieron levantar la mano derecha y mantenerla con los dedos extendidos, como si apuntara a alguien por sobre el tablero.

—¡Mate! — gritó. — ¡Mate! ¡Mate! ¡Pero no siempre; no para siempre! ¡Oh, Dios mío, no para siempre!...

Vaciló y cayó cuan largo era. Cuando lo auscultaron, estaba muerto. Ponsford fué el primero en incorporarse.

—Y bien — dijo. — Ya nada podemos hacer por él. Lo llevaremos a su dormitorio. Tendré que meditar sobre el asunto del certificado de defunción. Tal vez habría que dar parte a la policía. ¿Qué le parece, Moresby?

El interpelado no respondió. Contemplaba el tablero y el problema de juego que planteaba.

—Venga aquí, Ponsford — repuso. —Todo esto me parece extravagante. Jugaba con las blancas y... el alfil negro le ha dado jaque mate.

FIN

Hojeando los últimos Libros

COMENTARIOS por ANIBAL PONCE

ULA CISNE: "EL AMOR DE LAS MUCHACHAS".
"Ediciones Voladeras de Luis Cané." Buenos Aires.

"Estos poemas de Ula Cisne han sido traducidos al español por Luis Cané, directamente del manuscrito original en dialecto kummel, que se encuentra depositado bajo la custodia del filólogo profesor Lügenhaft en la biblioteca de Anacam." Tal es lo que puede leerse, como advertencia a "El amor de las muchachas", en la página de la "justificación" y el "copyright". Y viene bien la advertencia de dudoso humorismo, para desengañar a los que creían encontrar en Ula Cisne algunas de las cualidades que estaban acostumbrados a admirar en Luis Cané.



Luis Cané

Con excepción de alguna que otra loa maliciosa, de este o aquel elogio travieso y sensual, cuesta reconocer en "El amor de las muchachas" la frescura de "Mal estudiante" o de "Tiempo de vivir": esa serena y sonriente actitud frente a las cosas que sólo encuentran en el amor y el vino una razón aceptable de vivir. Superficial y frívolo, más que ligero, "El amor de las muchachas" nada añade a la obra de Cané, mejor poeta que "traductor".

MARIA LUISA CARNELLI: "¡QUIERO TRABAJO!"
Colección "Cometa". Buenos Aires.

Entre el grupo de escritores reunidos bajo el signo de la Cometa — porque "ningún signo más apropiado para una generación que toma posesión de su oficio en la hora más difícil del mundo",— María Luisa Carnelli es la que ha demostrado con su libro una más clara conciencia de su tiempo, una más nítida visión de las responsabilidades de su hora.



María Luisa Carnelli

En el prólogo que Tristán Maroff le ha dedicado, se subraya certeramente ese aspecto social del libro de Carnelli. En un momento en que la pequeña burguesía se ve deshecha entre los conflictos agudos que no supo prever ni se resigna a aceptar, la obra de la señora Carnelli trae el dolor de las mujeres que sufren en la persecución y la miseria. Por su intención, por su sinceridad, por sus arrebatos, "¡Quiero trabajo!" no puede inspirar sino la simpatía y el respeto.

Pero ¿bastan la nobleza y la generosidad para asegurar la vida de una obra literaria? Sería ingenuo sostener que sí. La novela de la señora Carnelli, no obstante los méritos sociales que le reconocemos, adolece de defectos literarios tan graves que la comprometen en gran parte. Tal como el libro comienza y se desarrolla en sus primeros capítulos, da la impresión de que nos va a mostrar las intimidades, las esperanzas y los tormentos de una pobre chiquilla incomprendida por los suyos, y en quien las sordas rebeldías van adquiriendo cada vez un tono más firme y decidido. Algo así como el "pendant" femenino de esas infancias torturadas que Jules Vallès ha trazado en aguafuertes imborrables. En ese sentido, toda la primera parte de "¡Quiero trabajo!" y casi toda la segunda van destacando con toques rápidos y vigorosos el retrato descarnado de la protagonista: emoción, ternura, valentía, desconsuelo. Pero desde la mitad de la segunda parte hasta el final, el valor literario de la obra desciende tan precipitadamente, que da a veces la impresión de haber sido escrita en épocas distintas o con desigual interés por la heroína. Lo que al principio había en ésta de anotación verídica, graduada, prolija, desaparece al final en una confusión de escenas, imprecaciones y hasta insultos. La novela se ha cambiado en un panfleto, y si no fuera porque en la página penúltima puede leerse esta advertencia: "Compañeros: yo, Susana Miller, treinta años, eso fuí, eso viví, eso he visto". nos hubiéramos olvidado de que estábamos leyendo la continuación de la novela. Otra sincera y honrada, pero malograda a todas luces por la despreocupación y el desaliño.

Aníbal Ponce

Rescoldo de amor

(Continuación de la página 27)

aunque Carlos la dejara, o la olvidase, o se casara con otra..., con Dora Sage, la rubia que lo acompañaba en el auto aquella tarde que los vió pasar, frente a su ventana, días antes de las vacaciones.

Una noticia, largo tiempo esperada con ansiedad y que en otras circunstancias la habría llenado de alegría, vino, en cambio, a aumentar sus tribulaciones.

— Casi tengo miedo de seguir con usted — le había dicho su maestra. — Sé que si la envío ahora a Tolari nada tendrá que objetar a lo que he hecho de su voz. Estoy segura de que le he dado una buena base. Pero veo que conmigo ya no tiene nada que aprender.

¡Ah, si le hubieran dicho esto dos o tres meses atrás!... Se habría marchado a Nueva York con la misma tranquilidad con que había ido a San Francisco. Segura de sí misma. Dispuesta a realizar cualquier trabajo para costearse los estudios.

Pero ahora no podía irse. Antes necesitaba saber...

— Lilí, ¿irías a casa el viernes por la noche? Mamá dará una cena y un baile en el club de campo. He convidado a Dora Sage y a otras amigas. Te haré invitar.

Lilí hubiese preferido no ir. Temía encontrarse en aquel ambiente tan distinto al suyo y que presumía hostil. Pero Carlos había pronunciado un nombre. Sabía que Dora Sage, la hija del socio del señor Sargent, era la rubia del auto. Muchas veces había visto su retrato en las notas sociales de periódicos y revistas..., ¡su rival!

— Me agradaría mucho poder ir — contestó valientemente.

— ¡Admirable! — exclamó Carlos; pero a Lilí le pareció que su tono carecía de sinceridad. Pensó que a él le ocurría lo que a ella: no quería compartirla con su familia; la necesitaba para él solo.

Carlos aguardaba en el comedor, conversando con Raimundo. Lilí, con la colaboración de su hermana, daba los últimos toques a su atavío.

—¡Estás perfecta! — aseguró Marta.

Estaba realmente deliciosa con aquella "toilette" improvisada por las hábiles manos de Marta y en la que también había contribuído Irene con algunas prendas de su "trousseau".

Carlos la contempló con admiración, pareciéndole más hermosa que nunca.

Cuando subió al coche y partió, al lado de Carlos, parecía la Cenicienta, camino del baile junto al Príncipe Encantador.

(Continúa en el próximo número.)

Rulito y Blas

(Continuación de la página 28)

sintiendo un regocijo infinito de realizar el bien.

Había de esto pasado una semana, durante la cual se habían comprado algo de ropa y de muebles; habían ampliado el gallinero a fin de hacer con él mejor negocio. Estaban aún emocionadas por el suceso, cuando de nuevo el regio auto conduciendo a la generosa señora y al hijo, llegó a la puerta. Esta vez venían dos señores más; uno traía una gruesa cartera bajo el brazo.

Entraron. El señor de la cartera tomó la palabra.

—Esta señora — dijo — ha adquirido en compra este terreno y esta casita, que a su vez los regala a usted. Debe firmar aquí, doña Brígida.

Las infelices echáronse a llorar. Firmaron la posesión de su pequeña propiedad, ¡una verdadera fortuna para ellas!

—Nunca — dice la infeliz — pensé en ser retribuída. Así hubiera sido un bandido lo mismo hubiéramos hecho por él. Llegó sin poderse tener en pie: destrozado, agotado.

—Ya ve, doña Brígida, cómo en la vida se encuentra siempre la recompensa. Ojalá hubiera muchos mortales que se asemejaran a sus protectores, que fueran capaces de no sentir el egoísmo; que pensaran en hacer bien con tanto acierto. ¡Cuánto me alegra lo que me cuenta!

Yo, al verla ir, he dicho: "Esto sí que es confortante para el alma; ¡cuánto lo merecían esas pobres mujeres! Ellas creyeron proteger a un mísero, y protegieron en su pobreza a un millonario.

Nunca más cierto que hoy, aquello de *"Haz bien y no mires a quién."*

Domando fieras

(Continuación de la página 43)

una indicación de que "Nerón" sería derrotado si la lucha hubiese tenido una continuación. Estoy seguro de que en ningún momento mi león favorito tomó la lucha muy seriamente, y sí que recién comprendió la gravedad de la situación cuando, en los últimos instantes, "Sultán" logró apresar fuertemente su mandíbula. Poco después, discutiendo lo sucedido, me dijo un colega:

—No te extrañe, Clyde, si antes de que comiences la temporada próxima "Sultán" ha destronado a tu viejo amigo.

Me sentí inclinado a asentir, reconociendo tal posibilidad.

—Sería un gran tragedia para "Nerón" — continuó el colega. — Es el mejor león que has tenido y quizá nunca llegues a tener uno como él. Pero, ¿qué has de hacerle? En el circo esos son hechos comunes.

Y tenía razón. En el circo, los monarcas, los mandatarios van y vienen de la misma manera que en el mundo exterior, que es el mundo civilizado.

FIN

No basta producir...

(Continuación de la página 3)

media hora de Buenos Aires, acaba de plantar quince mil árboles, entre perales y manzanos, de las variedades más estimadas. Quiere decir que todas las tierras son aptas cuando se sabe encarar y dirigir estos cultivos.

Es claro que algunas zonas son privilegiadas, como la del Río Negro, por ejemplo, donde una importante compañía espera recoger a breve plazo la cosecha de dos millones de árboles de manzanas y peras. Calculando un promedio de cuatro cajones por árbol, serían ocho millones de cajones entre peras y manzanas, con la circunstancia favorable, además, para la zona, de haberse establecido por cuenta de esta misma compañía de que hablamos, cuatro estaciones de embalaje en otros tantos parajes — Gómez, Allen, Cipolleti y Cinco Saltos — dotadas éstas de las más modernas maquinarias, tanto que están preparadas para poder alistar quince mil cajones diarios, que equivalen a trescientos mil kilos de fruta. Ahora bien:

¿CUALES SON LAS POSIBILIDADES DE COLOCACION?

El volumen de las cifras que consignamos autorizan a formular este interrogante.

Algo ha empezado a hacer el gobierno para contestarlo, y mucho tienen que hacer los fruticultores para ganar la batalla. Hay que legislar el comecio de frutas, pero no menos importante es fomentar el consumo de éstas, empezando por nuestro territorio, donde el pueblo, cuando no hay uva o naranja, no come fruta.

El primer paso hacia la financiación de esta vasta industria, consistirá, pues, en colectivizar una intensa propaganda para conseguir la difusión de las otras especies — manzanas, duraznos, peras — tan desacreditadas antes las clases humildes, porque cuando se las pone en el mercado al alcance de sus limitados recursos, son de tan inferior calidad, que han preferido prescindir de ellas.

En consecuencia, el recio impulso que ahora adquiere la industria frutícola en el país, trae aparejada la obligación de mejorar la calidad de la que se ofrece en el mercado y abaratar los precios.

LA BARATURA Y LA EXCELENCIA ESTIMULARAN EL CONSUMO

Son los dos resortes mágicos para asegurar el crédito de cualquier producción. Y, por cierto, que en este caso los únicos. Toda legislación encaminada a organizar el mercado interno, tendrá que precipitar naturalmente la eliminación de los industriales rutinarios y la de los acaparadores e intermediarios inútiles. El secreto para proteger esta inmensa industria naciente no ha de consistir en vender caro, sino en vender mucho. Equivocarán el camino los fruticultores que echen sus cuentas al precio a que se cotizan ahora las manzanas o las peras que nos llegan del extranjero, soñando con realizar rápidas y provechosas ganancias. Con este criterio no conseguirán otra cosa que obliterar definitivamente el propio mercado de consumo.

Ahora bien: hemos dicho que este es el primer paso hacia la financiación de la cosecha que se anuncia, por cuanto, dado el volumen de ésta, no se puede prescindir racionalmente de tomar en cuenta el factor exportación.

NINGUN PAIS PUEDE FINANCIAR SU PRODUCCION FRUTICOLA CON EL CONSUMO INTERNO

Ni los Estados Unidos, ni Nueva Zelandia, ni Italia, ni el Brasil han podido abstenerse de comerciar en el extranjero su fruta, a pesar de la población más numerosa y de la distribución más perfecta. Y este es precisamente el problema que ya ha merecido por parte del gobierno un principio de acertada solución, que comentaremos y completaremos en un próximo comentario.

FIN

Correo cinematográfico

(Continuación de la página 22)

y le robaron casi toda la ropa que tenía. Por todo lo cual comprenderás que eso de largar tiritos por lujo y hacerse el Al Capone una cosa es en el cine... y otra cosa es con guitarra.

a **Secretario de King.**

★ Los motivos por los cuales **BUSTER KEATON** dejó de filmar no se conocen totalmente, pero puedo asegurarte que en algo se debió la intromisión de **JIMMY DURANTE** en sus últimas cintas, especialmente en **Queremos cerveza.** Parece ser que al narigudo se le permitió filmar escenas muy buenas, en las que tapó por completo a **Buster**, acaparándose así una gran parte del mérito. Ya al promediar la cinta este último se dió cuenta de que el otro se estaba entusiasmando demasiado, y protestó. Pero nadie le llevó el apunte, y las cosas siguieron su curso. Al final **Buster** pidió a la **Metro Goldwyn Mayer** que se le rescindiera su contrato, para cuya expiración faltaban todavía ocho meses. La empresa aceptó, y fué entonces cuando **Buster**, viendo que se quedaba en la calle, comenzó a desesperarse tanto, tanto, que acordándose de que estaba divorciado de **Natalie Talmadge** se casó con otra mujer.

a **Parecido a Lon Chaney.**

★ Aquí está la lista de los artistas cuyos apellidos comienzan con la M, y que tienen actualmente contrato. Con la **Paramount: FREDRIC MARCH** y **HERBERT MARSHALL.** Con la **Fox: RALPH MORGAN** y **HERBERT MUNDIN.** Con la **R. K. O. Radio Pictures: HELEN MACK, SARI MARITZA, JOEL MC CREA** y **COLLEEN MOORE.** Con la **Columbia: Tim MC COY** y **TOSHIA MORI.** Con la **Metro Goldwyn Mayer: JEANNETTE MAC DONALD, UNA MERKEL, ROBERT MONTGOMERY, POLLY MORAN, FRANK MORGAN** y **KAREN MORLEY.** Con la **Universal: KEN MAYNARD, CHESTER MORRIS** y **CHARLIE MURRAY.** Con la **Warners - First National: ALINE MAC MAHON, ADOLFO MENJOU** y **PAUL MUNI.**

a **Tarzan II.**

★ Esta carta puedes dirigirla a **NEIL HAMILTON** a la siguiente dirección: **9015 ROSEWOOD AVE. LOS ANGELES, CALIFORNIA (EE. UU.): Dear Neil; may I apply to you, the most attractive movie star I have seen in pictures, asking you to be so kind as to favour me with one of your photos? Will one of your greatest argentine admirers have the pleasure of getting it? If afirmative, you can be sure, I shall appreciate it, same as much as your wonderful talent on the screen. Yours truly.** (Firma.)

a **Enamorada de Neil.**

★ **LUPINO LANE** es inglés, de Londres, donde **nació el 17 de junio de 1895.** Sí; **LILLIAN GISH** ya ha filmado una parlante, que con seguridad veremos en la presente temporada. En cuanto a los valores de **Cristina de Suecia**, no puedo adelantarte nada. Estoy tan curado contra esas películas, que antes de ser filmadas ya todo el mundo dice que son buenas, que hasta que la vea no emitiré mi opinión.

a **Don Juan Tenorio.**

Las peripecias de PANCHO



Para ustedes las semillas... ¡Hay que comer en proporción a la edad y al tamaño!



INFORMACIONES MUNDIALES

Por el Dr. KARL HAMBOURG

LA EXPORTACIÓN DE ESTAÑO EN BOLIVIA

El ministro de Hacienda dictará las medidas necesarias para equilibrar el exceso de tonelaje en la exportación de estaño sobre la cuota asignada a Bolivia.

El ministro manifiesta que la producción de "estaño" es mayor que la del año 1931.

DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Don Julio Tello, director de las excavaciones del templo de Punkari (Perú) en las ruinas de Nepena, descubrió la estatua del gran Demonio de Chavin en barro y piedra con pinturas de vivísimos colores. En el mismo lugar encontró el cadáver de Chavin con varias ofrendas: un vaso de diorita, un abalorio con figuras esculpidas, una trompeta y numerosos caracoles sonoros. Las figuras parecen de influencia maya de la cultura meridional de Méjico.

El extraordinario descubrimiento de Nepena no le ha traído al señor Tello "ne pena" ni gloria.

EL ALTO COMISARIO EN MARRUECOS

A bordo de la cañonera Dato (que antes de su transformación era cañonero) llegó ayer a Algeciras el alto comisario en Marruecos, señor Moles.

Como su apellido lo indica, el señor Moles es el más alto de los altos comisarios españoles y será necesario dinamita para destituirlo.

KID CHOCOLATE VERSUS NICK BENZA

A pesar de todas las posibilidades, el señor Kid Chocolate puso knock out en el noventa y ocho round al doctor Nick Benza.

Se produjo un gravísimo tumulto d e b i d o a la interminable duración del match, pero sólo hubo que lamentar la muerte de cuatro referees y un radioescucha.

ACCIDENTE AUTOMOVILÍSTICO

El ex ministro de Gobierno dictatorial Marqués de Hoyos y su conductor Angel Noguerales resultaron gravemente heridos cuando el automóvil en que viajaban se precipitó a un precipicio.

El chauffeur fué recogido de una ciénaga y el Marqués de Hoyos, de otro hoyo.

CONTRABANDISMO

En Palma de Minorca los carabineros mataron a tiros de escopeta a dos contrabandistas que trataban de introducir en un carro una partida de tabacos y una partida de naipes.

Estos son los inconvenientes de encontrarse en el camino con las "partidas", como le pasaba a nuestro rufo Juan Moreira.

RECORD DE AVIACIÓN

El aviador Lemoine, según homologación del Aéreo Club de Francia, batió el record de altura alcanzando a 13.663 metros.

Al encontrarse a tal altura, Lemoine, no sabiendo qué hacer, descendió tirabuzoneando.

EL FISCAL WILBER

En Brockton (Massachusset) ha fallecido el fiscal del distrito Mr. Winfield M. Wilber, que se hizo célebre a raíz del proceso a Sacco y Vanzetti, cuya pena de muerte solicitó entonces.

El fiscal Wilber, que tuvo el placer de presenciar la electrocución de los italianitos, sólo después de seis años de su dictamen — en razón de la tenaz campaña de los defensores — ha muerto con la sonrisa en los labios, recordando aquel mal chistecito de "Sacco y van... otto."


"Pipo", con sus hijas Teresa y Minina, que son las más eficaces colaboradoras de su establecimiento.

TIPOS POPULARES de MAR del PLATA

JUAN DOMINICI, el BAÑERO de UNZUE

Por SAUL L. MORANDO MAZA

En playa Bristol he visitado esta mañana a Juan Dominici, sucesor del "Negro Pescador".

Dominici, a quien más familiarmente se conoce por "Pipo", tiene, como tantos otros, su historia. Actualmente vive casi retraído detrás del mostrador de su bar atendiendo a uno que otro antiguo cliente que gusta saturarse de cosas del pasado.

Le encuentro triste, como si una gran pena pesara sobre su espíritu. Al inquirirle el motivo, acciona con ambas manos y me responde:

—¡La ruina, amigo!... ¡La ruina!... No hay derecho a matar a un hombre como yo con casi cuarenta años de permanencia en el balneario...

Lo que sucede es que la ola de progreso ha barrido con las tolderías de "Pipo". Ya no se le permite despachar mariscos en la arena y se le ha obligado a retirar las mesas de la playa donde otrora se reunían las familias a gustar de un "copetín". Es natural, pues, que el hombre se muestre apenado al ver que el público no acude con la frecuencia de antaño.



LA PERSONALIDAD DE "PIPO"

"Pipo", como Fernando Golfieri, mi primer entrevistado del año anterior, tiene su personalidad dentro de los tipos populares de Mar del Plata. Es uno de los más antiguos pobladores de la ciudad balnearia y disfruta de grandes simpatías entre los veraneantes. Paso a paso, "Pipo" ha seguido el progreso de Mar del Plata. Frecuentó el trato de Pellegrini, Mitre, Marcelino Ugarte, los hermanos Peralta Ramos y tantos otros hombres ilustres que desfilaron por su establecimiento. Locuaz, obsecuente, ameno en sus charlas, "Pipo" se hace simpático a quien le trata. Inició su profesión de bañista cuando Mar del Plata todavía se hallaba en embrión. Excelente nadador, se le apodó "el Hombre pez".

UN POCO DE HISTORIA

Nacido en Livorno (Toscana), Juan Dominici trabajó con sus padres en la industria del mueble. Cumplió con sus deberes para con la patria y participó en la guerra de África, donde fué ascendido a cabo mayor. En 1898 arribó a Buenos Aires, cargado de ensueños y ansias de labrarse un porvenir. La guerra del 98 le encontró dispuesto a luchar por nuestro país y se enroló en la Legión Italoargentina, cuyos servicios acredita un viejo certificado que "Pipo" guarda a la entrada de su establecimiento. Más tarde se trasladó a Mar del Plata, entrando a trabajar de bañero en el antiguo balneario de Zárate.

Respondiendo a una pregunta que le formulo, "Pipo" me dice:

—Si le voy a hablar con franqueza, no llevo la cuenta de los salvamentos que he hecho desde que me radiqué en el balneario. Hoy las corrientes de agua han cambiado totalmente y ya no hay tanto peligro como cuando esta playa se hallaba sin defensa alguna.

—Tengo entendido — le digo, — que hay en su vida ciertos actos de arrojo que le han valido honrosas recompensas.

—Es verdad. El general Bartolomé Mitre premió mi actuación durante un salvamento que él mismo presenció con una medalla que aún conservo y que lleva la siguiente inscripción: "Virtud y caridad."



He aquí el salvavidas que "Pipo" usó por espacio de treinta y dos años, realizando arriesgados salvamentos de bañistas en playa Bristol.

UN SALVAVIDAS A TRAVES DE TREINTA Y DOS AÑOS

"Pipo" me conduce luego a la trastienda de su negocio. Me muestra varias medallas con diferentes inscripciones, y finalmente me lleva ante un salvavidas que se halla colgado en uno de los corredores del establecimiento y que ostenta esta leyenda:

"Este salvavidas es un símbolo a través de treinta y dos años. Utilizado por "Pipo" salvó a varias personas que representan el gran mundo argentino y entre ellas al hijo del señor Mariano Unzué, su legítimo propietario."

—Es uno de los trofeos que conservo con mayor cariño — me dice, contemplando el viejo arco destartalado.

El apellido de Unzué parece serlo todo para "Pipo", pues en una gran carpa de la playa puede leerse: "Pipo", ex bañero de la familia del señor D. Mariano Unzué."

—¿Frecuentó usted mucho esta familia?

—Veinte años he estado en contacto directo con todos sus miembros. Fuí bañero de don Mariano, de sus hijos, sus primos, de toda la familia...

(Continúa en la página 65)

El ESPEJO

... no es sólo un menester de imprescindible uso doméstico. Es también un aliado fecundo de la fantasía cuando, como suele ocurrir, se le alía al juego misterioso de las supercherías.



Cuento fantástico

POR

CHARLES VAN HORN

SI — dijo Coulton, complaciente, haciendo volar un anillo de humo. — A Vera le gustó, y entonces compré esta propiedad, Harlingen Hall, una autética casa de campo del siglo XV; fantasmas, espejo y todo. Daremos nuestra primera fiesta para Navidad, con trajes de carnaval, y deseamos que tú vengas.

Bannerman asintió.

— ¡Encantado, hombre! Pero ¿qué quisiste decir con eso de fantasmas, espejo y todo?

Coulton mirólo con extrañeza.

— ¿Nunca has oído hablar del fantasma de Harlingen Hall? ¿Ni tampoco del espejo que se cae?

Bannerman se sonrió y movió la cabeza.

— Perdona mi ignorancia, pero no he oído nada de eso, has de recordar que soy forastero en estos lugares. He andado viajando por mar durante casi estos diez años últimos.

— Es cierto; lo olvidaba. — Coulton alcanzó la botella de whisky y llenó dos vasos. — Bien, te contaré, pues. No bien entras al hall, a la izquierda de la puerta de entrada pende un viejo espejo de pared. Es un trabajo curioso; no tiene marco y está sostenido por cadenas. A los bordes de la luna hay algunos signos cabalísticos grabados en el vidrio. Hasta ahora nadie ha podido descifrarlos. ¿Soda?

— Un poquito. No ahogues el whisky. Gracias.

Coulton le alcanzó el vaso y continuó:

— Bueno, las antiguas leyendas dicen que en el sitio en que se eleva Harlingen Hall existió en un tiempo un castillo de un brujo medioeval, un monje que se convirtió de la verdadera religión a la práctica de la magia, adoración al demonio y esta clase de cosas. Según la tradición, el espejo fué encontrado en una caverna subterránea y descubierto cuando una de las paredes del sótano del castillo se cayó, y se supone que formaba parte del equipo del monje.

—Pero ¿por qué se llama el "espejo que se cae?" — preguntó Bannerman, elevando su vaso.

— La historia dice que cada vez que el espíritu del monje se aparece a alguien en la casa, esa persona se muere en el término de una hora, y el espejo cae para anunciar su muerte — replicó Coulton.

Bannerman vació su vaso y rió.

— Soy un simple marinero, y no entiendo nada de esta cuestión de fantasmas.

Coulton elevó su mano con alarma.

— ¡No me digas que tienes miedo de venir!

— ¡Oh, ya lo creo que vendré!

— ¡Traje de disfraz, no lo olvides!

— Traje de disfraz será. ¿Puedes darme una idea de algún traje apropiado?

— No; debes elegirlo tú mismo y guardarlo en secreto. ¿Otro vaso?

— Gracias. Uno más y me iré...

Durante las semanas que siguieron Bannerman pensó varias veces sobre el problema de un traje adecuado para el baile de máscaras de Navidad ofrecido por Coulton. Cuando al fin le vino una idea, y se rió por largo tiempo.

Bannerman era de espíritu muy alegre. Reía todavía cuando penetraba en Harlingen Hall, la víspera de Navidad.

Aquella noche de diciembre era obscura y tormentosa, pero un rayo de luz le daba la bienvenida desde una de las ventanas de la vieja casa de campo. Coulton, impecable en su traje de etiqueta sonrió afectuosamente cuando el mucamo introdujo a Bannerman.

— ¡Hola! Encantado de verte. Espero no habrás olvidado tu traje de disfraz.

Bannerman golpeó su valija.

— ¡Aquí está! — dijo, mientras se daban la mano. — Por lo visto soy el primero en llegar.

— No. Ya están aquí varios invitados. Están arriba cambiando sus trajes. Me pondré el mío cuando Vera venga a relevarme de mis deberes de dueño de casa — rió Coulton. Y dijo al mayordomo: — Acompañe al señor Bannerman a su cuarto, ¿quiere?

Pero Bannerman remoloneó algunos momentos. Había alcanzado a divisar el famoso espejo. Colgaba, tal como Coulton lo había descripto, en una pequeña alcoba, incrustado en la

(Continúa en la página 65)

La CABEZA del ZAR

Iliodor es una figura histórica. Antes de la guerra mundial fué un amigo íntimo, y por momentos confesor del zar y su familia. También fué en Tsaritsyn (ahora Stalingrado) superior de un monasterio que él había levantado. Su fogosa elocuencia, su liberalismo, tan excepcional en un sacerdote ruso, lo hicieron conocer en el mundo entero como el "Monje Loco", y en Rusia como el "Gran Blasfemador". Es un cosaco del Don, nacido en 1880. En 1905 tomó los hábi-



El zar y la zarina ataviados con sus vestimentas imperiales y luciendo las joyas tradicionales de la familia en ocasión de su solemne coronamiento

PARA empezar, les diré en qué circunstancias conocí al hombre que dió muerte al zar de todas las Rusias.

En 1906 era yo monje de la Rusia imperial, en un monasterio de Tsaritsyn. Era amigo de Rasputín y de Nicolás II, sirviendo al "padrecito" en calidad de confesor. En aquel año emprendí una jira de conferencias por las provincias meridionales. Increpaba al pueblo su sumisión a la "esclavitud", especialmente la que emanaba de los corrompidos gobernadores provinciales. Semejante tema era, en ese entonces, tachado de radical, aunque yo protestara de mi lealtad hacia un zar "democrático".

En aquel tiempo era conocido yo como "Iliodor, el Monje Loco", y mi influencia entre las masas era considerable.

LOS DOS ESTANDARTES

Una noche, en Rostov-sobre-Don, después de mi conferencia, un grupo de hombres me envió un mensaje por el que me pedían ser admitidos en mi presencia. Les sugerí que fueran más tarde a mi hotel, a lo que accedieron gustosos.

Eran cinco, encabezados por un joven alto y magro. Al aparecer me dispuse a impartirles la bendición. Pero el que parecía su jefe me detuvo.

— Somos revolucionarios — dijo. — No reconocemos a la Iglesia.

— Entonces, tratémonos como civiles — contesté yo, tendiéndoles la mano.

El jefe la estrechó en silencio. Noté que sus dedos eran largos, anchos y huesudos.

— Padre Iliodor — dijo, — ¿por qué predica usted ideas revolucionarias y al mismo tiempo defiende al zar?

A falta de una respuesta adecuada, le respondí:

— Porque esa es mi creencia.

— ¿En qué se diferencian nuestras ideas, entonces?

— Creo que ellas son idénticas— dije yo. — La diferencia está en que mi educación me puso bajo un estandarte en el que puede leerse: "Zar, Esperanza y Patria", mientras la educación que recibieron ustedes los ha puesto bajo un estandarte rojo con la inscripción: "¡Trabajadores del mundo, uníos!"

Me miró en silencio, y luego tuvo una amplia sonrisa.

— Padre — dijo al fin, — me alegro de haber conocido a Padre Iliodor, el revolucionario. Me alegro de que un monje esté al corriente de nuestro Evangelio.

Corrieron doce años, y vi mi carrera destruída por mis actividades políticas y por mi tardía, si bien amarga, oposición a ese antiguo amigo mío, Rasputín. Era un desterrado, venido de los Estados Unidos.

El zar había conocido idéntico destino. Era ahora prisionero de los rojos, y sobre él pesaba una terrible condena.

No bien arribé a Vladivostock, en el extremo oriental de Siberia, los rojos me detuvieron y telegrafiaron a Moscú pidiendo instrucciones. Las autoridades ordenaron que fuera puesto en libertad.

EL ZAR SE HA FUGADO

El 2 de mayo de 1918, a 300 verstas de Ekaterinburg, nuestro tren se detuvo repentinamente en una pequeña estación. Soldados rojos revisaron el tren. Sorprendido, pregunté al inspector qué sucedía.

Me miró de pies a cabeza.

— ¿Es usted el padre Iliodor?

— Sí.

Tuvo una ligera sonrisa.

— A usted se lo diré; pero recuerde que nadie más debe saberlo.

Asentí.

— ¡Los checoeslovacos avanzan hacia Ekaterinburg!

— ¿Y bien? — inquirí sin impresionarme.

— Recibimos un telegrama informándonos que el ex zar, al ser transferido de Tobolsk a Ekaterinburg...

Se detuvo.

— ¿Y bien?

— ¡Se ha fugado!

— ¿Y lo buscan en este tren?

— Usted lo ha dicho.

— ¡Pero si vamos a Ekaterinburg!

— Tal vez se piensa despistar así a sus perseguidores.

Y después de pronunciar estas palabras se alejó.

La posibilidad de que Nicolás II y yo pudiéramos hallarnos en el mismo tren me llenó de estupor. La idea me fascinó. Evoqué los días en que era bienvenido en la corte, cuando era confesor de Nicolás, de la zarina y de sus hijos; cuando Rasputín y yo éramos amigos inseparables...

El 3 de mayo, próximo ya nuestro tren de Ekaterinburg, encontré al monje Seraphim, quien me anunció que el zar y la zarina no



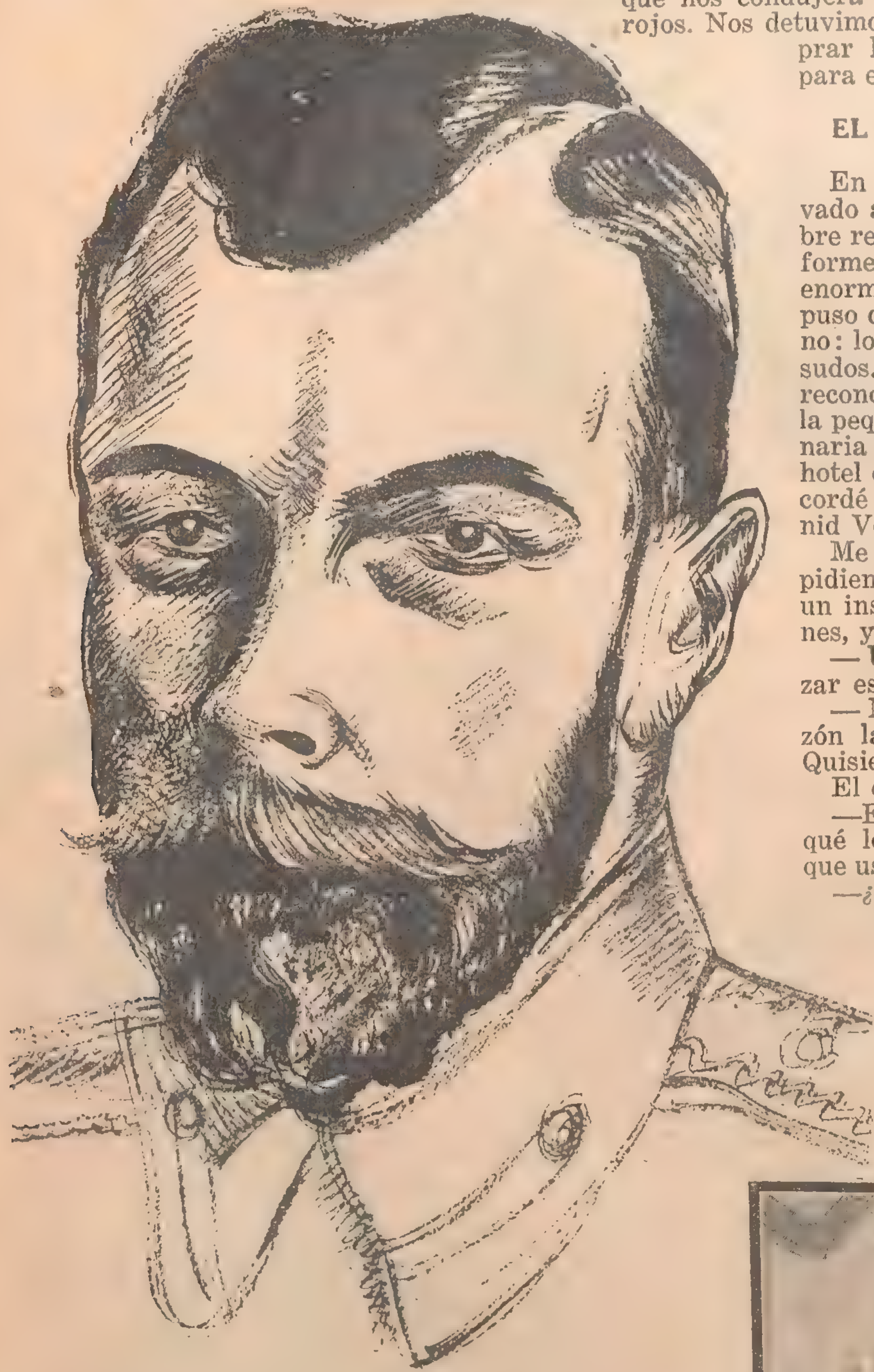
La familia imperial de Rusia en la época de su felicidad, cuando el zarevich contaba unos pocos meses de edad

en el KREMLIN

Cómo la vió ILIODOR, el "MONJE LOCO"

tos, y poco después, por intermedio de Rasputín, fué admitido en la corte y en el seno de la familia imperial. Más tarde, al descubrir la verdadera naturaleza de Rasputín, lo denunció, con el resultado de que fué exclaustrado, y en 1914 tuvo que huir para salvar su vida. Tras cuatro años pasados en Noruega y Estados Unidos, volvió a la Rusia soviética. En 1922 se dirigió nuevamente a los Estados Unidos, donde reside desde entonces, evocando su vida novelesca.

se habían fugado, y que habían sido llevados a esa ciudad sin mayores tropiezos. Al descender en la estación, me encontré cara a cara con Heonia Guseva, esa joven revolucionaria



La cabeza de Nicolás II, de cuyo trágico destino se habla en esta nota con pormenores muy interesantes.

que en enero de 1914 había atentado contra la vida de Rasputín. Me explicó que habitaba en Ekaterinburg desde la amnistía general, y que había casado con cierto Anatolio, miembro de la policía secreta, en la que ella misma desempeñaba importantes funciones.

— ¡Qué sorpresa este encuentro! ¿Verdad? — dije yo

— Para mí no es ninguna sorpresa — interrumpió la joven. — El camarada Voikov, el comandante rojo de la ciudad, me envió aquí para recibirlo.

— ¿Cómo?

— No se asuste. Desea verlo. Dice que lo conoció en otros tiempos.

Sorprendido como estaba, no podía olvidar, sin embargo, que el ex zar se hallaba probablemente en la ciudad. Al enterarme de que mi tren permanecería allí por lo menos diez horas, resolví satisfacer el deseo del enigmático Voikov, y por su intermedio ser puesto en presencia de Nicolás II.

Era Viernes Santo; la Pascua estaba próxima. Tomando mi valija, llamé a un igvoschik (cochero), a quien Guseva y yo ordenamos que nos condujera al cuartel general de los rojos. Nos detuvimos en el camino para comprar huevos y pan de Pascua para el ex zar.

EL ZAR Y LA ZARINA

En el cuartel general fuí llevado a la presencia de un hombre relativamente joven, de uniforme kaki, sentado ante un enorme escritorio. Al verme se puso de pie, tendiéndome la mano: los dedos eran largos y huesudos. Lo miré en el rostro y reconocí al instante al jefe de la pequeña delegación revolucionaria que fuera a verme a mi hotel de Restov el año 1906. Recordé también que se llama Leonid Voikov.

Me saludó cordialmente, despidiendo a Guseva. Hablamos un instante de recuerdos comunes, y luego me dijo:

— Usted no ignora que el ex zar está aquí, ¿verdad?

— No — contesté. Y mi corazón latió precipitadamente. — Quisiera verlo, si fuera posible.

El comandante se sonrió.

—Esa es la única razón por qué lo hice venir aquí. Quiero que usted lo vea.

—*¿Quiere* que lo vea? ¿Y por qué?

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Se lo explicaré en el trayecto. ¿Trae algún equipaje?

— Una valija.

La abrió, inspeccionándola detenidamente.



Esta curiosa fotografía presenta a la familia de los Romanov tomando el sol poco antes de su desaparición. Fué obtenida en Tobolsk, donde fueron internados en 1917. De izquierda a derecha se ve a las grandes duquesas Olga y Anastasia, al zar y al zarevich y a la gran duquesa Tatiana. Atrás, de pie, está la gran duquesa María. La zarina no aparece porque estaba enferma, en cama. Poco después fueron asesinados.



Esta es la habitación en que fué ultimada la familia imperial rusa, sin que se salvara ninguno de sus miembros. Afírmase que la pared quedó así destruída por los tiros de la soldadesca que la asesinó.

Al ver los huevos y el pan de Pascuas hizo una mueca, pero al fin me devolvió la valija sin hacer observaciones. Instantes después salimos a la calle y tomamos un coche.

— Además de mi placer de volver a verlo — me explicó Voikov — tenía otras razones para desear ponerlo frente a frente con el zar. Los blancos proyectaban apoderarse de él durante el viaje de Tobolsk aquí, pero logramos desbaratar sus planes, como sucedió con todos los de-

(Continúa en la página 57)

ELIJA SU DISFRAZ para este



1. — Bonito disfraz de conejo, para niños. La chaquetita es de terciopelo azul claro, con un borde de piel; en la cabeza un gorro figurando una cabeza de este animal; la blusa es de voile.

2. — Una niña quedará encantadora con este disfraz de rusa. El pañuelo que lleva en la cabeza es de seda opaca negra, con vistosos bordados. El traje, que es de tela gruesa de algodón, está adornado con tiras de diversos colores; las grandes mangas son de organdí bordado.

3. — Llamativo traje de fantasía; es de terciopelo violeta y naranja. En la cabeza un hermoso tocado de plumas, con un adorno igual en los hombros.

4. — Delicioso vestido para niñas, confeccionado en organdí amarillo y adornado de voladitos plissé. En la pollera lleva medallones formados por los volados y en el centro un ramo de flores multicolores, de paño. Las mangas y el cinturón están formados por grandes moños de terciopelo, que puede ser azul claro.

5. — Traje de fantasía. La bata y pollera de crepe de Chine, color celeste; debajo lleva un pequeño pantalón, formado de volados de gasa, en celeste y rosa.

CARNAVAL



6. — Elegante vestido para jovencita. La bata, el moño de la cintura y los guantes son de terciopelo color cereza. La pollera, muy amplia, es de tul más claro. La torzada, que forma un turbante, puede ser de terciopelo blanco, cereza y rosa.

7. — Traje para niñas, de deshollinador; es de satin de seda negro, sobre el pantalón lleva caras recortadas en género y aplicadas. No puede ser más original.

8. — Cuidadores de aves. Pantalón de hilo, color rojo obscuro; se continúa adelante en una pechera; está remendado con recortes llamativos. La blusa es de linón celeste. El sombrero de paja rubia.

9. — Traje de "Rodolfo"; pantalón de seda amarillo cruzado en forma de cuadros por pequeñas cintas de terciopelo negro. La chaqueta es de terciopelo.

10. — Gracioso disfraz de chinito. El traje es vistoso y llamativo, y está adornado de recortes y bordados; las sandalias son de cuero. Es de fácil confección.

11 y 12. — Trajes de campesinos rusos. El lleva un amplio y corto pantalón a rayas claras. Una levita verde y solapas obscuras. Ella un cuello y puños plegados finamente. La pollera forma tres volados de colores y con estampados diferentes.

13. — Traje de veneciana. Lujoso traje confeccionado en terciopelo azul, aplicaciones y bordados en oro; la pollera de raso rosa. La mantilla es de encaje negro.

14. — Traje de Welsh Girl; capa de terciopelo negro. La túnica y blusa de terciopelo negro. El delantal y fichú de algodón a cuadros, color tabaco claro.

15. — Muy sentador es este traje de fantasía. Está confeccionado de seda o raso muy brillante, color verde. El volado, dispuesto en forma de espiral, está sostenido con grandes rosas de terciopelo. En la cabeza, sencillo tocado de flores.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

ALBERTINA. — El pan de maíz se prepara de la manera siguiente: se mezclan dos tazas de harina de maíz con una cucharadita y media de sal y otra de bicarbonato de soda, luego se agregan dos tazas de leche cuajada, 2 cucharadas grandes de manteca, 2 de miel y 2 huevos batidos. Se coloca el pan formado en una lata y se pone al horno dejándoselo a un buen calor, que no debe ser excesivo, durante 30 minutos o hasta cuando se advierta que el pan está a punto.

EL MARQUÉS DE NOFUENTES. — No existe una heráldica argentina, puesto que los títulos de nobleza fueron constitucionalmente abolidos. Escriba a un miembro de esa familia.


Julio A. Roca

SANSON. — Don Julio A. Roca tuvo numerosos ministros del interior en su primera presidencia. Ellos fueron, por su orden: Antonio del Viso, Bernardo de Yrigoyen, Benjamín Paz, Francisco J. Ortiz (interino), Isaac M. Chavarría.

JUAN GARAY. COSQUIN. CORDOBA. — Diríjase usted a la Escuela de Suboficiales. Campo de Mayo. Segunda División del Ejército.

EL VENEZOLANO. — La Constitución argentina, en sus declaraciones, derechos y garantías establece que: "En todo el territorio de la Nación no habrá más aduanas que las nacionales, en las cuales regirán las tarifas que sancione el Congreso." De acuerdo, pues, con este criterio, las tarifas aduaneras deben en todo caso y en todo momento ser sancionadas por el Congreso, pues la Constitución no puede ser más terminante al respecto.

GRACIAS. VALLE HERMOSO. CORDOBA. — Ha ganado usted la discusión: en nuestro país no hay ni hubo ocapis (okapia johnstoni), pues este mamífero, de aspecto tan raro, vive en el Congo belga. Ha sido comparado por los naturalistas, y de acuerdo con su organización, a las jirafas, teniendo como las cebras las patas listadas. El macho posee un pequeño par de cuernos.

LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". CASEROS, F. C. P. — Lo mejor para limpiarse los dientes es jabonarlos primero con un cepillito y restregarlos después con la conocida fórmula de creta mentolada. Esa operación, repetida a la mañana y después de cada comida, terminará por dejarlos en perfecto estado en breve término de tiempo.



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

ANGEL B. H. GUIDO. — Lea "La Municipalidad Colonial" de Garretón, obra que podrá usted consultar en la Biblioteca Nacional, y "La Ciudad Indiana" de Juan Agustín García. Puede hojear también la "Historia Colonial" de Quesada. 2° Según el mismo Agustín García (opinión que tiene sus fuentes en los archivos e investigaciones serias) "La planta de la ciudad (Buenos Aires) fué repartida en cuartos de manzana, en el centro; en lotes de una cuadra, en las afueras; es decir, a quinientas o seiscientas varas de la plaza por el oeste y más o menos el doble por el sur y el norte. La población se agrupa alrededor del fuerte, clareando a medida que se aleja de ese punto de defensa y amparo. Sus progresos fueron lentos durante el siglo XVII, más notables en el XVIII. En 1744 tiene 11.220 habitantes; 22.000 en 1770; 24.754 en 1778; 40.000 en 1801."

EMPLEADO. — Sus patrones deben descontarle a usted el importe total de los impuestos a su sueldo sin entrar a considerar si es usted casado, si tiene hijos o personas a su cuidado o mantención. Debe usted en cambio reclamar en la oficina central de Impuestos a los Réditos, Avenida de Mayo y Salta.

BUSCAVIDAS. — Puede usted seguir esa carrera de calígrafo público. Las condiciones de ingreso son poseer uno de los siguientes títulos: perito mercantil, bachiller, maestro normal o graduado en la Escuela Industrial de la Nación. Además deberá llenar los siguientes requisitos: ser mayor de edad, una información policial sobre su moralidad y buenas costumbres, y, si es extranjero, demostrar que hace por lo menos dos años que reside en el país.

PIBE DE CUARTA. — Escríbale a ese jugador a cargo del club cuyos colores defiende.

DEPOSITANTE. — El Código de Comercio establece que, en caso de falsificación de un cheque, el banco sufrirá las consecuencias:

1° Si la firma del librador es visiblemente falsificada. 2° Si el cheque tiene enmendaturas. 3° Si el cheque no es de los entregados al librador, para que pueda girar con ellos. Las enmendaturas a que se refiere el inciso 2° son: "adulterado, raspado, interlineado o borrado en su fecha, número de orden, cantidad, especie de moneda, nombre del tenedor, firma del librador o le faltare cualquiera de sus requisitos esenciales".

CURIOSO. — El Jurado Municipal de Literatura está integrado por siete miembros. Tenemos entendido que en caso de algún empate de los irreducibles, el intendente municipal está facultado para dirimir el pleito, desempatando.

LECTORA DE "MUNDO ARGENTINO". JUNIN. — El acorazado Garibaldi fué adquirido por el gobierno argentino en el año 1897. El San Martín y el Belgrano se mandaron construir en astilleros italianos, pero no se compraron ya construídos.

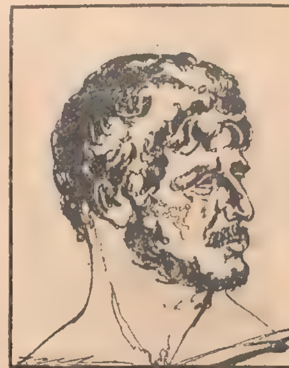
CHACARERO DE LUJAN. — Fácilmente, si tiene paciencia, podrá librar a esos perros de la garrapata. Obsérvelos bien, y si los parásitos son pocos puede sacarlos uno a uno. En caso contrario y si aparecen acompañados de otros, como frecuentemente ocurre, déles un baño con un macerato de tabaco en aguarrás.


Henry George

ECONOMISTA INCIPIENTE. — La teoría del impuesto único es del economista norteamericano Henry George, y consiste en la supresión de todos los tributos, excepto un único impuesto establecido sobre el valor de la tierra, independientemente del valor de las mejoras en ella o sobre ella.

EL ARTE DE CONTESTAR

ANIBAL. BALCARCE. — El color del cuerpo de los animales vertebrados tiende a confundirse, con frecuencia, con el de los objetos que los rodean o el paisaje de la zona que habitan. Respecto a las manchas que forman parte de la coloración, Lozano Rey en su tratado de los animales vertebrados, dice: "En otros casos las manchas, por ser semejantes de tamaño y de forma y por estar más o menos homogéneamente repartidas, dan lugar a tipos ornamentales de una cierta regularidad, como pasa con ciertas gallinas llamadas pintadas (numida cornuta) cuyo cuerpo está finamente moteado de blanco. Un caso particular es el ofrecido por las jirafas (jiraffa reticulata), donde las manchas, por ser poligonales y extensas y por estar muy juntas, dejan únicamente entre sí espacios estrechos que forman una especie de retículo de mallas anchas. También puede ocurrir que las manchas consten de una porción interna más o menos clara y de una parte periférica circular o subcircular obscura, continua o formada por una serie de motitas. Estas manchas reciben el nombre de ocelos y son bastante frecuentes en los vertebrados terrestres, como en el largo común (lacerta ocellata), en la cola del pavo real (pavo ceistatus) que los presenta preciosos, y en el jaguar (panthera onca) donde son más amplios y perfectos que los de la pantera común."


Séneca

MAESTRA. LA BANDA. SANTIAGO DEL ESTERO. Esa frase. "La placidez verdadera es aquella que la razón nos procura", es de Séneca y figura en sus "Epístolas". No vemos ningún inconveniente en que ella figure en los próximos cursos en el pizarrón de sexto grado.

ADMIRADORA DE LA FE. — En cualquier texto de historia de la Edad Media podrá usted constatar la importancia de las Cruzadas en sus efectos. Como consecuencia de las mismas, hubo en toda Europa un resurgimiento filosófico, científico, artístico y de bienes tanto materiales como espirituales. "El contacto con los pueblos orientales — dice un historiador — muy civilizados en muchos aspectos, y la apertura de nuevas vías para el comercio, dieron lugar a un rápido progreso y a nuevas concepciones de la vida." "También las actividades científicas alcanzaron un gran desarrollo — prosigue. — Al lado de un piadoso entusiasmo, de un ardiente misticismo y de un sometimiento absoluto a la Iglesia, se presentan también el escepticismo y la herejía. Por excitaciones de Bernardo de Clairvaux fué condenado Abelardo, profesor de París, por un concilio reunido en Sens en 1150."

ALUMNO DEL COLEGIO NACIONAL MANUEL BELGRANO.— Se ha escrito mucho acerca del régimen de los jesuítas en sus célebres misiones. La lectura de "El imperio jesuítico" de Lugones puede hacerla usted, aunque ese libro vale más por su valor literario y por las descripciones geográficas del territorio que por su versación histórica o su amplitud filosófica para juzgar el régimen jesuítico y sus resultados. Las fuentes de información del autor no son notoriamente excelentes, y después de publicado el libro han aparecido documentos y probanzas que destruyen virtualmente muchas de sus afirmaciones. Esto no significa, por cierto, un juicio sobre la obra, sino una guía acerca del carácter de su lectura, o, mejor dicho, del criterio que debe regir la misma.

DUDOSO. PERGAMINO. F. C. C. A. — Puede usted escribir al Colegio Militar, San Martín, que de allí le enviarán informes.

INGLESITO. — Drake, aquel célebre marino inglés tenido por muchos por un filibustero (y que, en realidad, lo era), fué el segundo que dió la vuelta al mundo.

ALBERTO Y MARIA. — No hay necesidad alguna de que la reputación de esa niña sufra mermas en el concepto de los demás por un simple prurito de "liberalidad en las costumbres", aunque esa liberalidad no pase de ingenuas actitudes. No solamente hay que ser honesta, sino también parecerlo. Eso es, por lo menos, un concepto aceptado por la sociedad y que no puede eludirse, pues el ser humano ha creado el mismo estado de cosas de que suele quejarse. 2º Corresponde que usted hable lisa y llanamente a los padres de esa persona y formalice su situación.

B. J. H. — No damos direcciones privadas. Lamentamos no poder acceder, pues, a su pedido.

La cabeza del zar

(Continuación de la página 53)

más. Nunca podrán triunfar. Nunca. Siguió diciendo, con creciente excitación: — ¡Los Romanov no saldrán vivos de aquí!

— ¿Qué quiere usted decir, camarada Voikov?

— Aun los mismos blancos comprenden ahora que nunca podrán rescatarlos. Y se disponen, por lo tanto, a poner en el trono a un impostor en su lugar. Lo sé positivamente. Pero fracasarán también esta vez.

— ¿Cuáles son sus planes? — inquirí con curiosidad.

— He ideado un ardid que acabará de una vez por todas con tales intentos. Usted conoció al zar íntimamente. Su afirmación de que lo reconoció será valiosa. — Sus ojos parecían querer traspasarme. — Esa es parte de mi plan.

— ¿Y el resto?

— Es un secreto que no puedo revelar ni siquiera a usted.

Durante lo que faltaba del viaje me habló de otros temas. Nos detuvimos, por fin, ante un edificio de maciza apariencia y que había sido en otros tiempos una residencia privada. Altísimos cercos de madera lo rodeaban.

Algunos soldados rojos vinieron a nuestro encuentro. Vimos a otros en los patios, y a otros más de facción al pie de la escalera. Ya en el piso superior, fuimos introducidos en un cuarto de extraordinarias proporciones. Veíanse diseminados por el suelo y apoyados a las paredes numerosos baúles, valijas y otros utensilios de viaje, que indicaban una llegada muy reciente..., ¡o una partida inminente!

Un soldado rojo vino a nuestra zaga, llevando mi valija.

Instantes después me hallé ante el zar y la zarina, sólo con ellos. No me reconocieron y me miraron con aire interrogativo. Era de esperarse. Sin sotana, sin barba, era yo otro hombre del que habían conocido. Hasta mi voz, perdidas las entonaciones de largas letanías, había cambiado de timbre.

Pero, por último, el rostro de la zarina se iluminó. Dirigiéndose a su esposo, le dijo:

— Es el padre Iliodor.

El zar me miró intensamente.

— Me alegro de verlo, padre Iliodor.

— Y yo de verlo a usted, camarada Romanov.

Me incliné ante la zarina, que contestó con una sonrisa. Estaba tejiendo. En cuanto a Nicolás, de pie ante un caballete, dibujaba. No daban ninguna señal de nerviosidad ni de cansancio después de las penosas humillaciones a que se habían visto sometidos.

Abrí mi valija, colocando los huevos y el pan de Pascuas sobre la mesa.

— Esto les hará recordar nuestra vieja costumbre rusa — les dije.

— ¡Qué amabilidad la suya! — exclamó la zarina con tono agradecido. — ¿Qué haremos con todo eso?

— Tal vez puedan compartirlo con sus hijos cuando lleguen de Tobolsk — sugerí.

Reinó un penoso silencio.

Cuando me disponía a irme, el ex zar dió unos pasos y me tomó la mano. Alexandra Feodorovna, por su parte, se limitó a hacer una pequeña inclinación de cabeza. Seguidamente abandoné el cuarto.

Ya en el coche, Voikov me preguntó:

— ¿Los ha reconocido?

— Naturalmente.

— ¿Juraría que son los verdaderos Romanov?

— Sí.

Al día siguiente proseguí mi viaje. El 11 de mayo llegué a Tsaritsyn, y poco después supe que la familia imperial había sido ejecutada. Recordé al instante las siniestras palabras del camarada Voikov: "Los Romanov no saldrán vivos de aquí."

Meses más tarde me encontré con Heonia Guseva en una calle de Tsaritsyn. Nuestra sorpresa fué intensa. Por mi parte, noté, estupefacto, la trasformación que se había operado en su apariencia: en lugar de la criatura vivaz y alegre que conociera, tenía ante mí a una mujer prematuramente envejecida. Profundas arrugas surcaban su rostro y sus ojos tenían un extraño fulgor.

CÓMO MURIERON LOS ROMANOV

— ¡Camarada Guseva! — exclamé. — ¿Qué le ha sucedido?

— Vengo de Moscú — contestó.

— ¿Y qué fué a hacer allá?

— Fuí a reunirme con el camarada Voikov.

— Supongo que el viaje le habrá resultado agradable.

— ¡Fué espantoso! — dijo en voz baja, mirándome con ojos extraviados.

— ¿Qué quiere usted decir, Heonia?

— No puedo decirle nada, padre Iliodor.

Al comprender que sus palabras me habían ofendido, añadió con esfuerzo:

— Cuando los checoeslovacos se acercaban a Ekaterinburg, el comité ejecutivo del distrito resolvió poner en ejecución el plan del camarada Voikov. En consecuencia..., la familia imperial... fué ultimada.

— ¿Y entonces?

— Fuí a Moscú, y, siempre de acuerdo al plan, me encontré allí con el camarada Voikov. Luego volvimos juntos.

— ¿Y por qué tuvo que ir a Moscú?

— Para completar el plan.

— ¿En qué consistía?

Bajó la vista.

— No puedo decirlo..., ni siquiera a usted.

Sentí en todo mi cuerpo un ligero estremecimiento: "Ni siquiera a usted..."

Las mismas palabras que había usado Voikov.

— ¿Presenció la ejecución?

— No. Pero mi marido sí.

— ¿Cómo murió el padrecito?

— Anatolio dice que parecía estupefacto... hasta el último momento.

Llevada por un extraño impulso, me describió entonces toda la escena, con tal lujo de detalles, que aún hoy, transcurridos ya tantos años, creo ver la elevada silueta de Voikov en la habitación tenuamente iluminada de la cárcel; creo oírlo cuando ordenó que el zar depuesto y su familia fueran llevados a su presencia. Cumplida la orden, fueron alineados contra la pared, y entonces Voikov leyó en voz alta la sentencia de muerte, mientras los ojos azules de Nicolás II parpadeaban sin cesar.

Pero apenas había leído unas cuantas frases cuando otro comisario, arrancándole la hoja de las manos, dijo a Voikov:

— ¡Basta de formalidades! ¡A matarlos! Cuanto antes, mejor.

El ex zar tuvo un violento sobresalto y miró a Voikov con extravío, mientras daba unos pasos hacia él. Voikov sacó entonces su revólver, apuntó e hizo fuego. Nicolás II se desplomó al suelo; el proyectil le había penetrado por el ojo izquierdo, perforrándole el cerebro. En seguida se oyeron otros disparos, y los demás miembros de la familia cayeron bajo las balas.

Miré a Guseva. Hizo una pausa, rehuyendo mis ojos.

— ¡Sus cuerpos fueron quemados! — exclamó de pronto, y dando media vuelta se alejó precipitadamente.

No he vuelto a verla.

Pero vi, en cambio, a su marido,

(Continúa en la página 60)

No basta delinquir, no basta tampoco sentir la necesidad imperiosa de cometer un delito; para hacer...

El LADRON

... es también necesario saber serlo, y que no medien circunstancias imprevistas que obliguen al individuo a torcer la carrera.

A paso prudente y silencioso Prochard subió la escalera a medianoche.

Estaba seguro que la casa se encontraba totalmente sola, pero era más prudente evitar los ruidos, no fuera que con ellos pudiera despertar algún perro de la vecindad, y éste alarmar al barrio entero.

Por las mismas razones de prudencia había renunciado también a llevar una linterna de mano. La luz de la luna le ayudaba, la noche era totalmente clara. Y una vez en las habitaciones ya sus ojos, acostumbrados a la poca luz, verían claro; además, conocía la casa perfectamente y la ubicación de los muebles.

Silencioso e invisible, subía con paso tan sutil, que el tic-tac del reloj hacía más ruido que él.

Pero a pesar de todas las seguridades y de todas las precauciones, estaba emocionado y tembloroso; ¡era su debut como ladrón!

El pobre Prochard había ensayado muchos oficios.

Había sido empleado de gobierno, luego despachante en una casa de comercio, modelo de pintores, ya que era bello y arrogante; artista de una compañía ambulante, y, por último, mozo de café. No había permanecido nunca largo tiempo en ninguno de sus oficios. Poseía una pereza innata, invencible; como actor, no podía aprender su rol; al empleo llegó siempre tarde y fué despedido; como modelo le fatigaba y le aburría la pose violenta y ridícula que el artista le imponía. Como mozo de café fué otro fracaso, se quedaba dormido en cualquier rincón, y fatalmente los clientes se iban sin pagar.

Sin trabajo, y después de tres días sin cama, sin pan, helado de frío y errando por las afueras de la ciudad, se había decidido a dar el golpe.

Conocía perfectamente la casa y las costumbres de la propietaria. Siendo mozo del restaurante había concurrido durante todo un invierno a llevarle a la vecina la comida cuando carecía de cocinera. Muchas veces en el restaurante le sirvió el almuerzo mientras ella charlaba con los invitados; de manera que sabía muy bien todos los secretos de la viuda Vandiere.

Era una rentista cuya fortuna directa le permitía muchos lujos: casa propia bien amueblada, auto y pieles. Si vivía en las afueras de París era sólo porque amaba el silencio y tenía placer en poseer un jardín y un gallinero bien nutrido.

Era joven aún, tenía cuarenta y cinco o cincuenta años; gruesa, bella y morena, resplandecía salud.

Con mucha frecuencia se quejaba de su soledad.

Los viernes se iba a París a pasar el día, y para no regresar en la noche, se quedaba a comer y a dormir en casa de su hijo único, casado ya.

Como el servicio dormía a cierta distancia del chalet, en las piezas que formaban el garage y el lavadero, Prochard estaba seguro de que nadie le molestaría.

Nunca él pensó en semejante mala acción: robar.

Siempre había tenido más o menos con qué





CUENTO

Por

MIGUEL CORDAY

cubrir sus necesidades, pero desde la última primavera estaba sin trabajo, y ya se habían agotado todos sus recursos.

Esa noche estaba verdaderamente triste. Tenía hambre y frío, y no pudo dejar de pensar en la casa coqueta y cálida de la viuda. ¡La casa sola!... Recordó todas las conversaciones con el patrón, mientras él le servía la mesa. Sabía el sitio donde guardaba las alhajas y el dinero: en una caja secreta, que muchas veces abrió delante de él para abonar sus cuentas. Era en el gran ropero de espejo, que estaba en el dormitorio, en el piso alto. Recordaba haber visto la pila de camisas bordadas de la viuda, la lencería perfumada y apilada prolijamente.

Y sabía la casa sola, esa noche...; era verdaderamente tentadora la ocasión y apremiante la necesidad.

Robar a la viuda un poco de su fortuna, quitarle un pequeño bienestar para lograr él un tiempo de vida cómoda y tranquila; esta idea le producía una alegría casi infantil, pero todo esto porque la casa estaba sola. De no estarlo, no hubiera entrado jamás; él no quería ser un ladrón profesional, o sorprendido y arrestado, y mucho menos matar por robar..., ¡no, eso jamás!

Llegó al piso alto. La puerta del dormitorio estaba cerrada, mas sólo con el picaporte; la empujó. La luna entraba por los cristales ya que las celosías habían quedado abiertas.

Contra el muro del fondo, en plena luz, el gran ropero de espejo reflejó su imagen.

Se miró. Vió que en realidad él no tenía el clásico y siniestro aspecto de un ladrón. La experiencia de la vida le había enseñado a tener una "tenue" correcta, a caminar erguido y a levantar la frente; además sentía una profunda satisfacción de sus certificados intachables y del pasaporte que lo acreditaba como hombre honrado.

A todo precio él había mantenido esa "tenue" correcta; aun muriéndose de hambre, llevaba sombrero melón, cuello almidonado y sobretodo.

¡Por fin se acercaba al robo! Ahí estaba su tranquilidad, tal vez su porvenir; ¡la miseria vencida con sólo estirar un brazo!

De pronto la realidad lo paralizó. Algo allí, en el rincón más sombrío se había movido. La mirada se hizo más aguda; pudo descubrir el lecho, y era de él justamente que el movimiento había partido. ¿Quién podría ser?...

No tuvo ni el tiempo de reflexionar; de un salto brusco una forma blanca se había levantado de entre las sábanas, y una voz estrangulada, temerosa y rápida había preguntado:

—¿Quién va?...

¡La viuda de Vandiere, ella misma en persona!

No se había ido a París ese viernes.

Se quedó perplejo, arrinconado, calculando su terrible perjuicio. La culpa, la delación, la policía, la cárcel...

¿Matarla? ¿Estrangularla?... No, él ya se había jurado antes de entrar que no sería un vulgar asesino.

¿Qué hacer?

Y desde el fondo de su angustia extrema una idea salvadora nació. Y dijo en voz baja:

—Señora, soy yo, Prochard. No me tenga miedo.

La veía mejor bajo el claro de la luna, en la semiobscuridad, erguida en la cama, con el cabello en desorden, los ojos espantados, bella, muy bella en su camisa de seda y en su confortable lecho bajo el rico edredón de plumas. Aturdida, le había preguntado:

—Pero, ¿qué hace usted aquí? ¿Para qué ha venido? ¿Por qué ha hecho usted esto?...

Se adelantó, se acercó al lecho, y jugándose el todo por el todo, dijo:

—Escúcheme, señora. Yo no me atrevía..., yo no quería..., pero, en fin..., estoy enamorado de usted. Enamorado como un loco, como un desgraciado desde hace tanto tiempo...

Y como ella callase, azorada de estupor, siguió él improvisando declaraciones y detalles. Le sirvieron las antiguas reminiscencias de sus roles de artista: el galán joven volvió a recitar el amor teatral.

La presencia de la mujer hermosa, la habitación tibia, el perfume que allí se aspiraba, excitaron su imaginación, y la palabra fué fácil y ardiente.

Tenía un semblante implorante, emocionado; estaba temblando de miedo..., pero ella creyó que era de amor.

Y a media voz dijo:

—Pero, ¿por qué entra así en la noche..., en vez de aprovechar las horas del día?

Él entrevió una esperanza, y con ánimo repuso con más entusiasmo:

—Es que tuve miedo a la luz franca del día..., pensé que usted no me atendería; recordé sus criados que no me hubieran permitido llegar hasta usted... Soy, al fin, un pobre hombre... Y he querido entrar a esta hora, justamente para obligarla a que me escuche..., para forzarla a que me escuche...

—¡Pero usted se ha expuesto a que yo lo mate!... ¡Aquí está sobre el velador, el revólver!

Dejó ella caer entre sus manos su cabeza anonadada; él aprovechó la ocasión y cayendo de rodillas besó sus manos y dijo:

—¡Qué importa la muerte!

Dos manos suaves tomaron la cabeza del improvisado ladrón, mientras que acercándose a él, la viuda murmuraba:

—¡Mi dulce, mi pequeño!

La viuda de Vandiere, es hoy la señora de Prochard.

Es dichosa. Su marido es un buen administrador, es un hombre feliz. Lleno de recuerdos de su vida azarosa, prodiga a su esposa la ternura propia de las almas agradecidas.

Es el más honesto de los hombres y el caballero más perfecto.

FIN

CARTAS DE UN ARGENTINO QUE SE ENOJA

UN INCURABLE VICIO DE LOS ARGENTINOS

Señor Director:

Alguien que leyó mi carta anterior conviene conmigo en que el gobierno debe impedir que los comerciantes inmorales continúen encareciendo los productos argentinos, aprovechándose de la forzosa suba experimentada por los artículos extranjeros a raíz de la desvalorización del peso moneda nacional. Pero, en su concepto, la culpa es principalmente del público, cuyo incurable snobismo le hace preferir siempre las cosas extranjeras. "¿Cree usted, amigo — me dice mi lector, — que los vendedores de juguetes, que usted coloca entre los comerciantes desvergonzados, lograrían dar salida a la mercadería argentina si declarasen su verdadera procedencia? Es realmente lamentable el desprecio que hacia la industria nacional siente aquí todavía el público. ¿Qué no podría decirse, en tal sentido, con respecto a las prendas de vestir y a los artículos alimenticios? Padeceremos todas las crisis imaginables, pero siempre, cualquiera sea nuestra situación, estaremos dispuestos a pagar un peso más por lo que viene de Europa."

Tiene mucha razón mi desconocido corresponsal, señor Director. Y créame que el asunto me provoca más de un disgusto. Anoche, por ejemplo, comía en un restaurante y me enojé con el mozo porque quiso hacerme pasar por valencianos unos deliciosos melones sanjuaninos. El creía con eso consultar mis gustos, y se quedó muy azorado cuando le dije, con una vehemencia que a muchos resultará inadecuada para esta clase de asuntos, que los melones de San Juan son, sin disputa, los mejores del mundo.

Nuestra manía extranjerizante, señor Director, está resultando ya un mal incurable, un vicio recalcitrante, una epidemia peor que la lepra y el paludismo. Viene de lejos, de muy lejos; de la época en que la sociedad porteña, libre el puerto de Buenos Aires del monopolio español, empezó a civilizarse. Su síntoma más reciente es el auge de las "boites", torpe remedo de una pintoresca costumbre parisiense. No procederíamos con justicia sino reconociéramos que esa incurable manía extranjerizante es otra de las tantas perniciosas costumbres que le debemos a nuestra frívola e inconsecuente aristocracia. A esa misma aristocracia que, no contenta con hacerse los trajes en Londres y veranear en las playas de Francia, ha resuelto ahora importar también sus sentimientos nacionalistas de Europa. Yo, que trato en todo de ajustarme a la realidad, no podría declarar con sinceridad, como declaran algunos propagandistas excesivos, que nuestra industria no tiene nada que envidiarle a la industria extranjera. Pero creo firmemente que nuestra industria, tan bien representada en el actual certamen de la Rural, es muy superior, pero muy superior, a lo que los consumidores sospechan. Quizá le falte para completar el último período de su evolución un poco de estímulo del público, obstinado por torpe afán de imitación en desconocerla. Quizá necesite un cambio de frente de la aristocracia argentina, hasta ahora su enemiga implacable. Tal vez le baste nada más que un poco de buena información por parte de unos y otros; un conocimiento mejor de su capacidad cuantitativa y cualitativa. Los comerciantes deben ser los primeros que emprendan esta indispensable campaña reivindicatoria, que es en el fondo sólo una campaña de divulgación, no ocultando al cliente, con el propósito de sacarle unos pesos más, la verdadera procedencia de los artículos que le ofrece. Y deben, además, ponerle de relieve las cualidades de tales artículos, desvirtuando categóricamente, con ejemplos convincentes, las falsas leyendas que andan por ahí para desprestigiar a nuestra industria. Yo creo, señor Director, que la industria argentina puede imponerse definitivamente sin otra ayuda que la de la verdad. Sus propagandistas excesivos la perjudican casi tanto como sus tradicionales detractores.

Argentino D. Vera

La cabeza del zar

(Continuación de la página 57)

Anatolio, no sólo confirmó las palabras de Guseva, sino que me dió pormenores, que ya no pude dudar de que él había presenciado la ejecución.

Meses más tarde, en Moscú, mientras esperaba ser recibido por el camarada Kalinin en el Kremlín, trabé amistad con S. Era un hombre de aspecto repulsivo, con ojos desmesuradamente grandes. En nuestras primeras conversaciones nos limitamos a discutir los problemas de nuestras respectivas familias. Con el correr de los días, cuando le expuse mis ideas sobre el nuevo régimen imperante en Rusia, pareció alegrarse y me habló, a partir de entonces, sin reticencias.

EL MIEDO AL IMPOSTOR

Al entrar yo en la sala de espera, él, sentado ante un pequeño escritorio, alzaba la vista, y una vez terminada su tarea empezábamos a charlar. Hablábamos de los "blancos", de la suerte de Nicolás II y de los impostores que podrían hacerse pasar por el ex zar.

—Ningún impostor podrá ya engañar al pueblo — dijo S. enfáticamente. Los Romanov están bien muertos.

El tono con que pronunció estas palabras me hizo estremecer. ¿Qué terrible secreto podía infundir a esos hombres semejante seguridad? ¿Acaso el ex zar estaba vivo — o semivivo — o lo habían enloquecido deliberadamente, conservándolo como prueba irrefutable contra los impostores?

No pedí a S. que me revelara el enigma. En cambio, insistí en que tal vez, después de todo, su afirmación no se apoyaba en ninguna base firme. Y seguimos discutiendo. Pero él insistía siempre que ahora ya no podría haber impostor en Rusia. Y cuanto más insistía, más excitado se volvía.

El 16 de abril de 1919 concurrí, como de costumbre, al Kremlín para hablar con el camarada Kalinin. Y, como de costumbre, me contestaron que nada se había resuelto aún sobre el caso que me traía allí, y que Kalinin estaba muy ocupado.

S. y yo reanudamos nuestra discusión. Al cabo de un instante el tema me absorbió por entero, y dije:

— Usted está aquí en Moscú, a centenares de millas de la verdadera población rusa, e ignora, por lo tanto, lo que sucede allí. Yo, en cambio, acabo de volver de una jira por esas regiones y he visto y oído muchas cosas. ¿Sabe usted que en todas partes corre el rumor de que Nicolás II está vivo, reside en Alemania y entrega un rublo a cada soldado que regresa al país? ¿Sabe usted que en las regiones de los montes Urales, en Siberia, a lo largo del Volga, el pueblo está persuadido de que el zar no ha muerto?

— Pero, camarada Trufanoff, nada ignoro de lo que usted me dice...

— ¿Sabe usted — interrumpí con ímpetu — que en todos lados aparecen carteles como por arte de magia, anunciando el inminente regreso del ex zar para ponerse a la cabeza de su regimiento?

S. me miró un instante. Sus grandes ojos azules brillaban extrañamente. Se puso de pie, dirigiéndose a un gabinete contiguo a la sala de espera. Al volver, noté que llevaba en la mano un manojo de llaves.

— Sígame — me dijo.

LA REVELACION

Obedecí, creyendo que me llevaría en presencia del camarada Kalinin. En cambio, tomó por la izquierda y caminamos un largo rato. Por fin se detuvo, abrió una puerta y me hizo entrar en una pequeña habitación. Sobre una mesa podían verse baúles, valijas y otros utensilios de viaje de todas formas y tamaños. Recordé haberlos visto antes. De repente comprendí: ¡era el equipaje de la familia imperial!

Estupefacto, no reparé en que el cuarto era casi cuadrado, tenía dos ventanas y que había otra puerta que debía conducir a una pieza contigua. Junto a esa puerta pude ver dos cortinas. En ese instante S. descorrió una de las cortinas y todo cesó de existir para mí, excepto lo que veían mis ojos.

Era una cabeza humana en una gran campana de cristal, y su ojo izquierdo, perforado por una bala, era horrible. ¡La cabeza del ex zar Nicolás II!

Entonces, como en un relámpago, comprendí todo: las reticencias de Voikov, las palabras de Guseva. En suma, el misterioso plan del comisario rojo de Ekaterinburg.

S. dejó caer la cortina. Lo seguí en silencio.

Han corrido catorce años desde el día que vi la cabeza del último zar de Rusia en su campana de cristal. ¿Está todavía allí? ¿O se sienten los soviets tan seguros de su fuerza, que ya no temen a los impostores y dispusieron de la cabeza en consecuencia? Lo ignoro, acaso S., que aún colabora con el gobierno rojo, pueda decirlo. Indudablemente, hay otros también, entre ellos Anatolio, que aún vive. Voikov fué asesinado años atrás por un realista, al saberse que él era quien había ultimado al zar, y Heonia ha muerto también.

En los últimos meses de su vida, víctima de una extraña locura, solía encaramarse a las rejas para arengar a los que querían escucharla. Entre otras cosas, narraba con palabras incoherentes a la mutiltitud reunida una curiosa historia acerca del ex zar:

— ¡Yo llevé la cabeza de Nicolás II! — gritaba con acento de histérica. Y los que la escuchaban decían compasivamente:

— Está loca. ¡Pobre mujer!

Las autoridades soviéticas empezaron a dar signos de inquietud. Y un día la arrastraron sin mayores explicaciones ante un pelotón, que acabó para siempre con su "locura".

Es raro, ¿verdad?, que la insania sea considerada en la nueva Rusia como una ofensa mortal.

BIBLIOTECA TEATRAL DE "MUNDO ARGENTINO"

REPARTO

PERSONAJES

Rosa	Felisa Mary
Rafaela	Amalia Franco
Ursula	Tita Reynelly
Matilde	María Santos
General Luzuriaga	José Franco
Jorge	Gustavo Cavero
Ricardo	Carlos Bouhier
Dorita	Leonor Alvarez
Luis	Alfonso Pisano
Roberto	Olimpio Bobbio
Pepe	Luis P. Aguirre
Juanita Tenorio	Evita Franco
Graciela	Ana Arneodo
Don Enrique	Francisco Bastardi
Mensajero	Alberto Campos
Doctor Serpenti	Pablo Piazza

(La acción en Buenos Aires. Epoca actual.)

ACTO PRIMERO

(DECORACION)

(Hall de la casa chalet de los Tenorio, gente de buen gusto y firme situación económica. Al fondo, amplio ventanal encristalado. Del ángulo formado por el foro y la lateral izquierda, parte una escalera que conduce a las habitaciones superiores; bajo la escalera, en arcada, pequeño espacio donde hay un sofá y una mesita; limita este lugar, por uno de sus lados, una puerta, que lleva a la habitación donde estudian, según ellos aseguran, los muchachos. Fondo y lateral derecha, entrada viniendo de la calle. En ambas laterales, hacia la mitad, una puerta. Comienzo del verano. Primeras horas de la tarde. Derecha e izquierda, las del público.)

(Al levantarse el telón aparece en escena mamá ROSA, dormitando en su sillón. Después de una pausa, entra por la izquierda RAFAELA, una mucama silvestre y asustadiza. Puede hablar con acento gallego, sin exageraciones sainetescas. Lleva una bandeja plateada, que se le cae al suelo al pasar cerca de Mamá ROSA.)

ROSA. — *(Con un respingo.)* ¿Llamaron?

RAFAELA. — ¡Ay, señora! Perdóneme. Le pido que me perdone.

ROSA. — Pero ¿han llamado a la puerta? ¡Corré a abrir! ¡Ha de ser Graciela! ¿Por qué no te movés? ¿O esperás que vaya yo?

RAFAELA. — No, señora, no. Es que no llamaron. Es que se me había caído la bandeja...

ROSA. — ¡Ah, creí!...

URSULA. — *(Una sirvienta, especie de ama de llaves, vieja y regañona, que apareció en la puerta de la derecha.)* ¿Y para qué, y adónde llevás la bandeja?

RAFAELA. — Es que yo..., como la señora... Iba a sacarle brillo en la cocina...

URSULA. — Dejá la bandeja donde estaba. A vos es a la que habría que sacar brillo...

RAFAELA. — *(Haciendo mutis por la izquierda.)* Sí, señora, sí...

URSULA. — ¿No duerme la señora la siestita?

ROSA. — No puedo, Ursula. Hoy me siento tan inquieta, tan nerviosa... Graciela llegará de un momento a otro.

URSULA. — Aún ha de tardar, me parece. ¿Por qué no se va a su habitación y se recuesta un rato? Yo le avisaría en cuanto llegasen...

ROSA. — No, no. En un día como el de hoy, me sería imposible pegar un ojo. Además, quiero besar y abrazar a mi nieta en cuanto entre en casa. Casi tres años que no la veo... *(Suena el timbre de la puerta de calle.)* Ya están ahí... Andá, rápido.

RAFAELA. — *(Apareciendo en la puerta de la izquierda.)* ¿Voy yo?

URSULA. — ¡Y claro! ¿Para qué estás acá, si no?

ROSA. — ¡Andá pronto!

RAFAELA. — *(Volviéndose en el camino a la puerta de calle.)* ¿Y le abro, sea el que sea? *(Vuelve a sonar el timbre.)*

ROSA. — ¡Sí, abrí de una vez!

GENERAL. — *(Tipo de militar antiguo, malhumorado y carrasposo.)* Buenas tardes, Rosita. *(Tose.)*

ROSA. — ¡Hola, general! Siéntese...

GENERAL. — *(Haciéndolo.)* ¿Cómo te va, Ursula? ¿Siempre vos tan cascarrabias?

URSULA. — Siempre, señor. Aunque más no sea que para imitarlo...

GENERAL. — ¡Está bueno! *(Tose.)* ¿Qué me mirás vos?

RAFAELA. — *(Dando una pequeña espantada.)* Nada, señor, nada...

URSULA. — Andá al comedor y pasá un paño a las sillas...

RAFAELA. — Sí, señora, sí... *(Vase por la derecha.)*

GENERAL. — Dígame, Rosita: ¿en qué monte la cazaron a ésta?

JUANITA TENORIO

Comedia en tres actos de

AGUSTIN REMON

Estrenada por la compañía de EVITA FRANCO, en el teatro Ateneo, el 15 de mayo de 1931.

● ●

ROSA. — ¡Pobre muchacha! Es un poco torpe, pero parece honrada y trabajadora...

URSULA. — *(Volviendo la cabeza desde la escalera, que había empezado a subir.)* Hasta por ahí nomás. *(Mutis.)*

GENERAL. — A mí, lo que más me fastidia de esa salvaje es la amabilidad con que se empeña en tratarme. Todos los días, en cuanto me ve, me pregunta lo mismo: "¿Qué tal ha descansado, señor?"

ROSA. — ¡Pobre infeliz! Quiere ser atenta...

GENERAL. — Hoy se le olvidó hacerme la preguntita. Menos mal... ¿Y? ¿Esperando a la nieta? ¿No hemos dormido hoy la siestita?

ROSA. — Imposible, general. Tampoco esta noche he podido descansar apenas.

GENERAL. — Se comprende. Yo también estoy nervioso por saber cómo llega Graciela. ¡Quién iba a decir que se iba a quedar viuda tan pronto!

ROSA. — ¡Así es la vida! Tantos viejos inútiles, que no terminamos de morirnos, y se muere el marido de esa criatura, en la flor de la edad...

GENERAL. — ¡Epa! ¡Poco a poco! Es lamentable que se mueran las personas jóvenes, pero yo le aseguro que no tengo ninguna prisa por morirme.

ROSA. — Hablaba por mí, general. Usted está aún muy fuerte...

GENERAL. — Sí, me siento todavía con muchas energías... *(Acceso de tos, que lo deja derrengado.)* Con muchas energías...

ROSA. — *(Irónica.)* Demasiado se ve. Está hecho un muchacho...

GENERAL. — No tanto, Rosita, no tanto. *(Suena el teléfono.)*

ROSA. — *(Levantándose.)* ¿No será Graciela?

GENERAL. — No se moleste. Yo atenderé. *(Al teléfono.)* Sí, sí... ¿No le digo que sí? ¡Pero, amigo!...

ROSA. — ¿Es Graciela?

GENERAL. — No; preguntan por Juanita... *(Por teléfono.)* No, no está. ¿A qué numero? *(Apuntando.)* Mayo, 2387... *(Malhumorado.)* ¡Bien, bien! *(Colgando el tubo.)* ¡Oh, también!

ROSA. — ¿Quién era?

GENERAL. — ¡Qué sé yo! Alguno de los tantos enamorados de Juanita. No en balde se apellida Tenorio...

ROSA. — ¡Qué criatura!

GENERAL. — Yo le conozco ya no sé cuántos filos. ¡Ha salido de línea mi ahijada! *(Suena el timbre de la puerta de calle.)*

ROSA. — ¡Ya están ahí!

RAFAELA. — *(Entrando por la izquierda.)* ¿Abro, señora?

GENERAL. — ¡Y claro, pues! ¡Qué animal! *(Vase la sirvienta, desalada. En lo alto de la escalera aparecen MATILDE y URSULA, atentas a quien llega.)*

ROSA. — ¿Cómo tardarán tanto en entrar?

GENERAL. — Es que me palpito que no son ellos...

RAFAELA. — *(Entrando con un ramo de flores y un paquete atado.)* Para la niña Juanita... *(MATILDE y URSULA hacen mutis, defraudadas.)*

ROSA. — ¿Quién lo trajo?

RAFAELA. — Esto *(por las flores)* un mensajero. Y esto, un caballero, que se marchó.

ROSA. — Pero ¿quién era?

RAFAELA. — Uno de bigotitos. Díjome que volvería cuando estuviese la niña Juanita... Y me dió un peso. ¿Se lo devuelvo?

GENERAL. — Pero ¿no decís que ya se fué?

RAFAELA. — Sí, señor, sí.

GENERAL. — Y entonces, ¿cómo se lo vas a devolver?

RAFAELA. — ¡Pues es verdad! ¡No había caído!

GENERAL. — ¡De la cuna te has caído vos!

ROSA. — Bueno, bueno. Dejalo todo ahí encima.

RAFAELA. — Sí, señora, sí. *(Medio mutis.)*

GENERAL. — Pero ¡qué bárbara la tipa! De tan bruta, es para reírse... *(Al hacerlo, le acomete otro acceso de tos.)*

ROSA. — *(Al ver que le dura más de lo ordinario.)* Rafaela, alcanzale un vaso de agua.

RAFAELA. — ¿Sin anís?

ROSA. — ¡Sí, mujer! ¡Pronto!

GENERAL. — *(Después de beber.)* Gracias; ya me pasó...

RAFAELA. — *(Como recordando algo que no debió habérsele olvidado.)* ¿Qué tal ha descansado el señor?

GENERAL. — *(Furioso.)* ¿No le dije?

ROSA. — *(Riendo.)* No se quejará. Se interesa por su salud...

RAFAELA. — *(Muy seria.)* Sí, señora, sí. Todos los días...

GENERAL. — Pues escuchame, muchacha, y no lo olvidés mientras vivás. Mirá; yo descanso siempre muy bien. El día que haya descansado mal, yo mismo te lo voy a decir.... Entendido, ¿no? ¡Pues, ya lo sabés!

RAFAELA. — Sí, señor, sí... *(Vase por la derecha. Por la escalera bajan MATILDE y URSULA.)*

GENERAL. — ¡Hola, Matildita! *(A mamá ROSA, contento.)* ¡Ya tengo con quien pelearme a gusto!

MATILDE. — *(Aspera.)* Buenas tardes, general.

GENERAL. — *(Zumbón.)* Buenas tardes, mi encantadora enemiga. No sabía que estuviese en casa.

MATILDE. — Pues yo ya sabía que me lo iba a encontrar aquí.

GENERAL. — ¡Pero, querida Matilde! A lo mismo me exponía yo viniendo.

MATILDE. — A encontrarme, claro. *(Coqueta.)* Y como buen militar, ama el peligro.

GENERAL. — El peligro y estos sillones, tan cómodos.

MATILDE. — Siempre tan galante... ¡con los sillones!

GENERAL. — No crea. A veces lo soy también con los sofáes.

MATILDE. — ¡Antipático!

GENERAL. — ¡Preciosura!

ROSA. — Pero ¿cuándo van a dejar de tratarse así? Siempre están como perro y gato...

MATILDE. — El es el "gato".

GENERAL. — Si yo soy el "gato", no quiero decirle lo que es usted, entonces...

URSULA. — *(Enojada.)* ¿Y permite, niña, que la llame perro?

GENERAL. — Desde el momento que ella me llamó "gato", no sé...

ROSA. — *(Riendo, bondadosa.)* Vaya, muchachos. Tengan juicio. ¡Qué pensaría cualquiera que los oyese!...

GENERAL. — Pensaría que nos habíamos casado. Como siempre nos estamos peleando...

MATILDE. — No sé cómo habla de casarse... y no hace más que toser.

ROSA. — *(En un suave reproche.)* ¡Matilde! Yo lo encuentro mejor del catarro, general. Parece que ahora tose usted mejor.

GENERAL. — Ahora toso mejor, es cierto. ¡Bueno! Es que ya he aprendido. Llevo tosiendo quince años... ¡A la fuerza tengo que ir tosiendo mejor! *(Risas, suena el teléfono, yendo a atenderlo URSULA.)*

URSULA. — *(Al teléfono.)* ¿Quién le digo? ¿De parte de Mamerto? ¿De Ruperto? ¿De Roberto? ¡Ah, de Norberto; de parte de Norberto! Sí, bien, sí. *(Cuelga el tubo, malhumorada.)* A la niña Juanita, que la llamó Alberto.

MATILDE. — ¿Cómo Alberto? ¿No quedaste en que era Norberto?

URSULA. — ¿Norberto? ¿Sabe que ya no sé?...

GENERAL. — ¡Y bueno! Lo mismo da. Total, uno más en la colección de enamorados de Juanita...

ROSA. — ¡Qué chiquilla! Ya estoy deseando que se case.

MATILDE. — Aunque más no sea, para que no trabaje tanto el teléfono...

JORGE. — *(Entrando con RICARDO.)* Salud. ¿No ha llegado todavía Graciela?

ROSA. — ¿Cómo? ¿No fuiste al puerto a esperar a tu prima?

RICARDO. — ¿Lo ves cómo tenemos tiempo? Buenas tardes, mamá Rosa, Matilde... ¡A la orden, mi general!

GENERAL. — ¡Buenas tardes, simpático atorrante!

MATILDE. — Les hacíamos en el puerto.

JORGE. — Nos pusimos a ensayar un coche de una nueva marca y se nos pasó la hora.

ROSA. — Mal hecho, Jorge. Vos tenías la obligación de ir a esperar a tu prima.

RICARDO. — Pues que conste que yo se lo recordé veinte veces.

JORGE. — Me entretuve con las pruebas del coche. ¡Qué lindo! ¡Volaba por ese camino del Tigre! ¡115 alcanzó a marcar! ¿No es cierto?

RICARDO. — ¡Ah, yo no sé! Macaneás tanto al hablar de velocidades...

JORGE. — ¡Hubo un momento en que las ruedas no tocaban en el suelo!

GENERAL. — ¿Y en dónde tocaban? ¿En los hilos del telégrafo?

URSULA. — ¡Ave María! ¡Pudo romperse la cabeza!

GENERAL. — No se perdería mucho...

ROSA. — No hablen así, ¿quieren? Has quedado mal con tu prima. Puede enojarse, y no le faltará motivo.

RICARDO. — Tiene razón mamá Rosa. Son casi tres años que Graciela falta de Buenos Aires... A tu padre, que se ha costeado hasta Montevideo, no le habrá gustado no verte en la dársena...

MATILDE. — Lo que podía haber hecho su padre es telegrafiar si Graciela se queda o no se queda a vivir con nosotros.

ROSA. — ¿Cómo no va a quedarse en casa? ¿O te parece bien que se vaya a vivir a un hotel?

URSULA. — Pues mi pálpito es que no se queda aquí.

JORGE. — Como viene de vivir en París, y Graciela fué siempre medio independiente...

ROSA. — ¡Callate vos la boca, mocoso! ¡Oh, también!...

JORGE. — ¿Vas a enojarte conmigo, abuelita? Tan luego conmigo. Hagamos las paces. Dame un beso.

ROSA. — Salí. No te quiero más nada.

JORGE. — ¿Ah, no? ¡Pues me anoto en las carreras de autos del domingo!

ROSA. — ¡Eso no, Jorge!

GENERAL. — Déjelo, a ver si se mata de una vez...

ROSA. — ¡No te anotés, Jorge!

JORGE. — ¡Pues entonces, dame un beso! ¡Ahora mismo!

ROSA. — *(Besándolo.)* ¡Sinvergüenza! ¡Cómo sabés asustarme!...

JORGE. — ¡Abuelita! *(La abraza.)*

RICARDO. — ¿Y? ¿No vinieron los muchachos?

MATILDE. — ¿También hoy se reúnen ustedes a estudiar?

JORGE. — ¿Por qué no? ¿Qué tiene?

URSULA. — Lo que menos hace falta aquí es gente extraña, en un día como el de hoy...

JORGE. — Pues los muchachos no van a estorbar, como no estorban nunca. Se encierran en nuestra pieza, y listos.

URSULA. — Hay que ver cómo suelen dejarla de puchos y ceniza... *(Suena el timbre de la puerta.)*

ROSA. — ¡Andá vos, Jorge! *(Mutis de éste.)* Y ¡cállense, por favor! ¡Es Graciela? *(Voces dentro.)*

MATILDE. — No. Dorita. ¿No sienten su voz?

DORITA. — *(Entrando con JORGE. Es una muchacha tímida, no muy agraciada.)* Buenas tardes, mamá Rosa. Buenas tardes a todos.

ROSA. — ¿Y Juanita? Dijo que iba a buscarte para ir al puerto.

DORITA. — Fué ella sola; a mí me envió aquí por si ya hubiesen llegado los viajeros... Como se nos hizo algo tarde...

MATILDE. — ¿Y eso?

DORITA. — Fuimos a dar un paseo a Palermo y se nos descompuso la "voiturette".

ROSA. — ¡Dichosos autos!

RICARDO. — ¿Algo importante?

JORGE. — ¿El motor?

DORITA. — No sé. Gracias a que nos ayudó un muchacho que pasaba en un Packard...

JORGE. — ¿Quién, che? ¿Algún amigo?

DORITA. — No lo conocíamos. Pero creo que le dió su tarjeta a Juanita... Es un hombre joven, de bigotitos...

GENERAL. — Ha de ser el del peso de Rafaela. Recién mandó ese paquetito...

RICARDO. — *(Jovial.)* ¡Otra papa para la olla de Juanita!

GENERAL. — ¡Pero Juanita va a recorrerse toda la guía telefónica!

DORITA. — Yo no sé cómo hace. Todos se le declaran en seguida.

RICARDO. — Todos, no. Reclamo el privilegio de no haberme enamorado nunca de ella.

JORGE. — Es cierto. De todos los amigos de casa, vos sos el único que no ha pretendido ser mi cuñado. ¡Por eso me gustás!

MATILDE. — ¡Qué gentil sos con tu hermana!...

GENERAL. — *(Socarrón.)* Que nadie cante victoria...

RICARDO. — No hay cuidado, general. Y no es porque Juanita no sea una muchacha muy simpática. Pero somos demasiado camaradas. Casi la considero como una hermanita...

(Entran, quedándose en segundo término con JORGE, PEPE, LUIS y ROBERTO; estos dos últimos traen libros en la mano. PEPE, de luto, peor vestido que sus compañeros.)

RICARDO. — *(Yendo a recibirlos.)* ¡Salud, muchachos!

LUIS. — ¿Y Juanita?

RICARDO. — *(Con una sonrisa comprensiva.)* Fué al puerto. Sosegate...

ROBERTO. — *(Siempre hablará con un tono melancólico.)* Entonces, ¿ya no la veremos esta tarde?

RICARDO. — Supongo que sí. ¡No te aflijás, hombre!

PEPE. — *(Sin acercarse, respetuoso.)* Buenas tardes, doña Rosa. Buenas tardes...

ROSA. — ¡Hola, muchachos! ¿A estudiar un rato?

PEPE. — Así es, señora. ¿Cómo le va, Dorita?

DORITA. — *(Yendo a darle la mano.)* ¿Qué tal, Pepe?

PEPE. — ¿Y Juanita?

DORITA. — Ahora viene... *(JORGE y RICARDO se llevan a los muchachos a la pieza que da al rinconcito de debajo de la escalera.)*

GENERAL. — Y estos muchachos, ¿estudian verdaderamente?

URSULA. — Al menos fuman que es un horror.

MATILDE. — Yo creo que más que estudiar vienen por Juanita.

DORITA. — ¡Los tres están enamorados de ella!

GENERAL. — Eso me está pareciendo. Pero Juanita, ¿a cuál de ellos le lleva más el apunte?

DORITA. — En cierto sentido... A Pepe, quizá.

ROSA. — Pepe es un muchacho excelente. Trabaja en un banco y escribe en los diarios para mantener a su familia, y estudia medicina en las horas libres. Aunque es un muchacho pobre, no me disgustaría que Juanita se casara con él. Es tan inteligente como meritorio...

DORITA. — *(Traicionando sus íntimos sentimientos.)* ¿Verdad que sí, mamá Rosa?

MATILDE. — ¡Caray, Dorita, qué entusiasmo!

JUANITA. — *(Entrando. Aire desenvuelto. Gran vivacidad.)* ¡Hola! ¡Ya estoy aquí!

MATILDE. — ¡Juanita!

DORITA. — ¿Llegaron tarde?

ROSA. — ¿Y Graciela?

JUANITA. — Ahí viene, con papá.

ROSA. — ¿Y cómo no viniste vos con ellos?

JUANITA. — No cabíamos todos, con las valijas y sombrereras que trae Graciela... Yo me adelanté con la "voiturette". ¿Qué tal, padrino? ¿Cómo va ese catarro tan cariñoso?

GENERAL. — ¿Cómo cariñoso?

JUANITA. — ¡Claro! ¿No es un catarro que se le ha metido tan adentro, que no se lo puede sacar de encima? ¡Pues más cariñoso, no sé!...

GENERAL. — *(Riendo.)* ¡Qué muchacha esta!... *(Tose.)* Está visto que no puedo reírme...

ROSA. — *(En tono de reproche.)* ¡Pero, Juanita!

JUANITA. — ¿Qué, abuela?

ROSA. — ¡Acercate! No nos decís nada. ¿Cómo viene Graciela?

MATILDE. — Claro, mujer. ¿Cómo viene?

JUANITA. — *(En tono confidencial, con infantil malevolencia.)* Viene... Mejor dicho, "no" viene de luto.

MATILDE. — ¿Ya se lo sacó, che? Pues no hace más que dos años y tres meses que se le murió el esposo.

JUANITA. — Como era francés..., por eso...

ROSA. — ¡Juanita!

JUANITA. — ¿Qué, mamita Rosa?

ROSA. — Que no me gusta que te expresés así de tu prima. Eso no está bien. No olvidés que es hija de un hermano de tu madre, y para mí tan nieta como vos.

JUANITA. — Y si no viene de luto, ¿qué querés que diga? ¿Que parece de luto el gorrito encarnado que trae? Pues todavía no he dicho nada del traje. ¡Si vieran qué escote!

MATILDE. — ¿Sí, che?

GENERAL. — *(Animándose.)* ¿Muy pronunciado?

JUANITA. — Muy pronunciado y en francés. No les digo más. *(Risas.)*

ROSA. — *(Seria.)* No ha de ser tanto, criatura... Por otra parte, el plazo del luto riguroso ya se cumplió...

JUANITA. — ¡Justito, justito!

ROSA. — Se acostumbrará así por Europa.

GENERAL. — Tiene razón la abuela. Ya lo dice el refrán: "En el pueblo que fueres, llevá el luto que vieres."

URSULA. — Pero Buenos Aires no es Europa.

JUANITA. — ¿Estás segura?

ROSA. — Déjense de bromear. Decime, Juanita. ¿Viene bien de salud?

DORITA. — ¿Está linda?

JUANITA. — Ha engordado un poco...

ROSA. — ¿Y preguntó por mí?

JUANITA. — Sí, dos veces. Una de ellas en francés. "¿Cómo está la petite grand mére?"

GENERAL. — Eso quiere decir 'la abuelita', ¿no?

JUANITA. — Claro. "Petite grand, mére." "Pequeña, grande, madre." Total, abuelita. *(Risas.)*

GENERAL. — ¡Qué muchacha! ¡Tiene unas salidas!

JUANITA. — Pues no me las festeje y se ría, porque luego tose, padrino.

GENERAL. — ¡Es cierto!

ROSA. — No, no debían festejársela. Es una desfachatada.

JUANITA. — ¿Te enojaste conmigo? No, ¿verdad? Dame un beso...

ROSA. — No hay beso, por mala. Hablar así de Graciela.

JUANITA. — ¿Ah, sí? ¿No hay beso? Pues mañana subo en aeroplano con el primo de Dorita, que es aviador.

ROSA. — ¡Juanita!

JUANITA. — Y seguramente nos caeremos, porque está enamorado de mí...

DORITA. — ¡Cierto, mamá Rosa!

JUANITA. — Y claro, como está enamorado, el amor le hará hacer alguna macana con los timones. ¡Nos matamos, en fija!

ROSA. — ¡Juanita! ¡No hagás tal cosa! ¡Te lo prohibo!

JUANITA. — ¡Pues a darme un beso! ¡Ahora mismo!

ROSA. — *(Besándola.)* No debía besarte, chicuela endemoniada... No subirás en aeroplano, ¿no es cierto?

JUANITA. — ¡Claro que no! Lo dije para asustarte... ¿Y? ¿No habló nadie, Ursula?

URSULA. — ¡Ay, niña! Hablaron, sí, pero...

JUANITA. — Como siempre, no recordás quiénes.

URSULA. — Recordar, recuerdo, pero no estoy segura.

JUANITA. — Ya te he dicho que apuntés los nombres en el anotador...

GENERAL. — ¡Es que ya está lleno, Juanita! Hacés hablar a tantos...

JUANITA. — ¡No diga! ¿Sí? Pues tendrá que regalarme otro anotador.

GENERAL. — Hay unos de quinientas hojas. ¿Bastan para llevar la contabilidad de tus adoradores?

JUANITA. — ¿Y quién va a ser el tenedor de libros? ¿Usted?

GENERAL. — No, che. Renuncio. Mucho trabajo...

JUANITA. — *(Haciéndole una morisqueta.)* ¡Bah! Envidioso...

MATILDE. — Esto trajeron para vos.

JUANITA. — ¡A ver! Estas flores... No me gustan. Han de ser del doctor Serpenti *(Abriendo el sobre.)*

DORITA. — ¿Son de Serpenti?

JUANITA. — No podían ser de otro... Son tan feas. *(Leyendo la tarjeta.)* "Doctor Atilio M. H. Serpenti Lomuto. Catedrático de Biología en la Facultad de Medicina. Buenos Aires. República Argentina." Parece una tarjeta de brasileño. ¡Qué antipático!

MATILDE. — Y si es tan antipático, ¿por qué le hacés caso?

ROSA. — Claro, no debías darle esperanzas...

DORITA. — Naturalmente...

JUANITA. — ¿Y cómo voy a reñir con él? ¿No saben que es profesor?

GENERAL. — ¿Y eso qué tiene?

JUANITA. — ¿Cómo qué tiene? Y si riño con él, ¿cómo aprueban los muchachos? *(Risas.)*

GENERAL. — ¡No hay que hacerle! ¡Hay que matarla o quererla!...

JUANITA. — *(Abriendo el sobre que viene con el paquete, que sacude al oído.)* Bombones. ¡Ah! Es de Tito Riquelme. ¿Te acordás, Dorita? El muchacho del Packard que nos ayudó cuando se nos paró la "voiturette"...

GENERAL. — ¿El de los bigotitos, che?

JUANITA. — ¿Cómo sabe?

DORITA. — Yo les conté...

GENERAL. — Además, le dió un peso a Rafaela...

JUANITA. — Bastante simpático, ¿no es cierto?

DORITA. — Vos sabrás. A mí ni me dirigió la palabra.

JUANITA. — Pues te lo regalo, si lo querés. ¿Y los muchachos? ¿No vinieron?

MATILDE. — Están en su pieza.

JUANITA. — Voy a verlos. *(Al acercarse a la escalera se detiene, prestando atención. Ruido de voces dentro.)* ¡Ya están ahí!

ROSA. — ¿Graciela?

JUANITA. — ¡Sí! ¡"Tu" Graciela!

ROSA. — ¡Al fin! *(Se levanta, yendo hacia la puerta, anhelante. URSULA se acerca a la puerta de la derecha y vase con RAFAELA a la puerta de calle.)*

GRACIELA. — *(Entrando con DON ENRIQUE.)* "¡Bonne soir!" ¡Aló!

ROSA. — ¡Graciela!

GRACIELA. — ¡Abuelita! *(Quedan abrazadas, besándose con efusiva ternura.)* ¡Estás muy linda, abuelita! Ma petite grand mére! ¡Q'elle est jolie!..."

JUANITA. — *(Aparte.)* ¿No les dije? Para hablar con ella vamos a tener que usar un diccionario francés...

ROSA. — *(Lagrimeando.)* ¡Cuánto he llorado tu desgracia!

JUANITA. — *(A Dorita.)* ¡Más que ella, seguramente!

Espacio para encuadernar

DORITA. — ¡Por Dios!... *(Entra URSULA, poniéndose a curiosear.)*
ROSA. — ¡Pobrecita Graciela! ¡Si viviera tu padre!...
GRACIELA. — No se aflija, mamá Rosa. ¡Así es la vida! ¡Oh! "¡La vie c'est comme ça!"
GENERAL. — ¿Que está cansada? *(Ofreciéndole una silla.)* Siéntese, Graciela. ¿Ya no se acuerda del testigo de su boda?
GRACIELA. — *(Soltándose de los brazos de mamá ROSA.)* Pero, ¡general Luzuriaga! *(Lo abraza, lo que alegra al general, quizá con exceso.)*
GENERAL. — ¿Sabe que viene muy linda?
GRACIELA. — "¿C'este vraie?"
GENERAL. — ¡Ya lo creo que se ve!
GRACIELA. — Se le ha puesto el pelo más blanco.
JUANITA. — Es de la almohada, que destiñe.
GENERAL. — ¡Eso mismo!
GRACIELA. — ¡Querida Matilde! ¡Dorita!
MATILDE. — ¿Cómo estás, Graciela? *(Se besan sin efusión.)*
DORITA. — ¡Graciela! *(Besos.)*
URSULA. — Y de mí, ¿se recuerda la niña?
GRACIELA. — ¡Ursula! ¿Cómo te va?
URSULA. — Muy bien. ¿Y usted, niña?
GRACIELA. — Ya lo ves. Contenta de verme entre ustedes de nuevo.
JUANITA. — Lo mismo que nosotros, Graciela. *(Hace aparte una morisqueta.)*
ROSA. — Por supuesto, te quedás a vivir en casa.
DON ENRIQUE. — *(Que ha estado contemplándola con ostensible delectación.)* Ya lo ve, Graciela. También mamá Rosa se lo pide.
ROSA. — Pero, ¿cómo? ¿No querés quedarte?
GRACIELA. — No desearía otra cosa, abuelita. Pero temo molestar...
DON ENRIQUE. — ¡Cómo podés pensarlo siquiera!
JUANITA. — *(Sintiendo, quizá, lo contrario.)* ¡Naturalmente!
ROSA. — Esta es tu casa, Graciela. Al haber perdido a tu marido, ya no tenés más familia que nosotros...
GRACIELA. — ¡Abuelita! *(Vuelven a abrazarse. De la pieza de estudio salen RICARDO y JORGE.)*
JUANITA. — ¡Ahí tenés a Jorge y Ricardo!
GRACIELA. — ¿Dónde? ¡Aló, Jorgito!
JORGE. — ¡Salud, Graciela! ¿Qué tal por París? *(Saludos efusivos.)*
GRACIELA. — ¡Estás hecho todo un hombre!
RICARDO. — Me imagino que pensarás lo mismo de mí...
GRACIELA. — ¡Ricardito! *(Nuevos extremosos saludos, en los que ella siempre toma la iniciativa.)*
RICARDO. — ¡Bienvenida, Graciela!
GRACIELA. — ¡Cuánto has crecido!
RICARDO. — Sí... No tenía otra cosa que hacer...
GRACIELA. — Pero ¿no estudias medicina?
JUANITA. — Al menos, se lo hace creer a su tío.
RICARDO. — Pero ya empieza a no creérselo. Se ha vuelto muy desconfiado...
GRACIELA. — "¡Mais c'est drole, mon cheri!"
GENERAL. — *(Aparte, a Juanita.)* ¡Me reventó! No entendí ni medio.
JUANITA. — Yo tampoco. ¡Y me da un fastidio!...
GRACIELA. — ¿Así que no le tienes cariño a la carrera?
RICARDO. — Sí. Cariño, le tengo. ¿Verdad, Juanita?
JUANITA. — Tanto cariño le tiene a la carrera, que le da pena terminarla, y ya hace tres años que le faltan dos materias. *(Risas.)*
DON ENRIQUE. — Querrás conocer tu habitación. Arreglar tus cosas... ¿Vamos, Gracielita?
GRACIELA. — ¿Dónde es?
ROSA. — Arriba. Tu habitación está junto a la mía...
MATILDE. — *(A Ursula.)* Que suba Rafaela el equipaje.
URSULA. — Sí, niña. *(Va a cumplir la orden. Rafaela irá subiendo valijas y sombrereras.)*
GRACIELA. — Les mostraré los "petites cadeaux' que les he traído. Chucherías...
DON ENRIQUE. — Siempre tan cariñosa Graciela... Por qué te has molestado...
JUANITA. — *(Aparte, a Dorita.)* ¡Miralo! ¡Se le cae la baba! *(Comienzan a subir con Graciela, en medio del parloteo consiguiente, mamá Rosa, don Enrique, Matilde y Ursula.)*
GENERAL. — ¡Matilde! ¿No echamos nuestra partidita de ajedrez?
MATILDE. — No debía aceptar, pero...
GENERAL. — Pero acepta, ¿no? La espero en el jardín. No tarde, Matildita...
MATILDE. — ¡Odioso!
GENERAL. — *(Haciendo mutis por la izquierda.)* ¡No hay que hacerle! La tengo metida...
JORGE. — *(Iniciando el mutis con RICARDO hacia la pieza de estudios.)* ¡Che! ¡Qué papa ha venido!
RICARDO. — ¡Formidable! Mucho mejor que de soltera.
JORGE. — Parece que le causaste una gran impresión.
RICARDO. — Yo a ella, no sé; pero ella a mí... ¡compañero! *(Mutis.)*
JUANITA. — *(Sin poder reprimirse y sin hacer caso a Dorita, que intentó contenerla.)* ¡Papá! ¡Papito!
DORITA. — ¡Por Dios, Juanita!
DON ENRIQUE. — *(Desde lo alto de la escalera.)* ¿Querías algo?
JUANITA. — Sí, papacito: hablarte.
DON ENRIQUE. — ¿Ahora, precisamente?
JUANITA. — ¡Precisamente!
DON ENRIQUE. — *(Sin poder ocultar su contrariedad.)* Perdoná, Graciela; un momentito... Voy, queridita...
DORITA. — *(Amedrentada.)* Yo me voy con los muchachos... ¡Prudencia, Juanita!
JUANITA. — Descuidá. Vos sabés lo prudente que yo soy... cuando puedo. *(Vase Dorita.)*
DON ENRIQUE. — ¿Qué pasa, Juanita? ¿Tenés que hablarme?
JUANITA. — *(Adoptando una actitud de dómine, que contrasta con el aire bonachón de su padre.)* Mirá, papito. Vamos a hablar como lo que somos en realidad: dos camaradas. Vos sabés que yo te estimo como a un buen amigo...
DON ENRIQUE. — ¡Gracias, Juanita, gracias!
JUANITA. — Así que vamos a llamar las cosas por su nombre. ¿No te parece? Nada de rodeos ni medias tintas. Al pan, pan, y al vino, vino. *(Ante un movimiento de él.)* No me interrumpás. Pues, bien: no me gusta Graciela.
DON ENRIQUE. — ¡Pero si es muy linda!
JUANITA. — Por eso.
DON ENRIQUE. — No adivino lo que querés dar a entender...
JUANITA. — ¿No habíamos quedado en que íbamos a hablar con toda franqueza?
DON ENRIQUE. — Desde luego. Pero...
JUANITA. — Entonces, demasiado sabés lo que quiero decirte. ¡Papá, estoy decidida a impedir que me obsequiés con una nueva madre!
DON ENRIQUE. — ¡Juanita !
JUANITA. — No te hagás el asombrado, porque te va a resultar lo mismo.
DON ENRIQUE. — Es que..., Juanita...
JUANITA. — ¡Negá que te gusta Graciela!
DON ENRIQUE. — Claro que me gusta. Pero...
JUANITA. — ¡Negá que ya pensaste que podrías dejar de ser viudo! *(A un movimiento de él.)* ¡Negá que...!
DON ENRIQUE. — *(Interrumpiéndola.)* ¡Pero, Juanita! ¡Dejame hablar! *(Pequeña pausa.)* Si lo decís vos todo...
JUANITA. — ¡Hablá!
DON ENRIQUE. — No puedo negar que Graciela es una mujer muy agradable, una mujer "charmante"...
JUANITA. — ¿Ya te ha contagiado el francés?
DON ENRIQUE. — Pero nada he podido decirle todavía...
JUANITA. — ¡Ah! ¿No has podido? ¿Entonces piensas decírselo, en cuanto puedas?
DON ENRIQUE. — No es eso, mujer...
JUANITA. — ¡Papá, que te conozco!
DON ENRIQUE. — *(Reaccionando.)* Y últimamente, ¿no soy un hombre libre? ¿No puedo hacer lo que quiera?
JUANITA. — *(Indignada.)* ¿Qué decís?
DON ENRIQUE. — *(Amainando.)* No lo tomés así, criatura...
JUANITA. — ¡No! ¡Si la cosa es para reírse! Mirá cómo me río: ¡ja, ja, ja!
DON ENRIQUE. — Eso quiere decir que no me considerás tu amigo. Una persona, por lo menos, igual a vos. Porque yo no te digo nada sobre tal o cual de tus festejantes. Y eso que los tenés por docenas...
JUANITA. — ¡No es lo mismo!
DON ENRIQUE. — *(Con otra reacción.)* ¡Naturalmente! Como que yo soy el padre, y vos sos la hija.
JUANITA. — ¿Ah, sí? Entonces ¿te rebelás? Bien. Hemos terminado. Yo sé lo que tengo que hacer.
DON ENRIQUE. — *(Acobardándose.)* No te pongás así, querida. Te aseguro que no tenés motivo para ello...
JUANITA. — Pero puedo llegar a tenerlo, ¿entendés? Y es mejor prevenir que lamentar. Pero, quedate tranquilo. No te volveré a hablar del asunto.
DON ENRIQUE. — Si tomás así la cosa...
JUANITA. — Hasta ahora, yo he sido tu consejera, y todo ha ido admirablemente. Teniendo en cuenta tu poca experiencia de la vida he velado siempre por vos, y así no has hecho demasiadas macanas...
DON ENRIQUE. — Supongo que no tendrás la menor queja de mi conducta. Soy un viudo ejemplar.
JUANITA. — Hasta por ahí nomás. El mes pasado se te "murieron" tres amigos, y fuiste a los tres velorios...
DON ENRIQUE. — ¡Claro!
JUANITA. — ¡Y faltaste tres noches a dormir a casa! En fin, comprendo que sos viudo, y los viudos, sobre todo a tu edad, están llenos de peligros...
DON ENRIQUE. — *(Asustado.)* ¿Y?
JUANITA. — Y nada. Aunque vos no lo quieras, y aunque no lo merezcas, yo estoy obligada a cuidarte, y te cuidaré. ¡Para eso soy tu hija!
DON ENRIQUE. — *(Con medrosa ironía.)* Sos muy buena...
JUANITA. — Y hemos terminado. Ya podés ir a reunirte con tu "charmante" sobrina política.
DON ENRIQUE. — ¿Estás enojada?
JUANITA. — ¡Qué esperanza! Estoy resuelta.
DON ENRIQUE. — ¿Resuelta? ¿A qué?
JUANITA. — A que no volvás a casarte. Y menos con Graciela.
DON ENRIQUE. — ¿Y por qué?
JUANITA. — ¡Por qué! ¡Qué poco mundo tenés! Porque esa mujer no te conviene... a tu edad.
DON ENRIQUE. — Cualquiera que te oyese creería que soy de la edad del general Luzuriaga. Total, cuarenta y ocho años...
JUANITA. — ¿Cuántos?
DON ENRIQUE. — Y ella tendrá unos veinticinco...
JUANITA. — Ella tiene veinticinco, como vos tenés cuarenta y ocho.
DON ENRIQUE. — Mejor, entonces.
JUANITA. — ¡Peor, digo yo!
URSULA. — *(Desde lo alto de la escalera.)* ¡Señor! La niña Graciela lo precisa. *(Mutis.)*
DON ENRIQUE. — ¡Voy, voy! Disculpame... *(Inicia el mutis, rápido, por la escalera.)*
JUANITA. — ¡Andá! ¡Más rápido!
DON ENRIQUE. — *(Desde la escalera.)* ¿Cómo decís?
JUANITA. — ¡Que corrás! ¡Que ella te espera! "¡La pauvre petite!"... ¡Ja, ja, ja!
DON ENRIQUE. — *(Infantil.)* ¡Oh, andate! *(Salva de dos saltos los escalones que le faltan.)*
JUANITA. — ¡Le ha dado fuerte! ¡Está enamorado como un estudiante de bachillerato!... ¡Ja, ja, ja!
RICARDO. — *(Entrando de la pieza de estudios.)* Celebro tu buen humor. ¿Qué es lo que te hace reír tanto?
JUANITA. — ¡Hola, Ricardo! Sentémonos, ¿querés? *(Lo hacen.)*
RICARDO. — ¿Y de qué te reías?
JUANITA. — De nada... ¡De papá!
RICARDO. — *(Sonriendo.)* No le tenés un gran respeto, que digamos...
JUANITA. — Respeto, ninguno, pero lo quiero.
RICARDO. — Desde luego...
JUANITA. — Y como lo quiero, he decidido salvarlo.
RICARDO. — ¿Salvarlo? ¿De qué?
JUANITA. — Ya lo sabrás... ¿Y qué es de tu vida?
RICARDO. — Como siempre. Poca plata... Mi tío cada vez más amarrete... Y a vos, ¿cómo te va de amoríos?
JUANITA. — Como dicen los comerciantes cuando les va muy bien, "no hay queja".
RICARDO. — ¿Seguís justificando tu apellido de Tenorio?
JUANITA. — No me viene grande...
RICARDO. — ¿Así que llueven las declaraciones amorosas?
JUANITA. — ¡Uf!
RICARDO. — ¿Y no te fatigan ya un poco?
JUANITA. — A veces, no creás. Pero ¿qué querés que haga, si en cuanto conozco a un muchacho, ¡es fatal!, se me declara? No me dan tiempo a que sufra por ellos lo más mínimo, y vos ya me conocés: no soy partidaria de las conquistas fáciles. Mirá, hoy mismo, se me declararon tres.
RICARDO. — ¿Tres?
JUANITA. — Como lo oís. Esta mañana, en la tienda, el empleado que me vendió unas sedas...
RICARDO. — *(Señalando con los dedos.)* ¡Uno!
JUANITA. — Después, en el club, jugando al tennis, me confesó su amor mi compañero de partida, un muchacho inglés que parecía muy serio y que juega muy bien...
RICARDO. — ¡Dos!
JUANITA. — Por cierto que a raíz de su declaración comenzó a errar el hombre, y como comprenderás, perdimos el partido.
RICARDO. — ¿Y el número tres?
JUANITA. — Fué ese señor de bigotitos, el del Packard, de que habló Dorita. Mientras me ayudaba a revisar el motor, que por otro lado yo estaba segura que funcionaba admirablemente...
RICARDO. — ¿Entonces era un cuento lo de la avería?
JUANITA. — *(Gozosa.)* ¡Claro!
RICARDO. — ¡Qué caradura!
JUANITA. — *(Convencida y despreocupada.)* ¡Ya lo sé! Pues el hombre me dijo que era la muchacha más deliciosa que había conocido, y que dónde podría verme, para que conversáramos, porque le había impre-

sionado profundamente. *(Ofreciéndole un bombón.)* Tomá. Me los mandó él recién.

RICARDO. — ¿Quién es, che?

JUANITA. — Se llama Tito Riquelme.

RICARDO. — No lo conozco...

JUANITA. — Es un hombre joven, y por consiguiente abogado... Nada interesante. Y vos, ¿qué contás de aventuras? ¿Ya saliste de aquel lío?

RICARDO. — ¿De cuál de ellos?

JUANITA. — El de aquella mujer casada que me contaste...

RICARDO. — ¡Callate, que cada vez que recuerdo!...

JUANITA. — Vos tené cuidado y escapá a los asuntos que te puedan llevar al cementerio...

RICARDO. — O al registro civil...

JUANITA. — Con aquella casada no habría peligro de registro civil, me supongo...

RICARDO. — Pues te equivocás. ¡Ah, no sabés! Te aseguro que para los hombres, esto de las conquistas amorosas se está volviendo cada vez más peligroso.

JUANITA. — *(Seriamente interesada.)* ¡No digás! Contá...

RICARDO. — Pues resulta que antes uno podía dirigirse a una mujer casada, en la seguridad de que lo más que podía ligar era un tiro del marido... ¡Ahora, a lo mejor, aparte del tiro, te la podés ligar a ella!

JUANITA. — ¿A ella?

RICARDO. — ¡Claro! ¿No ves que en Montevideo hay divorcio? Y te lo sirven lo más baratito, incluso a pagar por mensualidades...

JUANITA. — ¿Como los muebles?

RICARDO. — Ni más ni menos... Y ellas, las mujeres casadas, lo saben, y en seguida le invitan a uno a hacer un viajecito a la vecina orilla... ¡Es un clavo, creeme! *(Ríen.)*

RAFAELA. — *(Entrando con el Mensajero.)* ¡Niña! Este mensajero, que no quiere entregar lo que trae si no es en mano propia...

MENSAJERO. — Señorita Juanita Tenorio... *(La mira con expresiva timidez.)*

JUANITA. — Acérquese, muchacho. *(Al reparar en él.)* ¿Cómo le va?

MENSAJERO. — Muy bien. ¿Y a usted, señorita Juanita? *(Ella lo mira sonriente, al tiempo que toma el paquete que él le alarga. El muchacho, cohibido y ruboroso, baja la vista. Pequeña pausa.)*

JUANITA. — Muy bien, muchacho. Muchas gracias...

MENSAJERO. — ¿Quiere... quiere firmarme la boleta?

JUANITA. — ¡Cómo no!

MENSAJERO. — Sírvase, señorita Juanita... *(Le ofrece una estilográfica.)*

JUANITA. — *(Sonriente.)* ¿De plata?

MENSAJERO. — Sí, señorita. Es un premio que me dieron en el colegio...

JUANITA. — ¡Ah, le felicito! ¡Listo! *(Le entrega la boleta firmada.)*

MENSAJERO. — ¡Buenas tardes, señorita Juanita!

RICARDO. — Esperate. Tomá, muchacho. *(JUANITA le hace señas de que no le dé nada.)*

MENSAJERO. — *(Con herida dignidad.)* ¡No, señor! ¡Muchas gracias! *(Da media vuelta y se va con Rafaela.)*

RICARDO. — ¡Qué raro! ¿Te fijaste?

JUANITA. — Vos sos el que no te fijaste en mis señas...

RICARDO. — ¿Para que no le diera propina?

JUANITA. — ¡Claro! No ves que ya me ha traído varias cosas...

RICARDO. — ¿Y?

JUANITA. — ¿No te diste cuenta cómo me miraba? Si le diera propina, se ofendería el pobre chico. Como es un enamorado...

RICARDO. — ¿También el mensajero? ¡Es el colmo!

JUANITA. — ¡Pobre muchacho! ¡Me da una lástima cuando me mira como un corderito agonizante! *(Sonando el paquete al oído.)* ¿A ver? Perfume, seguro.

RICARDO. — ¿Quién te lo envía?

JUANITA. — ¿Qué sé yo? Aguardá... *(Abre el sobre.)* ¡Ah! El capitán Dupont. ¡Uf, qué carta más larga! Seguro que también se me declara. Luego la leeré. *(Se la guarda.)*

RICARDO. — No hay tres sin cuatro...

JUANITA. — A éste lo conocí el día que me compré estos zapatos. Recuerdo que me lo presentó Fanny al lado de la zapatería, en la calle..., en la calle...

RICARDO. — ¿No recordás la calle? *(Irónico.)* Eso es muy importante...

JUANITA. — ¿Qué calle era? No recuerdo.... ¡Ah, esperá! *(Sacándose un zapato y mirando en su interior.)* Pellegrini 655... ¡Fué en la calle Pellegrini! ¡Ya está!

RICARDO. — ¡Pero, criatura!... *(Ríen.)*

JUANITA. — Cuando lo conocí, en el primer momento, tuve la sensación de que aquel hombre iba a decidir mi vida...

RICARDO. — Vos te lo pasás creyendo que se decide tu vida todas las semanas...

JUANITA. — Pero al día siguiente había desfile militar... El capitán Dupont iba a caballo. Era un zaino colorado, un animal magnífico.

RICARDO. — ¿El caballo?

JUANITA. — ¡Los dos! Porque el hombre iba todo hinchado, con un aire tan pretensioso... Total, que me salió gustando más el caballo que él. *(Ríen.)* Ahora, contame vos algo. ¿Tenés alguna nueva conquista?

RICARDO. — ¡Sí! ¡Y muy interesante!

JUANITA. — ¡Contá! ¿Quién es ella? ¿Soltera, casada, viuda?

RICARDO. — Perdoná. No puedo ni debo decírtelo.

JUANITA. — ¿No me tenés confianza?

RICARDO. — Mucha, ya lo sabés.

JUANITA. — ¡Y entonces! ¿No nos contamos siempre nuestras cosas?

RICARDO. — Es cierto. Pero hay circunstancias... Comprendelo...

JUANITA. — ¿Qué inconveniente puede haber para que vos me contés tus aventuras, como yo te cuento las mías? Total, nunca podríamos enamorarnos el uno del otro...

RICARDO. — *(Convencido.)* ¡Desde luego! Pero es que mis conquistas, no lo olvidés, no son como las tuyas...

JUANITA. — ¡Naturalmente! ¡Qué fresco! Mis conquistas son..., ¿cómo te diré? En teoría... Vos las llevás a la práctica...

RICARDO. — ¡Ah, sí! Yo soy muy práctico.

JUANITA. — ¡Sinvergüenza!...

RICARDO. — Y por lo mismo, hay casos en que tengo que ser reservado, como en esta ocasión...

JUANITA. — ¿Entonces te has enamorado de ella?

RICARDO. — Yo creo que sí...

JUANITA. — Pero ¿le sos fiel?

RICARDO. — ¡Ah, eso no! *(Pequeña pausa.)*

JUANITA. — Decime, Ricardo. ¿Vos sos capaz de hacerme un gran servicio?

RICARDO. — ¡Qué podría yo negarte, Juanita!

JUANITA. — Pues, mirá. Se trata de papá. Aunque lo disimulo, yo lo quiero de veras. ¿Recordás que antes te dije?...

RICARDO. — ¡Ah! ¿Querés que te ayude a salvarlo?

JUANITA. — ¡Precisamente!

RICARDO. — ¿Y en qué puedo ser útil?

JUANITA. — En mucho. Porque me parece que está por enamorarse de Graciela, y mucho me temo que el muy tarambana aspire a casarse con ella...

RICARDO. — ¡Tiene buen gusto, don Enrique!

JUANITA. — ¿A vos también te gusta?

RICARDO. — ¡Y no!

JUANITA. — Mejor, entonces, porque se trata de que vos se la quités a mi padre.

RICARDO. — *(Estupefacto.)* ¿Cómo?

JUANITA. — Que vos también le hagás el amor, y así ella no le llevará el apunte a papá... ¿Comprendés?

RICARDO. — Comprendo, sí... Ahora que...

JUANITA. — ¿Tenés algún inconveniente? ¿No decís que te gusta?

RICARDO. — ¡Mucho! Graciela está muy bien... ¡Preciosa!

JUANITA. — *(Con inconscientes celos.)* No tanto... Tiene las orejas muy grandes...

RICARDO. — ¿Sí? No me había fijado... Aunque, total, las orejas no desempeñan en el amor un papel muy importante... Pero no sí si podré dedicarme a ella. ¡Verdaderamente, no tengo tiempo!

JUANITA. — *(Maliciosa.)* ¿Tantos pedidos tenés?

RICARDO. — ¡Hasta de la campaña!

JUANITA. — ¿Entonces te negás a ayudarme? Vos no sos mi amigo; no lo has sido nunca... *(Patalea con mimoso enojo.)*

RICARDO. — No es eso, Juanita. No te pongás así. Comprendelo. Si agrego ese compromiso a los varios que tengo ya, en fija que tampoco ahora doy las materias que me faltan. *(Pequeña pausa. Serio.)* Unicamente que las dejara para septiembre...

JUANITA. — ¡Ah! Si es por eso, yo te arreglo con el doctor Serpentí. Está loco por mí ese buen señor...

RICARDO. — Siendo así..., si vos me prometés darme una manito con la mesa examinadora..., me sacrificaré.

JUANITA. — *(Contenta.)* ¡Gracias, Ricardo! Mirá, es muy fácil. Te voy a indicar el plan que debés seguir con ella, para que tengás éxito de inmediato.

RICARDO. — Te advierto que en materia amorosa estoy mucho mejor que en biología... En fin, te escucho.

JUANITA. — Pues con Graciela debés hacerte el hombre hastiado de placeres fáciles, el hombre saturado de amoríos, que busca un verdadero amor...

RICARDO. — ¡Qué querés, Juanita! No me convence ese plan.

JUANITA. — Pues varios han intentado conquistarme a mí de ese modo...

RICARDO. — ¿Y les dió resultado?

JUANITA. — ¡Claro que no!

RICARDO. — Y entonces, ¿cómo me lo recomendás a mí?

JUANITA. — *(Con cómica estupefacción.)* Es cierto...

RICARDO. — Nada, nada, Juanita. En cuestiones amorosas, yo tengo mis procedimientos propios. Así que te agradezco tus indicaciones, pero no me sirven.

JUANITA. — ¿Y qué procedimiento vas a emplear con ella? Sé buenito... Adelantame algo...

RICARDO. — No puedo todavía. Dependerá de cómo se presente la cosa. *(Al oír voces arriba.)* ¡Cuidado! Ellos...

JUANITA. — Pues ya lo sabés: no te la vayás a dejar escapar.

RICARDO. — Dejalo por mi cuenta.

GRACIELA. — *(Mientras baja del brazo de don Enrique por la escalera. Trae una caja.)* "¡Oh, la la! ¿C'est possible?"

DON ENRIQUE. — ¿No me creés, Gracielita?

GRACIELA. — ¡Pero, tiito! ¡Eres terrible! ¡Ja, ja, ja!

JUANITA. — ¡Pero ese tarambana se le ha declarado ya!

RICARDO. — No importa. Puedo darle esa ventaja...

GRACIELA. — ¿Estaban ustedes acá? Precisamente te traía el pequeño regalo... ¿Te gusta? *(Le entrega un monedero.)*

JUANITA. — ¡Es precioso!

RICARDO. — ¡Muy lindo!

JUANITA. — Muchas gracias... *(Con cierto retintín.)*

GRACIELA. — En París, es ahora lo más "derniere". Con un traje "tailleur", en gris claro hace un delicioso "pendant".

JUANITA. — Ya lo oís, papá. Mañana me encargo un "tailleur" en gris claro. ¡Todo sea por el "pendant"!...

DON ENRIQUE. — *(Gozoso.)* ¡Como quieras, queridita!...

JUANITA. — *(Intencionada.)* ¡Qué contento estás, papito!

DON ENRIQUE. — *(Mostrando una cigarrera, rezumante de satisfacción.)* ¡Mirá lo que me trajo a mí!

JUANITA. — ¡Pero si vos no fumás!

DON ENRIQUE. — ¡No importa! Agradezco lo mismo la gentileza de Gracielita...

GRACIELA. — *(Acercándose, insinuante, a Ricardo, que se ha separado un poco.)* Para ti también hay algo, Ricardito... *(Saca de la caja una cartera de tamaño pequeño.)*

RICARDO. — ¡Pero, Graciela! ¡Qué amable! Haberse acordado...

DON ENRIQUE. — ¿A ver, che? ¡Qué maravilla! *(Va a acercarse a ellos, pero Juanita lo sujeta del saco.)*

JUANITA. — ¡Papá! A ver la cigarrera... *(Él se la muestra de mala gana.)* ¡Qué preciosura! ¡Pero no te vayas!...

DON ENRIQUE. — Es que...

JUANITA. — ¡Mirá el monedero! Es la "última derniere"...

GRACIELA. — Te traje esta cartera para que guardes las cartas de tus enamoradas...

RICARDO. — ¡Pero, Graciela! Aquí no me caben más que las cartas de una semana!

GRACIELA. — ¡Ja, ja, ja! ¡Colosal! *(Tomándolo del brazo y dirigiéndose hacia el rincón de debajo de la escalera.)* ¡Este Ricardito! ¡Tienes unas salidas!...

RICARDO. — ¡Ah, sí! Mis "salidas", desgraciadamente, son mucho mejores que mis "entradas". Mi tío me da cada vez menos dinero. Imaginate...

GRACIELA. — Sentémonos en este "petit coin"...

JUANITA. — ¿Dónde ha dicho?

DON ENRIQUE. — En el "petit coin". En el rinconcito... ¡Es adorable!... *(Intenta reunirse con ellos, pero Juanita se lo impide.)*

JUANITA. — ¡Quedate, he dicho! ¡Sentémonos nosotros en este "grand coin"! *(Le obliga a sentarse. Don Enrique evidenciará una franca inquietud, mostrándose ella ostensiblemente satisfecha.)* ¿Viste qué calor hace?

DON ENRIQUE. — Sí, yo estoy sudando..

JUANITA. — Yo te secaré, papito... *(Le pasa el pañuelo por la frente, mientras atisba a los otros por encima del hombro de su padre.)*

GRACIELA. — *(Riendo, melosa.)* ¡Muy ocurrente, Ricardo! Me parece que vamos a ser grandes amigos...

JUANITA. — ¡La cosa marcha!

DON ENRIQUE. — ¿Cómo decís?

JUANITA. — ¡Callate!

RICARDO. — ¡Siempre hemos sido grandes amigos, Graciela! Pero la amistad, como todo, puede perfeccionarse...

GRACIELA. — Si la amistad entre un hombre y una mujer se perfecciona, hay el peligro de que la amistad cambie de nombre...

RICARDO. — El peligro es lo que más me atrae... Y aunque cambie de nombre la amistad, siempre "ganará en el cambio"...

GRACIELA. — ¡Ja, ja, ja!

JUANITA. — *(Jubilosa.)* ¡La cosa marcha!

DON ENRIQUE. — ¡Pero, Juanita!

JUANITA. — ¡La cosa marcha! ¡La cosa marcha!

TELON RAPIDO

(Continúa en el próximo número.)

El espejo

(Continuación de la página 51)

pared. Cortinas abundantes ocultaban los huecos en forma que sólo el espejo quedaba visible. Los raros símbolos que presentaba alrededor de los bordes de la luna eran completamente diferentes de los que Bannerman había visto en su vida. ¿Zodíacos? ¿Egipcios? No pudo determinarlo.

—Interesante, ¿no es cierto? — dijo Coulton, con afectada expresión de orgullo. — Mira, cuando te vistas, encontrarás bebidas esperando en la biblioteca, la puerta al principio de la escalera, a la vuelta del corredor. Estaré contigo en cuanto pueda.

Bannerman asintió. Escoltado por el mayordomo, llegó a la pieza que le estaba destinada, y cuando el sirviente se hubo retirado, corrió el cerrojo de su valija. Robe de chambre, un traje, corbatas, cuellos, smoking, pijamas, artículos de toilette, el usual equipo de una visita. Lo puso todo sobre la cama y del fondo de la valija sacó su disfraz: un largo hábito negro de monje con un antifaz sujeto.

Poniéndose el hábito sobre su traje, se dijo: "Si esto no da a Coulton el susto mayor de su vida, mi nombre no es Bannerman."

Se observó en el espejo del ropero y quedó muy satisfecho de su apariencia.

Un pensamiento se le ocurrió. "Ahora, si también pudiera arreglarme para que el espejo cayera..." Entonces movió la cabeza con tristeza. "No, para eso necesitaría un cómplice. Y no sé cómo hacer."

Al salir hacia el corredor se asomó con precaución sobre la baranda de la escalera.

— Ni un alma. Bueno.

En puntas de pie bajó los escalones, y al llegar a la planta baja entró en la biblioteca. El fulgor resplandeciente del grueso tronco de la chimenea y el brillo de los vasos le encantaron. Primero a beber, luego a sorprender a Coulton.

Parado cerca de la mesa, de frente hacia la puerta, sirvióse algo. El vaso no había llegado aún a sus labios cuando:

— ¡Maldición! — balbuceó.

Sorprendióle un ruido extraño, al tiempo que el vaso resbalaba de sus manos y se rompía contra la mesa. Había razón para su sorpresa, alguien había entrado en la biblioteca, alguien cuyo traje de disfraz era idéntico suyo.

— Dos — dijo para sí Bannerman, contrariado al ver que su idea no era del todo original.

— Dos — asintió el visitante.

Su cara estaba oculta por el antifaz, pero Bannerman pudo ver sus labios arqueados en una sonrisa.

— ¡Puf! Me asustó por un momento. Pero es inevitable — dijo Bannerman filosóficamente. — Mientras me dé tiempo para mostrarme a Coulton primero, no me importa.

Luego confidencialmente al otro enmascarado:

— Coulton está tan orgulloso de poseer una mansión habitada por fantasmas, que la oportunidad de personificar el fantasma era demasiado buena para dejarla escapar. Me apareceré a su lado y me quejaré. ¡Se llevará el mayor susto de su vida! Casualmente estaba pensando arriba la manera de arreglármelas para que el espejo caiga al mismo tiempo. Conoce usted la leyenda del espejo, ¿no es cierto? ¿La forma en que el espejo del hall dicen que cae cuando ocurre una muerte? Claro está, son tonterías, pero...

— Conozco la leyenda — fué la respuesta del otro disfrazado, — pero puede no ser tan tontería como usted cree.

— ¡Oh, yo no creo nada de cuentos de aparecidos — dijo Bannerman. — Pero de todos modos sería de gran efecto si el espejo... ¡Demonios! ¡Qué gran idea! Quizá quiera usted ayudarme en lo del espejo; pero tal vez no le interese...

— Yo me arreglaré para que el espejo caiga — fué la firme respuesta.

— ¿Usted cree que puede? — dijo Bannerman encantado. — Mire que no es fácil entrar en ese cuarto sin ser visto, y el espejo parece pesado.

— Me arreglaré — insistió el otro.

Bannerman miró con tristeza la botella de whisky. Una pena el vaso roto.

De todos modos, la bebida debía esperar por ahora, pues la otra persona, súbitamente se había retirado. Desde el rincón del corredor Bannerman lo vió caminar silenciosamente hacia el hall.

Coulton y el mayordomo continuaban frente a la puerta esperando la llegada de invitados. Sin ser visto por ellos, la arropada figura pasó a la alcoba, desapareciendo tras las cortinas.

— ¡Espléndido! — murmuró Bannerman. — Ahora, la sorpresa.

Siguió avanzando él con precaución hacia el desprevenido Coulton. Aquello iba a ser una broma espléndida. Un llamado a la puerta de calle había llevado al mayordomo hasta el pasillo. Coulton quedaba solo cerca de la alcoba, frente a la puerta.

Caminando al costado y después de haber pasado a Coulton en forma que éste tuviera que verlo, Bannerman alzó su mano con gesto dramático lanzando un gemido.

Con gran asombro, notó que Coulton no pareció darse cuenta de su presencia. Bannerman tocó a su amigo en el hombro, pero Coulton tampoco se movió. Y en ese instante el espejo cayó con un ruido ensordecedor.

— ¡Dios mío!

Coulton sobresaltóse, y siempre sin reconocer a Bannerman se dió vuelta y clavó su mirada en la alcoba con ojos asustados. Bannerman, intrigado por la derrota de su intento, pero satisfecho del efecto producido por su compañero de broma, se asomó tras de la espalda de Coulton.

El espejo no estaba roto, ni siquiera rajado por la caída. Recostado en la pared, un poco en ángulo, reflejaba claramente el mueblaje del hall y la figura de Coulton en su traje de etiqueta; pero Bannerman mismo... pestañeó asombrado; había algo raro allí.

Poco a poco empezó a comprender. Dióse cuenta turbiamente al principio, luego con un horror creciente que lo llenó de un terror indescriptible.

Coulton estaba retratado perfectamente en el espejo..., pero de Bannerman mismo no había la menor imagen ni el más remoto signo ni el más pequeño reflejo...

FIN



¡HOLA!...
¿Con quién hablo?

CHITA. — *...Esto no lo hago jamás con nadie.*
HUGO. — *¿Y por qué esta excepción?*
CHITA. — *Cosas que son inexplicables.*
HUGO. — *Verdaderamente; no acierto a comprender cómo he resultado yo el favorecido.*
CHITA. — *¡Qué modesto!*
HUGO. — *Es la pura verdad. Desde hace tres días creo vivir un hermoso sueño y temo despertar.*
CHITA. — *¡No es para tanto!*
HUGO. — *Ya verá cómo despierto ahora mismo, al hacerle un pedido.*
CHITA. — *¿Qué pedido?*
HUGO. — *¿No lo imagina, acaso?*
CHITA. — *Tengo poca imaginación.*
HUGO. — *Se calumnia.*
CHITA. — *Venga el pedido.*
HUGO. — *Usted, que de pronto llamó a mi teléfono, que me pidió amistad, en un momento difícil y triste de mi vida, no puede dejarme de este modo.*
CHITA. — *¿Quién habla de dejarlo?*
HUGO. — *No me basta conocer la suavidad de su voz, presentir la claridad de su inteligencia, quiero verla, verla pronto.*
CHITA. — *Un día será.*
HUGO. — *Un día, pronto; hoy, mañana, pasado, pero no más.*
CHITA. — *¡Qué muchacho apurado!*
HUGO. — *Quiero oír su voz de cerca.*
CHITA. — *¡Tanto la oí yo de lejos!*
HUGO. — *¿Cómo dice? ¿Que usted me oyó de lejos? ¿Usted me conoce, entonces?*
CHITA. — *Para oír su voz no es necesario conocerlo. La oye toda la república y aun los países limítrofes.*
HUGO. — *¡Chita, por Dios! Hable usted claro, que creo comprender y me desespero. ¡Sería una locura!*
CHITA. — *La que no comprendo soy yo. ¿Acaso a Hugo Lafuente no lo oye todo el que quiere?*
HUGO. — *¿Es que usted, por ventura, cree haberme oído por radio?*
CHITA. — *¡Claro está!*
HUGO. — *¿Y por eso me llamó?*
CHITA. — *No pude sustraerme al influjo de su voz.*
HUGO. — *¡Qué dolor!*
CHITA. — *¿De cabeza?*
HUGO. — *No, de corazón.*
CHITA. — *¿Y por qué creía que lo llamé?*
HUGO. — *Por eso..., por eso..., no haga caso...* (Corta.)
CHITA. — *¡Hola! ¡Hola!*

. . . .

HUGO. — *...Como te decía, te ruego que le digas a ese cantorcito que se cambie el seudónimo, o nombre, lo que sea, que yo me mato, me ilimino, me voy al otro mundo.*
ERNESTO. — *¡Ja, ja! ¡Qué gracioso!*
HUGO. — *Sí..., graciosísimo..., pero reventador...*

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

Tipos populares...

(Continuación de la página 50)

"Pipo" ha sido el organizador y fundador de la extinta Sociedad Unión Salvamentos, de Mar del Plata, y es autor de otras interesantes iniciativas, que si no han prosperado no ha sido, sin duda, por falta de voluntad de su creador.

UNA ELOCUENTE DEDICATORIA

Antes de despedirme, "Pipo" me hace hojear el álbum de visitas. En una página rosada puedo leer lo siguiente:

"Pipo" fué subteniente de la Legión Italoargentina, en 1898. Ya entonces se sentía tan vinculado al país, que estaba dispuesto a defenderlo. Como tantos miles de italianos que han fundado aquí su hogar, es tan nuestro, tan criollo, tan esencialmente argentino, que no necesita carta de ciudadanía para acreditarlo. (Firmado.) Antonio de Tomaso."

. . . .

Dejo a "Pipo" rodeado de sus hijas, bellas muchachas que secundan diligentemente a su padre en las tareas del establecimiento.

FIN

DIALOGOS EN LA PELUQUERIA



—*Estábamos en San Juan, don Giácomo.*

—San Juan y... Porto.

—*Así es. ¿Qué le parece un poco de historia para ir haciendo el paladar?*

—¡Pregunte nomás, don Mandinga!...

●●●

—*¿Cuáles son, en la provincia los partidos tradicionales?*



—Los de todo el país, amigo. Conservadores y radicales, o como se decía entonces, en jerga política: oligarcas y reparadores. Eran las fuerzas tradicionales hace veinte años. A expensas de la ley Sáenz Peña vencieron en la contienda los últimos. Era lógico. Después sobrevino la gobernación de Jones, y don Federico, que pertenecía a los reparadores, se distanció del oficialismo y encabezó la oposición al gobernador. Los "oligarcas" sanjuaninos desalojados del poder, vieron en él al "vengador" y se prestaron a hacerle el juego. El "bloquismo" salió de ahí. Especie de frente único opositor al radicalismo de Yrigoyen. Es, pues, históricamente, un producto del "resentimiento", sin definición doctrinaria al principio, y hasta sin pasado.



●●●

"Sobrevinieron luego — sigue contando don Giácomo—los sucesos de La Rinconada, y con ellos el recuerdo de aquella frase de Sarmiento, cuando le ofrecieron la gobernación de San Juan: "No acepto — dijo — porque no tengo cogote de repuesto." Fué la intervención y ganó don Federico las elecciones desde la cárcel. Esta circunstancia sancionó el enorme ascendiente del jefe del bloquismo en la provincia. Lo demás vino solo. Los sucesos de la Rinconada se convirtieron en "motín político". El asunto fué sustraído a la acción de la justicia ordinaria y así se pudo votar una ley de amnistía para los pensionistas del Marquesado.

●●●

"La segunda parte es más interesante todavía — agrega don Giácomo. — Los conservadores, que habían depositado en Cantoni todas sus esperanzas de resurrección, fueron generosamente burlados. El jefe bloquista, que es un político de largas miras, inició en San Juan una política demagógica y obrerista que tuvo la virtud de extender y afianzar su popularidad. Confeccionó una serie de leyes magníficas en teoría, pero poco menos que impracticables. Se embarcó simultáneamente en un vasto plan de obras públicas cuya ejecución no hubiera sido posible costear con los recursos ordinarios de la provincia. De modo que en trance de aumentar éstos creó impuestos de tal naturaleza y en tal profusión que lo convirtieron en el enemigo de las industrias y del capital privado."

●●●

—*"Don Federico tiene el berretín de parecerse a Sarmiento" — me decía un sanjuanino que no lo quiere ni bien ni mal, porque se gana los garbanzos administrando códigos en los tribunales nacionales.*

—Hay algo de eso, don Mandinga. Aunque le faltan los principios tiene las intenciones. Practica el precepto aquel de que "las cosas hay que hacerlas aunque... se hagan mal". Conoce todos los caminos para allanar las peores dificultades. Y cuando él no puede vencerlas se las allanan de afuera como más de una vez ha acontecido con las intervenciones nacionales. ¡Si hasta la revolución del 6 de septiembre le cayó de medida! El hombre es resuelto y metedor. Le gusta el progreso a cualquier precio. Cuando ha pensado una cosa la lleva adelante a lo yanqui. Me han contado que en Guañizuil tiene una finca de 250 mil hectáreas donde hay 350 mil manzanos, y un monte con 3 millones de álamos, para fabricar en el propio aserradero, los cajones para embalarlas; que en Carpintería tiene mil hectáreas de viñas, y en Calingasta una finca servida por un precioso camino que ha costado siete millones de pesos. Me han contado...



—*Doblemos la hoja, don Giácomo.*

●●●

—La actualidad ¿le interesa?

—*Exclusivamente.*

—Entonces veamos. Don Federico ha totalizado los sufragios sanjuaninos. El pueblo está con él porque el hombre es gaucho y servicial. Frente al "bloquismo" los conservadores son débiles y vacilantes, los radicales con Conforti y los Aubone a la cabeza son pocos y los socialistas de Storni no cuentan para nada. A unos y otros los ha neutralizado el gobernador, con esa especie de socialismo de estado, que tanto mortifica a los comerciantes y a los industriales. Naturalmente que esta política no es la mejor para todos. Así es que cuando de buenas a primeras, aparece un hombre que hace oír su voz de protesta, por las "libertades conculcadas", y ese hombre resulta haber sido hasta ayer el brazo derecho del jefe del bloquismo, la opinión pública entra a maliciar y... sonríe.



●●●

—*Entonces la división del bloquismo...*

—...ha dado lugar a dos hipótesis, don Mandinga. O el gobernador quiere redimirse de sus compromisos, o quiere ganar ampliamente las elecciones de marzo. Según la primera de estas hipótesis, la provincia, saturada de impuestos, no da más fuego y habría que proceder a una liquidación decorosa, facilitando una intervención, que como todas las anteriores, no haría sino robustecer su prestigio electoral. Y según la otra, el objetivo de la división consistiría en ganar la mayoría y minoría de la representación parlamentaria en los comicios que se acercan.



—*¿Cuál de las dos es la verdadera?*

—Mi ciencia no llega a tanto, don Mandinga. Ofrézcaselas al lector por lo que valen...

Se non é vero...

En el curso de una deliberación de uno de los flamantes grupos políticos metropolitanos se produjo noches pasadas un entrevero de proporciones, originado en la circunstancia de haberse establecido una fuerte cuota a los candidatos que se proclamen, con el propósito de costear los gastos de propaganda electoral.

●●

Parece ser que entre los probables candidatos había quien se preparaba a gestionar de sus partidarios parroquiales que se cotizaran para costeársela, contraviniendo disposiciones de la carta orgánica, de modo que la denuncia encendió el alboroto.

●●

Se sabe que, obedeciendo a una expresa consigna, la secretaría de una importante repartición mantiene en absoluto secreto los veraneos en que el jefe se recrea trasladándose periódicamente a Mar del Plata.

●●

La cosa no tendría mucha ni poca importancia, si no fuera que uno de esos días de audiencias populares se tuvo al público aguardando durante toda la tarde la llegada de este encumbrado funcionario, nada más que para no violar el secreto "secretarial".

Por

El Viejo Mandinga

MANOS BLANCAS Y NEGRAS

Como todos los grandes caracteres, era San Martín magnánimo y generoso.

Cuéntase que cuando el capitán general de Chile, Marcó del Pont, recibió el oficio del gran capitán de los Andes comunicándole la declaración de la independencia argentina, al entregar al ingeniero Alvarez Condarco la contestación correspondiente, exclamó: "Yo firmo con mano blanca, no como la de su general, que es negra."

Más tarde, al saber que el ejército libertador había penetrado en territorio chileno, puso a precio la cabeza del general patriota.

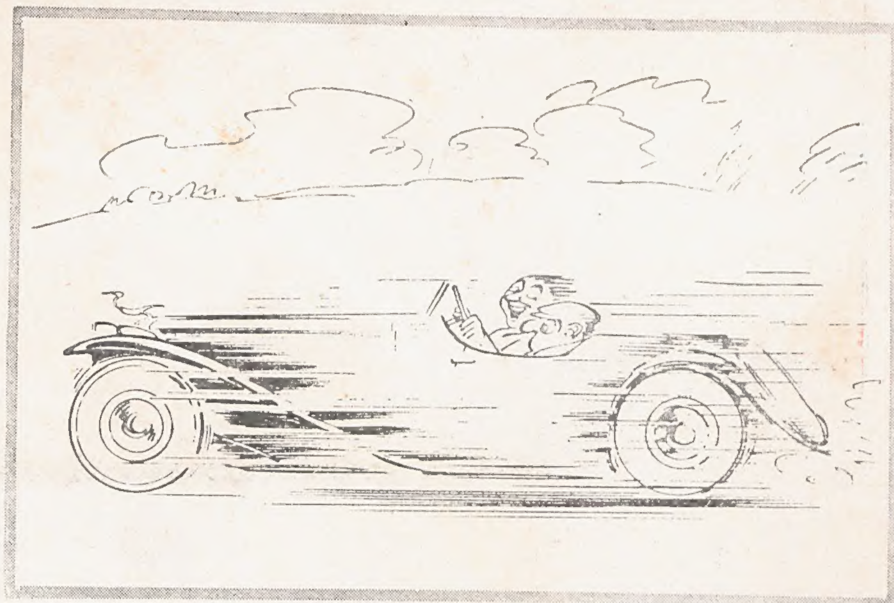
Triunfantes los argentinos en Chacabuco, el mandatario realista abandonó la capital con el propósito de embarcarse en Valparaíso, pero fué hecho prisionero antes de poder realizar su intento.

Llevado a presencia del general patriota, éste le recibió de pie y con amabilidad suma, tendiéndole amistosamente la mano, mientras le decía sonriendo y con acento afectuoso:

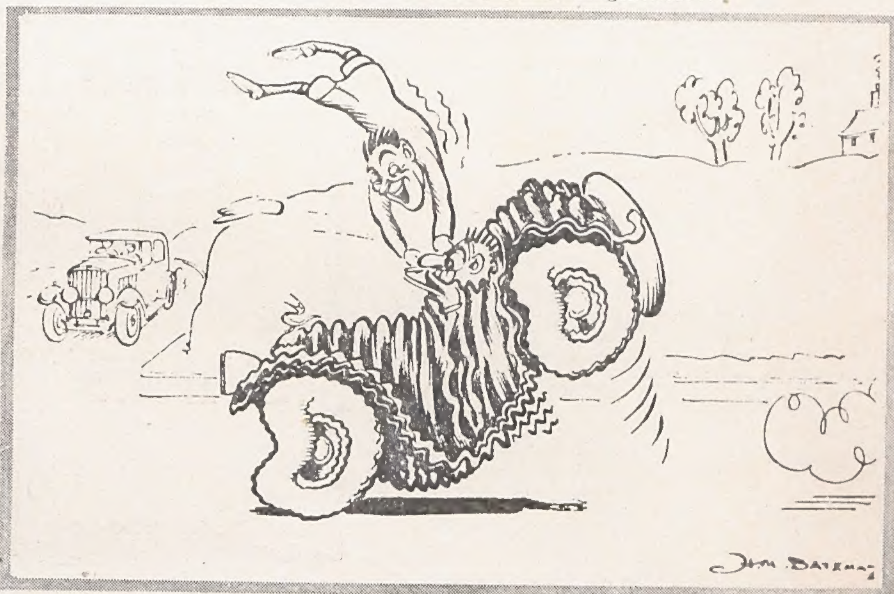
—¡Oh, señor general! ¡Venga esa blanca mano!

En seguida lo introdujo en su gabinete de trabajo y conferenció largamente con él.

Esta fué toda su venganza contra quien había hecho quemar sus comunicaciones y puesto a precio su cabeza.



—... y en cuanto a los frenos, puedo asegurarte...



... que responden maravillosamente.
(De "The Passing Show", Londres)

SALPICON

DE LA MUJER

Las mujeres sólo lo son para ser madres: van a la virtud por el camino del placer.

• •

La desgracia del hombre se remonta al nacimiento de la mujer.
MILTON



Momento de gran excitación en una sociedad ornitológica: el cuco del reloj ha perdido la voz.
(De "Punch", Londres)



—Mire, María; puedo escribir mi nombre en la chimenea.
—¡Es una suerte que tiene usted, señora!... Yo también quisiera saber escribir.
(De "Candide", París)

Fábula sin moraleja

Un gato mayaba en un tejado llamando a su pareja cuando de pronto un vecino recién casado le echó un balde de agua, gruñendo irritadísimo:

—¡A volar de aquí! ¡Habráse visto gato más fastidioso!

Y el gato, a su vez, se dijo:

—¡Qué bruto! ¿Entenderá algo de amor ese hombre?

J. B. Segura.

LA ARAÑA

Silenciosa y paciente, una araña estaba aislada en un rincón. Para explorar el vasto espacio que le rodeaba, tendía sus finísimos hilos, que devanaba sin cesar, infatigablemente...

Tú también, alma mía, escondida, aislada en los océanos infinitos del espacio, meditas en el modo de enlazar los mundos para unirlos, hasta que el puente que necesitas esté construído, hasta que el ancla se clave firmemente, hasta que el finísimo hilo que tú extiendes llegue a otros lugares...

Teje tu tela, entrelaza tus hilos, vida mía; haz un guerrero fuerte y valiente para las grandes luchas venideras; dale sangre roja, músculos de hierro, sentidos... Haz un tejido durable y seguro; teje noche y día, sin cesar; no te canses... No sabemos para qué sirves, ¡oh Vida! ¡No conocemos tu principio ni tu fin! Pero conocemos la obra que hay que realizar; la necesidad sigue su camino y la terminará; la paz y la guerra se persiguen en la amplitud de la muerte... Teje hilos finísimos, teje, teje siempre...

Walt Whitman



Todos prefieren yerba SALUS...

...porque es más rica, más aromática, más económica y porque es sabrosa y aguantadora como buena criolla.

Todo buen patriota debe sentir orgullo de que su país produzca yerba tan exquisita como la SALUS.

Consumirla es propender al desarrollo de la industria y al florecimiento de Misiones.

Consuma SALUS Vd. también. Exíjala en sus paquetes de 1|4 kilo a $ 0.20, o de un kilo a $ 0.80, en toda buena despensa o almacén.

SALUS

MACKINNON & COELHO Ltda. S. A. COMPAÑIA YERBATERA

Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda., S. A.